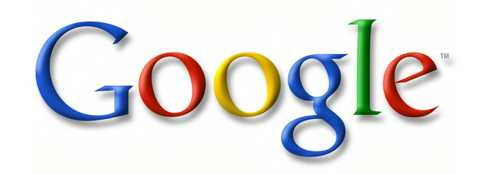


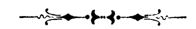
Reseña Histórica de la Inauguración del Templo de San Ignacio de Loyola

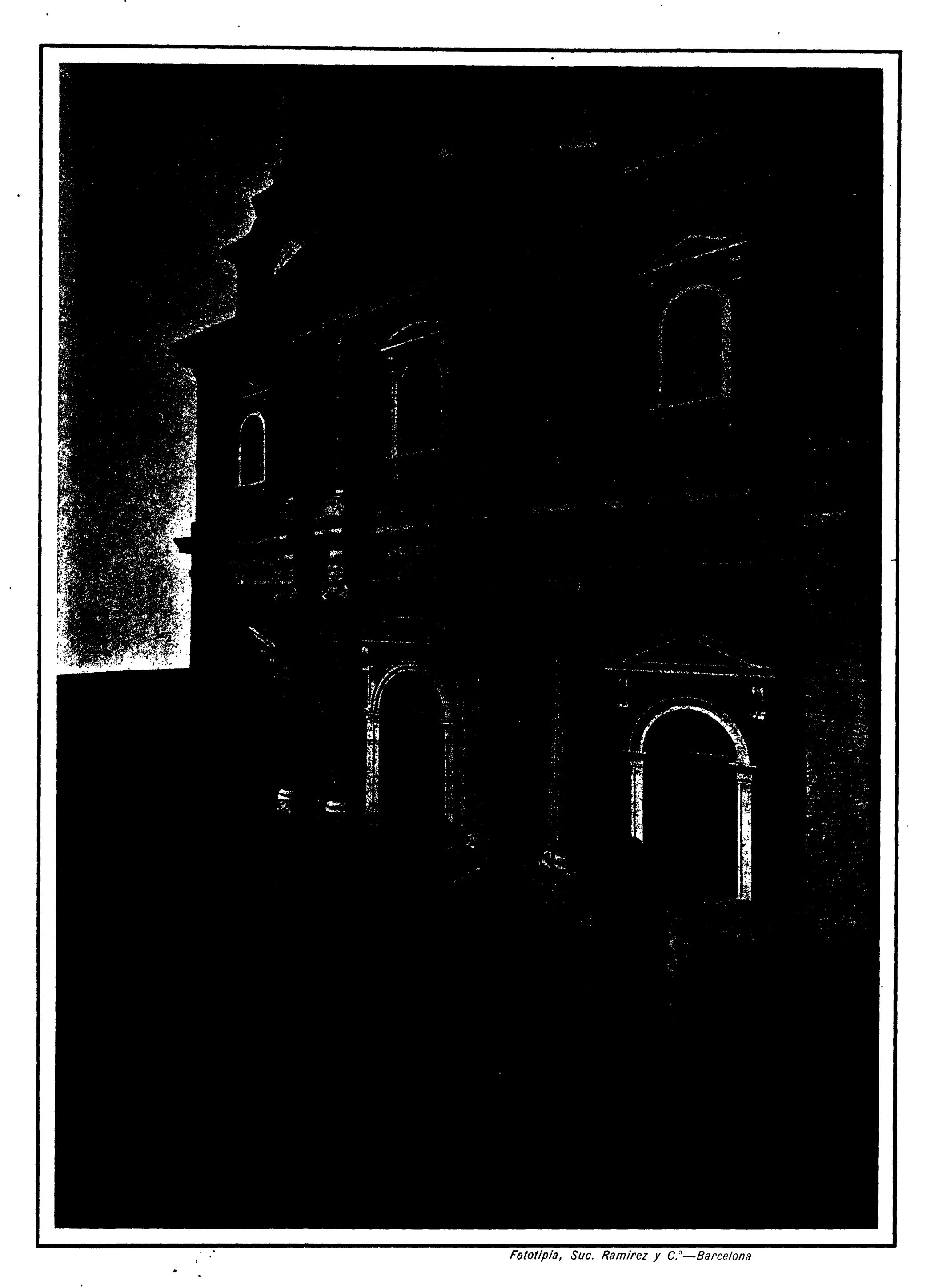
MANILA

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA INAUGURACIÓN DE LA IGLESIA

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA





Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
DE MANILA

AD MAJOREM DEI GLORIAM

RESEÑA HISTÓRICA

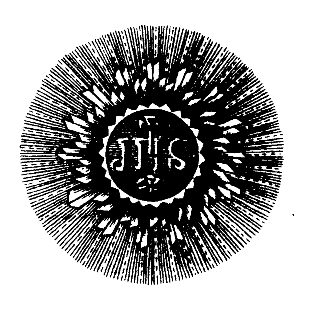
DE LA INAUGURACIÓN

DE LA IGLESIA

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

DE MANILA

EN 1889



MANILA

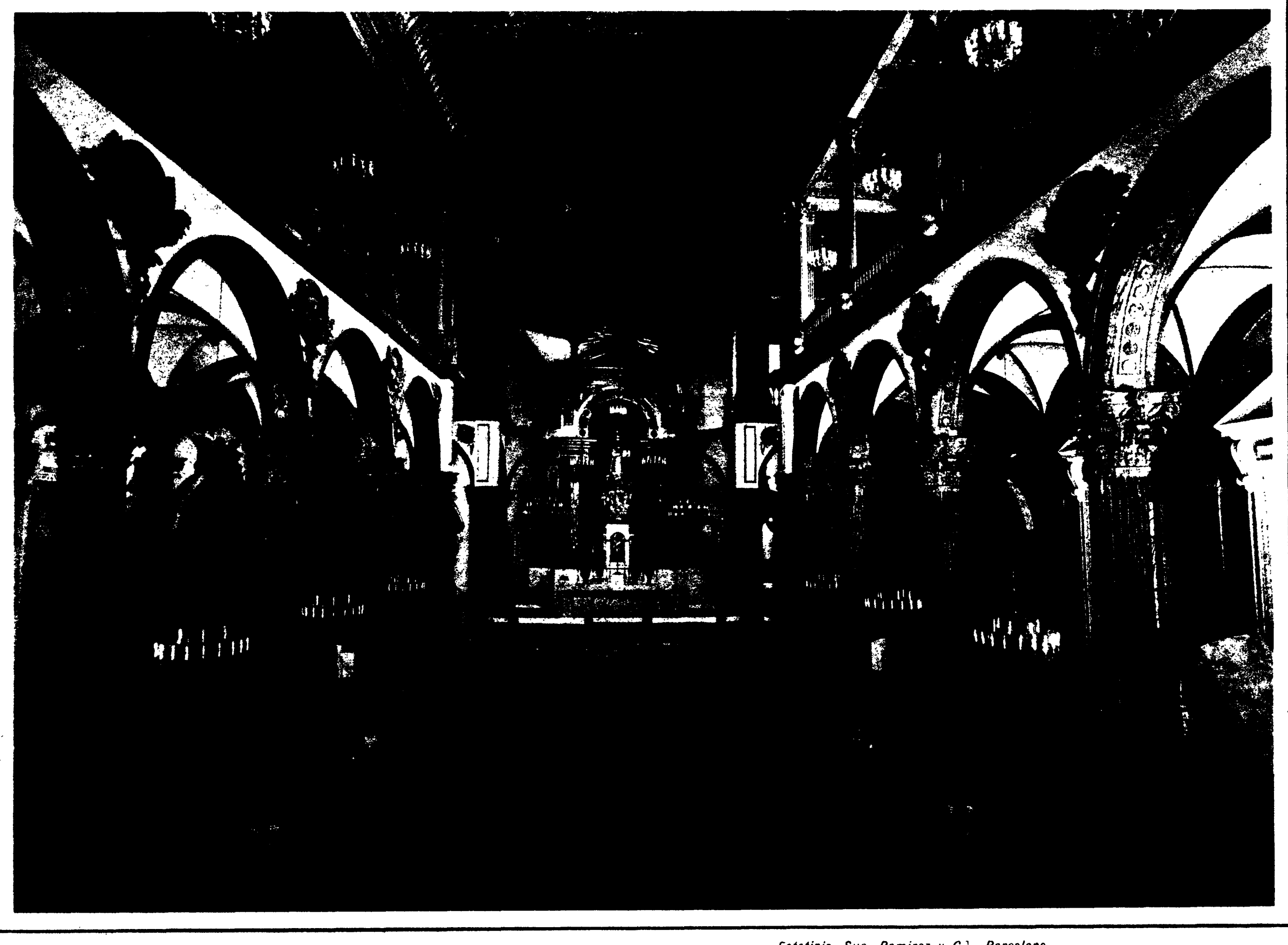
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE M. PÉREZ, HIJO

San Jacinto, 30.—Binondo

1890

GL
GIFT
3-16-93

Introducción



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

VISTA INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, DE MANILA



Reseña Histórica

de las fiestas celebradas en Manila por los PP. de la Compañía de Jesús, con motivo de la inauguración del nuevo templo de San Ignacio de Loyola, desde el día 27 al 31 de Julio de 1889



INTRODUCCIÓN

I

ERA precisamente el 27 de Julio de 1727 cuando fué consagrada en Manila por el Ilmo. Sr. D. Felipe de Molina, Obispo de Nueva Cáceres, discípulo que había sido de la Compañía (1) la Iglesia construida por los PP. de la Compañía de Jesús en Filipinas, bajo la dirección y según el plano del P. Juan Antonio Campión, genovés, tan entendido en arquitectura como distinguido literato y profundo matemático. Asistieron al ilustre Prelado en el desempeño de sus funciones el V. P. Juan Antonio Cantova, que murió después por Cristo en las Islas Carolinas, (2), y el P. Murillo Velarde, Catedrático de Cá-

(1) V. Apéndice nota 1.
(2) V. Apéndice nota 2.

nones en él Colegio de San Ignacio de Manila y Cronista de la Compañía en Filipinas. Fué dedicado el nuevo templo al glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola, pocos años antes canonizado.

Los reveses y contratiempos humanos, por permitirlo así la Divina Providencia, vinieron más tarde á dejar desamparada y sin sus dueños legítimos aquella joya del arte, y la inclemencia del tiempo derrumbó en el espacio de un siglo el templo que tantas fatigas había causado á sus constructores.

La Compañía de Jesús hubo de salir de Filipinas, al parecer, para no volver más, pero Dios N. S. lo dispuso de otra suerte y á los treinta años de su nueva residencia en Manila, precisamente en el mismo día 27 de Julio, se inauguró el templo dedicado á San Ignacio de Loyola, como el anterior, pero de estructura y posición diversas, porque aquella pertenecía al género plateresco, al paso que la actual es de arquitectura Greco-Romana, y la situación de aquella en la calle Real (hoy Palacio), estando la que es objeto de esta reseña en la del Arzobispo, muy cerca del Palacio del Excmo. é Ilmo. Metropolitano de las Islas.

De un artículo publicado por D. Manuel Walls y Merino en «La Voz de España» el sábado 27 de Julio de 1889, día primero de las fiestas, tomamos el siguiente resumen de las condiciones que embellecían la antigua Iglesia.

«El eje de la nave principal de la Iglesia está orientado del S. E. al N. E.; (1) «tiene 204 pies geométricos; la latitud es de 90 y 12 dedos (de los comunes tiene más). La elevación hasta el tholo es de 111 pies; las paredes tienen 9 pies de ancho. Es de tres naves; el hueco de la principal es de más de 40 pies.»

(1) Lo entrecomado es copia del libro del P. Murillo.

El coro estaba sobre una bóveda elíptica, que aún se conserva, permitiendo ver en las carcomidas piedras el trabajo esmeradísimo de su labor con detalles arquitectónicos que prueban que por aquel tiempo había ya en Manila operarios adiestrados en el trabajo de cantería, y así lo refiere el P. Murillo. «Doce hermosísimas pilastras paralelepípedas mantienen esta suntuosa, soberbia máquina, corpulentas con proporción. Dividen, cuanto hermosean, el escapo, canalículas, estrías y resaltos, y rematan en jónicos vistosos capiteles. De una pilastra á otra corre un perfectísimo arco de medio punto con bellísimas labores; de los mismos postes corren á las paredes principales del templo otros arcos igualmente perfectos y labrados, que forman bellísimas, fuertes y vistosas bóvedas de piedra.»

Sobre estas, corrían espaciosas tribunas que permitían la cómoda asistencia al numeroso gentío que solía acudir en tiempo de Misiones, de Cuaresma y las solemnes festividades: su techo, también de bóvedas, apoyábase del lado de la nave central en arcos circulares, arrancando de un segundo orden de pilastras cuyos ejes correspondían con los de las principales antes citadas. El aspecto general de esta disposición y sus detalles debían formar un conjunto severo y agradable, que con precisión y entusiasmo describe el P. Murillo como sigue: «La donosura, gracia y pulcritud, que dan á la majestad del Templo los dos órdenes de bóvedas y arcos sobrepuestos á los arcos y bóvedas inferiores; las cúpulas de ambas bóvedas formadas de segmentos; el delicado tejido de labores; el ornato vistoso de las impostas; las molduras bien distribuidas de las cornisas, descaecen en la pluma, si se pintan, y sólo la energía de los ojos (que sepan distinguir de sombras y colores), puede hacer justicia al mérito de su hermosura.»

El crucero era espacioso y le cubría esbelta cúpula ochavada, en la que había rasgados ocho vanos de justas proporciones que daban claridad al templo.

Era el titular de éste el Fundador de la Compañía, San Ignacio de Loyola, cuya imagen de gran tamaño estaba colocada en un nicho del segundo cuerpo de los cuatro que formaban el retablo ricamente dorado del altar mayor: tenía éste frontales de plata primorosamente labrados, y á sus costados y distribuidas por las naves había gran número de preciosas lámparas del mismo metal.

Al lado del crucero, en las naves laterales y debajo del coro, habia altares dedicados á la Virgen Santísima bajo las advocaciones de los Dolores y de la Santa Casa de Loreto; al glorioso Patiarca San José y á San Francisco Javier; á San Francisco de Regis y á San Luis Gonzaga; á San Juan Nepomuceno y á San Joaquín.

«En lo interior y exterior del Templo se ven bellamente repartidos varios escudos, pechinas, follajes, metopas, triglifos, escocias, boceles, filetes, colarinos, festones, cornisas, capiteles y demás adornos.»

Al describir las fachadas, hace notar el P. Murillo que, la que mira á la actual calle de Palacio (que por cierto la denomina Real) y comprende toda la longitud de la Iglesia, se hizo tal como el P. Campión la diseñó, «siendo digna concha de la perla que incluye, y rótulo que declara lo que encierra.» Pero en la principal faltó la dirección del esclarecido arquitecto, y el que le sustituyó, seguramente con el deseo de adornarla más, la recargó de molduras, relieves y otros adornos que resultaron impropios de la majestad que imprimía carácter al resto de la obra. Al comentar este hecho lo hace el cronista en las siguientes frases tan discretas como oportunas: «De más arte necesita muchas veces el que cor-

rige, que el que inventa. Por esto debe la prudencia reprimir el deseo impertinente de añadir, enmendar ó perfeccionar las obras de los que el estudio y ejercicio graduó de primeros en el arte; porque se arriesga al desacierto y se expone al ludibrio de los inteligentes.»

En la construcción de los cimientos hubo gran esmero y precaución: se hicieron muy profundos, y tan anchos, «que cogen todo el espacio de las naves de pilar á pilar.» Para los muros y machones se empleó piedra traída de Antipolo, y dada la inmensa cantidad que de ella se consumiera, es de admirar la fuerza de voluntad y energía que debió exigir el organizar el trabajo de explotación de las canteras, y más aún para trasportar su producto á Manila.

El justo temor á los terribles desastres que ocasionan los temblores de tierra, decidió al P. Campión á no emplear la piedra en la construcción de la cúpula y de la bóveda de la nave central. Hízolas de esqueleto de madera de excelente calidad, con piezas enlazadas con inteligencia, siendo el trabajo de mano de lo más perfecto en su clase. Escribió su libro el P. Murillo trascurrido más de un siglo desde que se hizo la obra y, encomiando su bondad, dice: «que no ha sido necesario tocar las armaduras de cúpula y cañón, ni en tan dilatado tiempo ha desmentido el nivel, ni los repetidos temblores han desenlazado las maderas, ni las lluvias ni las muchas intemperies del país.»

Pero sea porque durante algún tiempo estuviera descuidado el entretenimiento del templo, ó porque las maderas llegaran naturalmente á grave estado de deterioro, llegó un día aciago en que la obra del P. Campión se derrumbó debido en parte á los sacudimientos terrestres: era el año de 1852.

Abandonados desde entonces, ha venido siendo paulatina la destrucción de los muros y restos de las bóvedas, ya por la inclemencia del tiempo, ya por la mano del hombre.....

Hoy sólo quedan en pie restos de la fachada en que está la entrada principal, y de las demás fábricas, formando un conjunto de ruinas, que cubren abundante maleza, arbustos y aún árboles que lozanos entre aquellas se desarrollan.....

Debía permitírsenos la inserción de los precedentes datos que enlazan de un modo singular la existencia del templo actual con la desaparición del antiguo, y á ambos podía dedicarse el bello soneto que D. Tomás Cáraves publicó en el mismo dia 27 y en el mismo número del periódico «La Voz de España.»

FE Y CARIDAD

Habló la fe, y á su divino cuento
La hermosa caridad tendió la mano;
Traza el artista inimitable plano
Y en tierra arraiga el colosal cimiento.
El árbol tosco que agitaba el viento,
La ruda piedra del grosero grano,
Forma reciben del cincel humano,
Del arte vida y del artista aliento.
Digno remate de la mole santa,
Ya de Jesús la enseña redentora
En el azul se mece y se agiganta,
Y parecen decir á quien la adora:
¡Ven á este templo que tu fe levanta,
Que doy mi amor al que en su altar me implora!

La nueva Iglesia de San Ignacio de Loyola venía á sustituir á la antigua, cuyo principio tuvo lugar como diremos:

Su principio.—Confióse el proyectó al reputado arquitecto de Manila D. Félix Rojas, cuando al comenzar el año 1878 comenzáronse también los trabajos preparatorios, después de haber sido aprobado el referido proyecto que es objeto de la presente relación. La planta de la Iglesia tiene la figura tan comunmente empleada de una cruz latina, comprendida en un rectángulo de 42'40 metros de longitud y 20 metros de anchura, dividido en sentido de su longitud por dos filas de columnas intermedias que forman una nave central y dos laterales, la primera de 10'60 metros de anchura, y de 4'70 metros las segundas, teniendo las tres la longitud total de 25 metros hasta el crucero, desde la puerta de entrada. El crucero es de planta rectangular de 8'10 metros de lado, con dos capillas laterales que se extienden con el ancho correspondiente á las naves laterales, y el presbiterio con la anchura de la nave central tiene 9'30 metros de profundidad. La altura total medida desde el pavimento á la parte más elevada del crucero es de 17'20 metros, reduciéndose en la nave central á 16'80 metros, y en las naves laterales se divide por el piso de las galerías, á contar desde las cornisas que une las columnas del cuerpo bajo, dejando 9'40 metros de altura á dichas naves laterales, y 7'80 metros á las galerías superiores, lo mismo que al coro situado á los pies de la Iglesia, con la anchura del primer intercolumnio.

El día 9 de Febrero del mismo año 1878 fué de satisfacción para el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Fr. Pedro Payo, y los RR. PP. de la Compañía de Jesús, por ser el designado para la colocación de la piedra pri-

mera que debía servir de base al nuevo templo: colocóse aquella en el ángulo de la izquierda que forman las dos paredes de la sacristía, y que corre, la una por el testero de la Iglesia, y la otra á lo largo de la misma. Reuniéronse al efecto los Padres de la Casa-Misión, los Profesores del Ateneo Municipal y los de la Escuela Normal de Maestros, numerosas comisiones de alumnos internos de ambos Establecimientos de enseñanza, alumnos externos y buen número de personas particulares que asistieron al acto. A las 5 de la tarde de dicho día, el Excmo. Sr. Arzobispo acompañado del P. Provisor, varios Sres. Canónigos y Capellanes de Cámara, bendijo la primera piedra que fué bajada al sitio en que debía colocarse con las ceremonias prescritas por la Iglesia. Los niños tiples de la Metropolitana amenizaron tan solemne acto con sus armoniosos acentos.

La inscripción colocada para perpetuar la memoria del hecho es la siguiente.

A mayor gloria de Dios,
de la
Bienaventurada siempre Virgen María
y de N. S. Padre San Ignacio de Loyola:
en esta Ciudad de Manila
el sábado día 9 de Febrero del año de 1878,
gobernando la Iglesia de Dios nuestro SSmo. Padre
Pío IX. (1)
ocupando el trono de España D. Alfonso XII de Borbón,
siendo Gobernador General de estas Islas Filipinas
el Excmo. Sr. D. Domingo de Moriones y Murillo,
Prepósito General de la Compañía de Jesús
el M. R. P. Pedro Beckx,

Nota del editor:—(1) Para Manila era un hecho histórico verdadero la existencia de su Santidad el Papa Pío IX en el día expresado en esta inscripción; pero nueve días después anunciaba el telégrafo, en Filipinas, la muerte de aquel Soberano Pontífice tan amado de los católicos, participando haber ocurrido el día 7 precedente.

Provincial de la Provincia de Aragón el R. P. Román Vigordán
y Superior de la Misión de Filipinas y Rector de este Ateneo Municipal
el R. P. Juan B.ta Heras,
El Excmo. é Illmo. Sr. D. Fr. Pedro Payo
de la Orden de Predicadores, Arzobispo de Manila,
bendijo y puso la primera piedra
de la nueva Iglesia de la Compañía de Jesús,
que se ha de dedicar á su Fundador, N. P. S. Ignacio de Loyola, en presencia de los Padres y Hermanos que formaban las dos Comunidades del Ateneo Municipal y de la Escuela Normal, asistiendo los alumnos internos y externos de ambos colegios y muchas personas distinguidas que se dignaron honrar este solemne acto.

Comenzáronse, pues, las obras bajo la dirección del expresado arquitecto, mas habiendo venido la muerte á arrebatar su laboriosa vida, continuó la ejecución de su proyecto bajo la dirección del Hermano de la Compañía de Jesús, Francisco Riera, quien ha podido verlo terminado con la cooperación de los distinguidos artistas que le han acompañado en la ejecución del templo dedicado al ilustre Fundador y Patriarca de la Orden á que pertenece.

Descripción de la Iglesia.—La arquitectura general del templo es greco-romana, percibiéndose en ella el sabor propio del siglo XVI, en el que nació la Compañía de Jesús. Preséntase majestuosa la nave central al ojo del expectador, formada por un intercolumnio de orden corintio, que, terminado por una simple cornisa, sirve de base al cuerpo alto de dicha nave, formando las galerías de acceso al coro. Sobre las columnas de este cuerpo alto descansa el entablamento y escocia que sostienen el techo plano ó artesonado dividido en casetones, cuya ornamentación es rigurosamente propia del orden indicado.

Nótese, sin embargo, que, así los capiteles de las columnas como los de las pilastras colaterales, no están

formados de hojas de acanto, sino de las llamadas de olivo, siendo los fustes y cuerpo de unas y otras, estriadas. Vense además en los tímpanos del intercolumnio, preciosos medallones de relieve orlados de palmas y hojas de roble, símbolo de la fortaleza y victoria de los Santos, representando varios de la Compañía de Jesús.

Otras dos naves laterales de menor anchura, corren paralelas á la central, con techo abovedado para formar el pavimento de las galerías, las cuales tienen, como la nave central, techo artesonado, aunque de casetones menores que los del principal, pero guardando el mismo orden arquitectónico.

Pasando de la nave central al crucero, se admiran nuevos detalles que revelan gusto exquisito de ornamentación é inteligencia artística. Á ambos lados del mismo están situados dos altares, destinado el de la izquierda del expectador al S. Corazón de Jesús, y el de la derecha á la Inmaculada Concepción: los retablos en cuyos nichos descuellan ambas imágenes de escultura acabada, pertenecen al mismo orden corintio. El rectángulo central correspondiente al techo del crucero ostenta gran riqueza de arte, pues además de los hermosos tallados que adornan la moldura principal, destácanse diez medallones que contienen los bustos de los diez compañeros de San Ignacio al fundarse la Compañía de Jesús en tiempo del Sumo Pontífice Paulo III, figurando en los chaflanes de los cuatro ángulos del rectángulo las iniciales A. M. D. G. que representan el lema propio de San Ignacio y su Compañía, *Á mayor gloria de Dios.*

Si del crucero pasamos al presbiterio, una escalinata de mármol blanco con balaustrada de madera tallada, de orden corintio, da acceso al mismo: tiene una entrada central y dos laterales para facilitar el paso á los

alumnos del Ateneo en los días de Comunión general. Sobre embaldosado de mármoles blanco y negro en armónica combinación, levántase del centro, con majestad, el retablo principal ó altar mayor, cuya base de mármol blanco, primorosamente labrado, ostenta el frontal en el que se ve esculpida en alto relieve la cena del Salvador que ideara el insigne artista Leonardo de Vinci. En el retablo está colocada la bella imagen de San Ignacio de Loyola, uno de los primeros ornamentos escultóricos de la Iglesia que descubrimos. Se le ve, sobre nubes sembradas de Ángeles y Querubines elevarse hacia el cielo, y su rostro, elevado también hacia la mansión de los justos, nos recuerda aquel dicho histórico que conmemora el biógrafo contemporáneo de San Ignacio, el P. Pedro de Ribadeneyra, por el cual el vulgo le distinguía de los demás compañeros, con estas palabras: «*aquel Padre que siempre mira al cielo*». La inspirada expresión que el autor supo dar al rostro del Santo, revestido de los ornamentos Sacerdotales, nos revela la magnanimidad de su corazón encendido en amor de Dios, y el ardiente anhelo de extender su gloria por el mundo por medio de la Compañía de Jesús, cuyas Constituciones lleva apoyadas sobre el antebrazo izquierdo, indicando con la mano derecha el santo Nombre de Jesús en el cual debía acometer sus gloriosas empresas. El estar compuesto el retablo por dos cuerpos, ha dado elevación suficiente al nicho en que está puesta la imagen, permitiendo desarrollar convenientemente la figura del Santo y colocar el Sagrario al pie de la base en que éste descansa. Excusado fuera repetir que la ornamentación tallada de este altar pertenece también al mismo orden corintio. Rico artesonado cobija el presbiterio, en el centro del cual destácase la

Paloma, imagen del Espíritu Santo, orlada de rayos de gloria, rodeados de esbelta y acabada moldura filigranada.

Dos tribunas laterales del mismo orden y gusto arquitectónico sirven para las Autoridades y Comunidades religiosas.

Quien visitare la nueva Iglesia de San Ignacio de Loyola, no podrá pasar por alto los relieves que figuran al pie de las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús é Inmaculada Concepción, representándonos el primero la aparición de Nuestro divino Salvador, en Paray-le-Monial, á la B. Margarita M.ª de Alacoque, y el segundo la consoladora escena que nos describen las Sagradas Letras en el Génesis, cuando, después del pecado de Adán y Eva, el Eterno Padre les dejó entrever el Misterio de la Inmaculada Concepción de María, por la que Satán sería humillado. Otros relieves alegóricos acompañan los mencionados nichos, según el objeto principal del altar en que están colocados.

Cerca del de la Purísima y en el extremo derecho de la nave central, admírase otra joya artística de singular mérito y belleza: nos referimos al púlpito.

Reúne el púlpito de la nueva Iglesia gran conjunto de riquísimos detalles. Sin dejar de pertenecer en su totalidad al orden general del templo; descuella en él, de un modo particular, el gusto del siglo XVI. Formado por un cuadrado con los ángulos achaflanados, presenta en dos de las caras principales otros tantos elegantes relieves, en el primero de los cuales se ve el descenso del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico, y en el segundo domina la figura del Salvador en el momento de confiar á los Apóstoles la misión de predicar el Evangelio: tres estatuas de tamaño proporcional, que presentan la Fe, la Esperanza y la Caridad, ocupan igual nú-

mero de nichos colocados en los tres chaflanes expeditos y visibles, unidos por pilastras de igual orden. El tornavoz afecta la misma forma del púlpito, descansando las pequeñas pilastras que unen también las caras menores con las mayores sobre lindos Querubines, al paso que el remate inferior ó parte baja está compuesto por seis ángeles rodeados de nubes.

La baranda de la escalera merece por cierto la atención del aficionado observador. Hállase sostenida desde la planta baja hasta unirse con el púlpito propio ó sea la copa, por seis hermosas columnas estriadas cuyas bases y capiteles respectivos se ven como aplanados en dirección oblicua. En los espacios intercolumnares, se hallan dulcemente esculpidos en medios relieves los cuatro Evangelistas ocupando el último superior lugar el Príncipe de los Apóstoles, de expresión sublime y muy correcto dibujo. Todo este precioso lienzo se apoya en grave faja de magconó. El conjunto descansa en un granado torzal de roble que parecen querer sujetar graciosas cintas entrelazadas y que parte (así como el pasamanos) desde la primera base de la columna inferior hasta arriba dando la vuelta al púlpito. Cuán propia y armónicamente estén esculpidas las imágenes y los cuadros que acabamos de mencionar, veráse por las observaciones que nos atrevemos á proponer á la consideración del lector, á cuya vista de ellas, deducirá lo difícil que fuera á otro artista menos conocedor de las cosas que D. Agustín Sáez, inventor de la obra, la sustitución de cualesquiera otras figuras de las mencionadas. Porque, á la verdad, la cátedra del Espíritu Santo debe serlo de la verdad, y ésta nos vino copiosa y espléndidamente revelada por Jesucristo nuestro Señor, el Unigénito del Padre, que alumbra á todo hombre que viene á este

mundo; y como esta misma verdad se halla contenida en los Sagrados Evangelios, era natural y muy propio que aparecieran los cuatro sagrados Evangelistas. San Pedro, Cabeza visible, por Cristo, de la Iglesia, nos dice que la doctrina predicable, para ser según las enseñanzas evangélicas, debe estar en armonía con las de la Iglesia, nuestra madre, á cuyo Supremo Jerarca incumbe declarar y definir infaliblemente *ex Cathedra* en materia de fe y costumbres y apacentar las ovejas confiadas á su cuidado con pasto abundoso y saludable de celestial doctrina. Los otros dos bellísimos relieves, de que hemos hecho mérito más arriba, joyas valiosísimas del arte, nos ofrecen, el primero, el origen de la predicación de la divina palabra en el mandato que da Cristo á los Apóstoles cuando los envía en su nombre al universo mundo, y el segundo, la comunicación del don de lenguas, para el cumplimiento del mismo mandato, en el Colegio Apostólico al descender sobre él el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego el día de Pentecostés. Estos dos cuadros son, no nos cansaremos de repetirlo, dos miniaturas escultóricas de un mérito extraordinario, respecto de las cuales no sabe uno qué admirar más, si la tenaz paciencia que tuvo el indio ejecutor de la obra que se le confiara, ó su inteligente sentimiento al interpretar los tan complicados dibujos. El acabado torzal de roble, de hojas, al parecer movedizas, también nos indican la constancia y fortaleza que deben acompañar al orador en todo tiempo, así al subir á la cátedra, como al bajar de ella. Finalmente y para no ser prolijos, las tres estatuas de la Fe, Esperanza y Caridad, en las tres hornacinas de los chaflanes recuerdan las tres fundamentales virtudes, principio, sostén y coronamiento de la justificación y perfección cristianas.

Toda la ornamentación de esta preciosa pieza es de

talla de maderas varias y escogidas, que aparecen con su color natural realzado por un ligero barniz, lo mismo que los altares y balaustrada del presbiterio.

Al descender el expectador desde el altar mayor hasta la puerta de entrada, ve dos ángeles parecidos al otro par, que en el presbiterio sostienen dos elegantes lámparas de plata, que iluminan el Santísimo Sacramento reservado en el sagrario: dichos ángeles están colocados en los dos ángulos que forma la nave principal con la parte baja del coro, y modifican la dureza que resultaría de su unión: presenta uno de ellos el cáliz con la Sagrada Forma y el otro un libro en el que se leen las iniciales A. M. D. G.

Todas las puertas interiores de la Iglesia tienen medios puntos de escultura por coronamiento de ellas, con grupos de ángeles que ostentan diversos atributos.

Si grata es la impresión que deja en el ánimo el interior del artístico templo, no es menor la que produce la fachada del edificio. Compuesta de dos cuerpos que guardan la severidad greco-romana, revístese el primero de la elegante solidez del orden jónico, así como el segundo se levanta engalanado con la riqueza del Corintio; destacan las columnas de entrambos, por ser de mármol blanco, sobre la construcción de ladrillo y de hierro, acompañadas de las jambas y arquivoltas de las puertas y ventanas que son también del mismo mármol. Las puertas que dan entrada á la Iglesia ó sea la central y dos laterales, están divididas por casetones de adorno tallado, debiéndose distinguir la primera de las segundas por los relieves que más tarde representarán algunos episodios de la vida de S. Ignacio.

Una elegante verja de hierro labrada en Manila, cierra el atrio que media desde la línea de la calle á la fachada,

viéndose en la parte exterior del templo la misma construcción de hierro y ladrillo sometida al mismo gusto arquitectónico que la anterior.

Bendición de campanas.—Dos lindas torres deben servir de remate á la fachada, á juzgar por la única que está colocada, y que sirve de campanario. Cuatro campanas corresponden á los lados principales del octógono que forma.

Bendijéronse el día 1.° de Julio del año actual por el Illmo. y Rmo. Sr. Vicario Apostólico Obispo de Biblios dimisionario del Tun-king Central, D. Fr. Bernabé García Cezón de la Orden de Predicadores. Colocadas y engalanadas de antemano en el atrio que da paso, desde la portería de la Casa-Misión á la sacristía de la antigua Capilla, empezó la bendición y consagración de dichas campanas, según las ceremonias del Pontifical Romano. Asistieron al acto los PP. Profesores del Ateneo y una Comisión de los de la Escuela Normal, los alumnos internos y externos, con algunos pocos concurrentes por no permitir mayor número la estrechez del local.

Á la campana mayor se le impuso el nombre de Jesús, llevando esculpido en su exterior el monograma de la Compañía y los siguientes dísticos latinos:

Insignita sacro, Manilae, Nomine Jesu,
  Jure prius, laudo, voce sonante, Deum.
Gaudia post celebro, defunctaque corpora plango,
  Christiadasque voco ad limina sancta Dei.

que vertida al castellano dice:

Aquí en Manila, de Jesús el sacro
Nombre me dieron; al Señor excelso
Justo será que sin cesar primero
                    Cante festiva.

Al hombre anuncio las sagradas fiestas,
Lloro en su muerte, y á sus tiempos clamo
Para que el pueblo de su Dios al templo
Férvido corra.

La segunda recibió el nombre de María, leyéndose en su superficie el otro dístico que dice así:

Virginis excelsae praeclaro Nomine dicor,
Ipsius et clamo, ut nomen adoret homo.

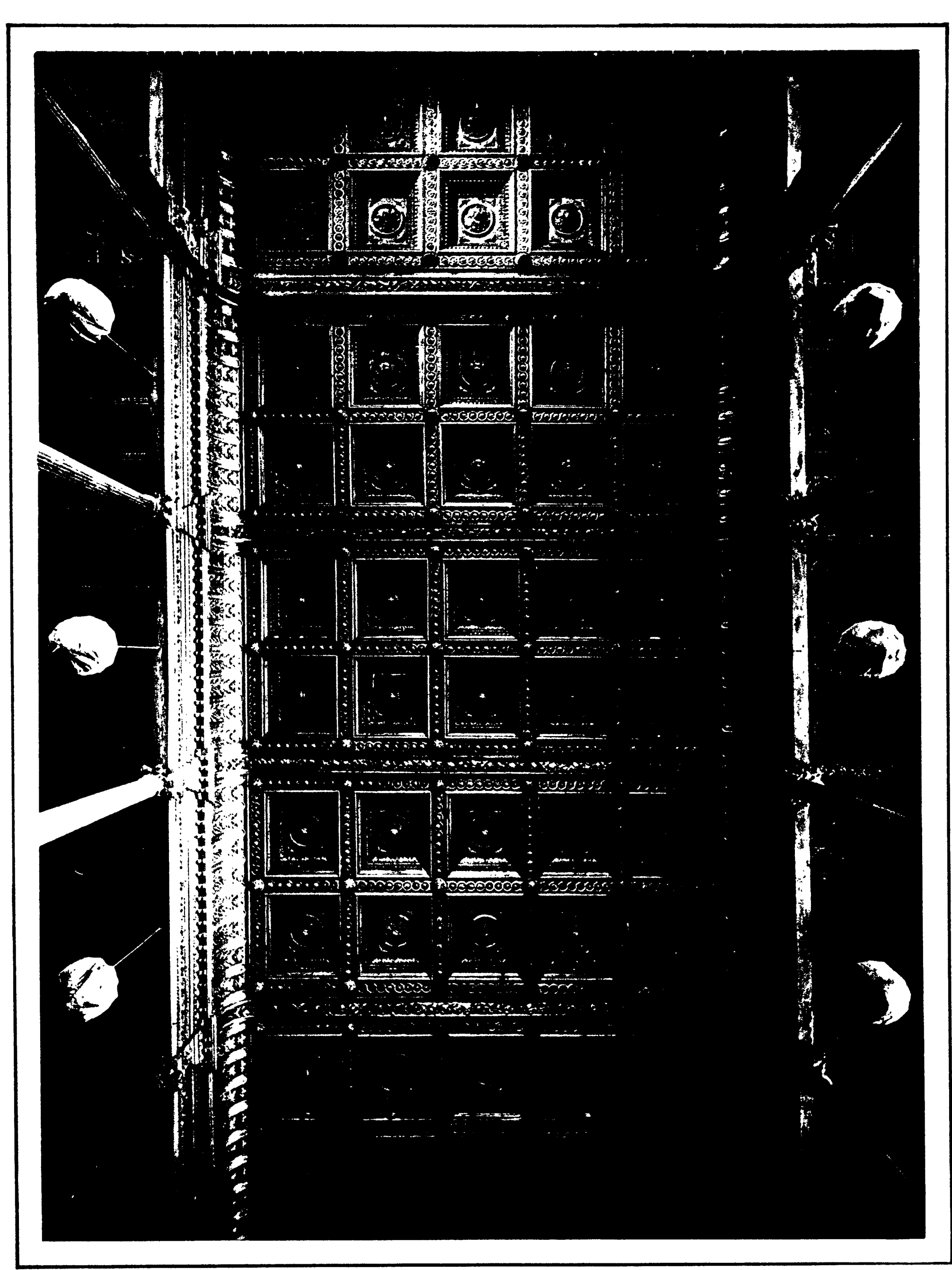
que traducido dice así:

El dulce Nombre de María llevo:
Por esto al aire mis acentos lanzo,
Para que un nombre tan sagrado alaben
Todos los hombres.

Distinguióse á las dos restantes con los nombres de José é Ignacio, y todas, á los dos días de bendecidas y consagradas, fueron colocadas en sus lugares respectivos.



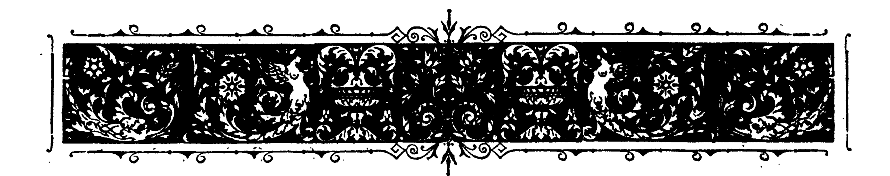
Sección Religiosa



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª — Barcelona

ARTESONADO DE LA NAVE CENTRAL

En el Templo de San Ignacio de Loyola, de Manila



SECCIÓN RELIGIOSA

NO habian celebrado aún en Manila los PP. de la Compañia de Jesús, la reciente Beatificación de los cinco Mártires de Inglaterra, ni la Canonización de los Santos Pedro Claver, Juan Berchmans y Alfonso Rodríguez. Nada por lo tanto más á propósito para inaugurar la nueva Iglesia que aquellas fiestas, las cuales, como glorioso remate, habian de tener la del Santo Fundador y Titular del nuevo templo. La facultad de Roma para prorogar su plazo permitió que se fijaran para los dias 27, 28, 29, 30 y 31 del mes de Julio de 1889.

Para mayor realce los PP. de la Compañia solicitaron del Illmo. Cabildo, del Excmo. è Illmo. Sr. Deán Gobernador de la Mitra (sede vacante) D. Eugenio Nétter, de los MM. RR. PP. Provinciales de las Órdenes Religiosas y del Superior de los PP. de la Misión de S. Vicente de Paúl, que se dignasen tomar parte en las proyectadas fiestas, encargándose con singular benevolencia de un día cada Corporación.

Asimismo fuè presentada una instancia al Excmo. Ayuntamiento de Manila para que se dignase mandar una comisión de su seno que le representase en

cada uno de los días indicados, á la cual contestó con suma deferencia el Municipio que, en sesión celebrada bajo la presidencia del Excmo. Sr. Gobernador Civil, se había acordado por unanimidad, la asistencia del Cabildo Municipal, bajo mazas.

Preciso era bendecir la Iglesia que iba á ser morada del Altísimo, ceremonia que se verificó el día 25 de Julio á las siete de la mañana. Los alumnos internos del Ateneo Municipal formados en el atrio del nuevo templo, aguardaron á la Comunidad de PP. de la Compañía de Jesús que, con cruz levantada, se dirigió desde la antigua Capilla á la puerta principal de la Iglesia, la cual, siguiendo el Ritual Romano, estaba cerrada, desnuda de todo ornato y vacía. Bendíjose primero la parte exterior entrando luego la Comunidad en el interior, y mientras los alumnos se dirigían al coro, termináronse las sagradas ceremonias revestidas de la majestad con que siempre las ennoblece el culto católico.

El R. Superior de la Misión de la Compañía de Jesús en Filipinas, P. Pablo Pastells, á cuyo cargo estaba la bendición, dijo la primera misa en el altar mayor sencillamente adornado, abiertas las puertas y expuesta ya la Iglesia á la pública veneración. Numeroso fué el concurso que durante todo el día acudió á admirar las bellezas artísticas del templo de S. Ignacio, aumentando progresivamente el día 26 hasta tal punto, que fué preciso cerrar las puertas para facilitar los preparativos de las fiestas.

Á las 12 del día un repique de campanas alegraba el vecindario de intramuros, anunciando con su clamoreo la Beatificación de los BB. MM. de Inglaterra cuyos solemnes cultos debían celebrarse el siguiente día.

DÍA 27

dedicado á la gloria de los BB. MM. PP. Edmundo Campiano, Tomás Woodhouse, Juan Nelson, Alejandro Briant y Tomás Cóttam.

Al amanecer otro repique de campanas siguió al toque del *Angelus* renovando el regocijo del día anterior. La narración fiel de esta fiesta la hace *La Oceanía Española,* Diario de Manila, en su número del día 28, de esta suerte:

«Ayer dieron comienzo en la Iglesia de San Ignacio los solemnísimos cultos con que los RR. PP. de la Compañía de Jesús, á la par que solemnizan la inauguración del nuevo templo, celebran la elevación á los altares de ocho Santos de la Orden.

Desde muy temprano veíase el templo invadido por numerosa concurrencia, en la que se hallaban al lado de aristocrática dama, la sencilla indígena, junto á la acaudalada mestiza, la modesta colegiala: grupos de personas de todas las clases sociales, pobres, ricos, ignorantes, doctos, religiosos y sacerdotes, militares y paisanos, en fin todo cuanto encierra Manila, se había dado cita en el artístico templo, para dirigir sus plegarias al Altísimo y recordar las glorias de aquellos que por la fe católica derramaron su sangre en Inglaterra durante el reinado de Isabel.»

«El magnífico templo, cuya descripción conocen ya nuestros lectores, sin galas de ningún género, presentaba un soberbio golpe de vista: en el altar mayor se había colocado un grandioso elegante cuadro al óleo, que representaba la apoteosis de los cinco Mártires, entre los cuales sobresalía la figura del caudillo de aquellos héroes, el Beato Edmundo Campiano.

En las gradas de mármol del altar se habían colocado seis jarrones con flores de color blanco plata, y hasta catorce ó diez y seis elegantes candelabros de metal blanco con hermosas velas; la mesa cubierta por lujoso mantel de piña con bordados blancos, en cuyo centro se veía, bordado en oro, el monograma de la Compañía, realzaba de una vez más la belleza del conjunto.

En los altares laterales, adornados de un modo análogo al altar mayor, se hallaban colocadas las imágenes de la Purísima y del Sagrado Corazón de Jesús.

En el centro de la nave central ocuparon sus asientos el Excmo. Ayuntamiento, que asistió bajo mazas, presidido por el Sr. Corregidor, y los Alcaldes de 1.ª y 2.ª elección. Asimismo se hallaba el Cabildo Catedral, á cuyo cargo estaba encomendada la festividad.

Á la derecha del altar mayor y bajo dosel se hallaba el Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Biblios, el cual ofició de pontifical asistido por los canónigos señores Ballesteros y Fuentes Martínez como diácono y subdiácono; como presbíteros de honor los prebendados Señores Anaya y del Rosario, y el Excmo. Sr. Deán como presbítero asistente. Bajo la dirección de su autor se cantó la misa de D. Óscar Camps y Soler, Profesor de música del Ateneo Municipal.

Á la terminación del Evangelio, ocupó la Cátedra Sagrada el Canónigo Magistral de esta Catedral, Licenciado Sr. D. Faustino Sánchez de Luna, quien estaba encargado del panegírico de los beatos mártires.

Conocidas son las sobresalientes dotes de este orador, y como se esperaba, pronunció un notable discurso, en el que, después de un brillante exordio, dió una

rápida ojeada por la historia de la Compañía y del cristianismo y dedujo, como consecuencia, que el heroismo en religión es de mayor estima y mucho más laudable que el heroismo por la patria, y así probó que el demostrado por Edmundo Campiano y sus cuatro compañeros mártires, los elevó á los altares.»

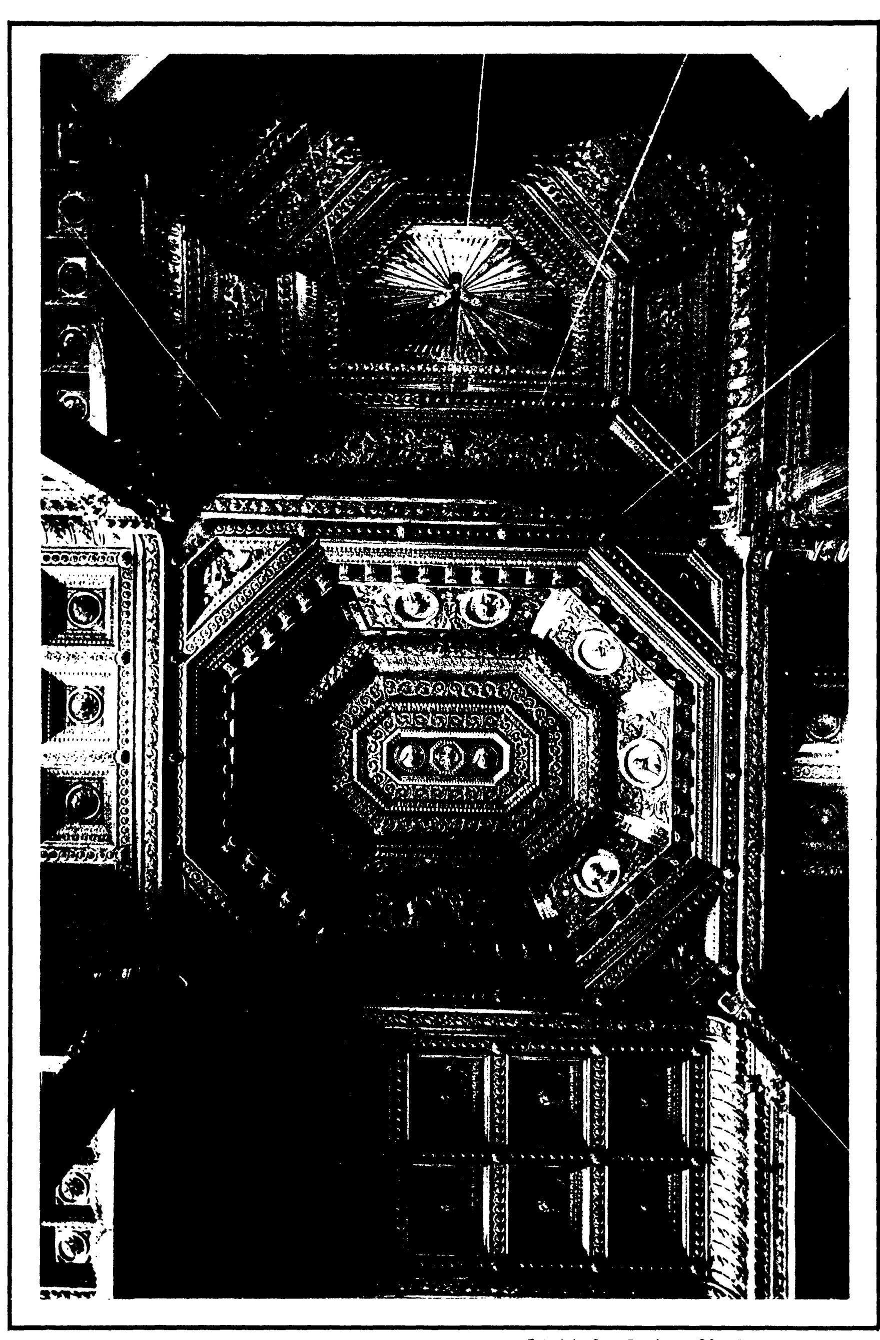


SERMÓN

DE LOS BEATOS MÁRTIRES

DE

INGLATERRA



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª — Barcelona

ARTESONES DEL CRUCERO Y ÁBSIDE

En el Templo de San Ignacio de Loyola, de Manila

SERMÓN

pronunciado por el Sr. Licenciado D. Faustino Sánchez de Luna, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana.

Puto quod Deus nos Apostolos novissimos ostendit tamquam morti destinatos, quia spectaculum facti sumus mundo, angelis et hominibus.—2 ad Cor. 4—9.

EXCMO. SR.

EDUCADO en mis primeros años á la sombra de un castillo do un joven capitán, defendiendo á la Patria, recibiera heridas que le tuvieran largo tiempo postrado; oyendo á cada momento el cambio verificado en las ideas y aspiraciones del héroe de Pamplona al meditar sobre la nada de la grandeza humana y el insensato delirio que obliga á llevar el hacha destructora por la tierra para satisfacer ambiciones sin medida; viendo que renuncia á un porvenir brillante para cubrirse de andrajos, haciéndose como el ludibrio de las gentes, y que tras cambio tan radical es el jefe y padre de nuevos soldados de la Cruz, mi corazón, como el de todo navarro, recibía así como un bautismo de gloria provincial, pues la grandeza de Ignacio de Loyola, como aquel castillo conver-

tido en Capilla, son considerados como perlas engarzadas en nuestros anales y como ornamento de nuestra Capital. Y cuando abriendo la historia de los últimos tiempos he visto desfilar á esa Compañia de Jesús siempre dispuesta al combate para salvar las almas y llevar la civilización católica con todos los ramos del saber humano por toda la tierra sin jamàs abandonar la trinchera; ser victimas de la impiedad y brillar, sin embargo, como brilla el sol en el zenit, renaciendo siempre con igual espiritu y la misma vida, cuando parecia todo terminado, entonces como ahora, he sentido el mismo impulso que me mueve á dirigir un cántico de admiración y de respeto á los hijos del noble guipuzcoano y manifestar que sólo un sentimiento ha dominado en mi alma, justo es decirlo, y es que la pequeñez de mis talentos y mi propia debilidad no me hayan permitido ser el último soldado de ese ejército de sabios, de héroes, de santos y de mártires.

No os admire por lo tanto mi emoción, porque con estos sentimientos y en momentos tan solemnes como la inauguración de este templo, grandioso esfuerzo de la inteligencia y de la fe católica de los hijos de Ignacio, y al rendir homenaje de veneración á los mártires sus hermanos que la autoridad infalible del Soberano Pontifice acaba de elevar á los altares, no es el talento ni la imaginación quienes deban responder, sino el afecto y el corazón, siendo tanto mas expresivos cuanto más el frio ambiente de las sociedades modernas intente apagar aquellos sentimientos vivificadores que alma y vida fueron para regenerar á los pueblos, darles formas sociales conformes con el espiritu de Dios y sostenerlos en las batallas de la vida para que no retrocediesen á la bar-

barie de donde el catolicismo los arrancara. Digo el afecto y el corazón, no porque deje de humillarme ante el saber y la ciencia, sino porque aquellos mejor que éstos disponen á la caridad, y los que más fácilmente nos acercan al divino modelo Jesucristo para dar como él la vida por nuestros semejantes. Gustoso me rindo ante San Agustin como ante el Angélico Doctor y tantos genios como cuenta nuestra eclesiástica historia pero... permitidmelo decir. El batallar constante por llevar la verdad católica á todas partes, seguros de hallar á cada momento peligros y soledad; el incesante afán de salvar las almas extraviadas y traer nuevas gentes al redil de la Iglesia teniendo delante de nuestros pasos la persecución, el odio ó el anuncio de la muerte; defender lo que la injusticia, la barbarie ó el poder combaten y hacer de antemano el sacrificio del bienestar y de la vida, es tan superior á las fuerzas humanas y hacen salir al hombre tanto de su esfera de acción que, á veces ni cuenta sabemos darnos de tanta grandeza de corazón. Y no digáis, Señores, que asi obran también los que saben sacrificarse por la Patria; no, pues, por grande que sea el sacrificio que admiramos en nuestro eterno Dos de Mayo, ó en Zaragoza y Gerona, como allá en Sagunto y Numancia, no se parece al heroismo de los hijos y defensores de la fe católica. Allí el amor, la necesidad y la gloria forman la grandeza del corazón del patriota; aquí en nuestra Iglesia, la caridad, la abnegación, el desprecio de sí mismo, la renuncia de lo temporal y la fe en Jesucristo forman la voluntad y el heroismo. Allí la esperanza del porvenir y el bienestar de la familia ó un nombre en la historia; aquí, Señores, quizá, quizá una muerte ignorada ó el olvido de los que viven. Allí en fin todo es por el mundo

y los hombres; aquí todo por Dios y por el bien de la humanidad.

Ya veis cuán diferente es en sus motivos y fines el heroismo católico del heroismo del ciudadano. El uno busca la tierra, el otro el cielo, como nos cuenta S. Pablo.—*Quae sursum sunt quaerite.*—Este es pues el heroismo que admiramos en los Beatos, objeto principal de los presentes cultos, que les ha hecho merecer la sanción de una gloria y de una grandeza que no termina con la existencia, sino que es gloria de la eternidad. Gloria y exaltación la mas sublime, la que eleva á la criatura hasta el Criador; gloria en que, si de un lado resalta la invariable y eterna Justicia de Dios; de otro aparece el mérito y la santidad que hace conseguir ser llamado grande, según la promesa de Jesucristo.—*Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.*

Con gran consuelo de mi alma referiría, Señores, la grandeza de los Beatos Tomás Woodhouse, Juan Nelson, Alejandro Briant, y Tomás Cóttam, pero me estendería demasiado y sólo por incidencia os hablaré de ellos, pues debo concretarme especialmente, según se me ha ordenado, á encomiar primero y principalmente á ese astro brillante de la Iglesia Católica en Inglaterra, á ese héroe de abnegación y acérrimo defensor de la doctrina Católica y del Pontificado, cuyo nombre aparece ya en vuestros labios, el Beato Edmundo Campión.

Ilustre Beato, si poseyera en estos momentos la riqueza de vuestra elocuencia, la profundidad de vuestros conocimientos y la grandeza de vuestra fe, que fueron vuestro distintivo en las luchas de la vida; si un solo rayo de vuestro fervor anidase en mi alma, sabría, conmoviendo á mis oyentes, convencerles al par

de que el ministerio Apostólico marchando en el mundo por un terreno lleno de espinas y abrojos tiene por término de su misión un hermoso campo sembrado de flores y que á la aridez de la vida se suceden las delicias del cielo «porque no hay mayor grandeza que la que procede del heroismo de la fe, causa de vuestra glorificación y motivo bastante para la nuestra», que es el objeto que me propongo demostrar. *Ave María.*

Jesucristo al encomendar á sus Apóstoles la misión de evangelizar el mundo les habia dicho: «ved que yo os envio como ovejas en medio de los lobos» y preciso era que una fuerza superior al humano poder asistiera á los enviados para que no palideciese su fe y en la batalla de la enseñanza no se quebrantase su espíritu. Si el divino maestro tiene por término de su misión la muerte de cruz, ¿qué será de los discipulos? Si no tuviera, Señores, el catolicismo otra prueba de su divinidad que los innumerables creyentes que han derramado la sangre, como ovejas entregadas á la muerte, en su defensa, bastante seria, en opinión de un sabio enemigo, para hacerla creible como tal. Porque no es dificil, cuando estamos rodeados de felicidad y de ventura tener fe y tener convicciones; ser esforzados en nuestras creencias, si un quieto bienestar es la atmósfera de nuestra existencia, ó amar cualquier delirio, por insensato que sea, en el seno de nuestro tranquilo gabinete; pero sentir el rayo sobre nuestras cabezas ó la tierra temblando á nuestros pies; ver la espada y el tormento amenazando nuestra existencia, á la desgracia y el infortunio pesando sobre nosotros y al odio y al desprecio sirviéndonos de alimento y no obstante tener ánimo sereno, corazón tranquilo, conciencia de

6

nuestros actos y fe en lo que la ruina y la muerte nos puede proporcionar, esto, Señores, es, más que valentía, es el heroismo, que cuando se relaciona con la doctrina, se llama, á no dudarlo, el heroismo de la fe. Y ved el distintivo de los Mártires Ingleses que hoy celebramos y sobre todos brillando, como fúlgida estrella, á Edmundo Campión.

Nacido en Londres en 1540, cuando aquel monstruo, llamado Enrique VIII, se había constituído en jefe de la Iglesia anglicana, y había roto los lazos y la obediencia al sucesor de Pedro, robado los templos y saqueado toda la fundación católica, y cuando sin freno, respeto ni pudor llevaba al patíbulo á los católicos como á sus propias esposas, apareciendo, como crimen de lesa nación, las creencias católicas; Edmundo empezaba la vida respirando aquella atmósfera que hace presagiar grandes desventuras y vuelve los espíritus más serios y pensadores cuando se vive entre guerras civiles ó religiosas. Muy joven todavía perdió á su padre, mas la providencia, que no desampara al desgraciado, hizo que el gremio de mercaderes tomase á su cargo el cuidado y educación del joven huérfano. Un talento no vulgar y fácil disposición para el estudio se observó en él desde los primeros momentos, é hizo presagiar á sus protectores que Edmundo había de ser conveniente con su ilustración para iluminar el caos en que la nación veíase envuelta. El tiempo, Señores, se hizo cargo de dar cumplimiento á este vaticinio, pues tantos progresos realizó y tan pensador y profundo era su genio que, muertos Enrique VIII y el infausto Eduardo VI y entronizada la Católica María hija de aquel Enrique y de nuestra Catalina de Aragón, mereció ser elegido para felicitar á la Reina á su entrada en Londres, en representación de todas las escuelas, y fué tal la expresión

con que habló, tan natural la acción, tan melodiosa y enérgica la entonación, y demostró tanta elocuencia que, asombrado el Corregidor, Tomás Witte, de los talentos del joven Edmundo, le concedió una de las primeras plazas del colegio que, aprovechando el cambio religioso que en favor del catolicismo se iba á verificar con la reina María, fundó en Oxford para formar en él como una nueva juventud educada en la doctrina católica que, pudiera ser con su virtud y sus luces fundamento de la reconstitución religiosa y social de Inglaterra y defensora del dogma católico y del Papado tan duramente combatidos por el protestantismo.

Acertado fué el pensamiento de Witte, pues, Oxford llegó á ser centro de los ingenios ingleses y plantel de una juventud tan llena de virtud como de saber bajo la dirección de maestros católicos, brillando sobre todos Edmundo por la rectitud de su criterio, la profundidad de sus conocimientos y una elocuencia tan arrobadora que le hizo merecer ser Jefe de una sección que se honraba con su nombre, llamándose *Campionistas.* Los estudios filosóficos fueron el afán de sus aspiraciones y tantos lauros alcanzó que fué considerado como una legitima gloria de la nación Inglesa. Poco, Señores, duró el reinado de la Católica María, y la adulterina hija de Enrique y de Ana Bolena, contra todo derecho, vino á ocupar el trono y á producir nuevos trastornos en Inglaterra. Tan hipócrita para ocultar sus creencias como sanguinaria, ya en el poder vió en el pueblo católico la espada de la justicia impidiéndola ocupar lo que ni el derecho ni la conciencia podían consentir, y abrazada á la herejía, declaró cruda guerra al catolicismo, separóse de la obediencia del Pontífice y llevando el hacha del verdugo y la sagaz rapiña por todas partes donde brillar se vieran funda-

ciones piadosas ó creencias católicas; mas eran tales su falacia y su astucia que, crimenes de Estado no de religión las declaraba. Edmundo en tanto se dedicaba al estudio de los SS. Padres y controversias y llamado á pronunciar el elogio fúnebre de la infortunada Amy Robsaat fuė tal la admiración que produjo su elocuencia que, de entonces declaróse el conde favorito, Leicester, su protector, como lo fuera después la misma Isabel al oirle en la universidad de Oxford una brillantisima discusión filosófica, donde la grandeza del estilo iba unida á la irresistible lógica, alcanzando por este motivo á los 26 años de edad ser nombrado primer Orador y Vice-Canciller de dicha universidad.

Señores; dificilisima es la situación en que se halla colocado nuestro Edmundo. Joven lleno de talento y de saber tiene ante si abierto el camino de los honores y de elevadas posiciones. Una reina y un favorito le empujan para allanarle el ascenso. El nuevo orden de cosas hace mas fácil la subida y un Obispo, tan sagaz y sabio como hipócrita, quiere ganar á este genio para consolidar la obra de Isabel. La lucha debe ser terrible. De un lado la grandeza, de otro la persecución el destierro ó la muerte. El catolicismo representa para Edmundo el tėrmino de su carrera, la herejia el principio de su grandeza; pero si Edmundo parece vacilar, al fin oye á su conciencia católica y huye á Irlanda y después á Flandes para buscar en el colegio Donay aquella ciencia teológica, apenas vislumbrada, resuelto en su ánimo á volver á Inglaterra llevando muy levantada la bandera de la verdad católica. No puedo detenerme á detallar los incidentes de su vida durante sus estudios, ni su toma de sotana para pertenecer á la familia de Ignacio, ni las demostraciones de su piedad en Roma, ni de sus trabajos en el profesorado

en Praga. Vedle volviendo á Inglaterra como un Apóstol, dispuesto á luchar por el triunfo de la verdad católica.

Pero ¿no temblará Edmundo sabiendo que sus hermanos Tomás Woodhouse y Juan Nelson han sufrido horribles tormentos y espantosa muerte por defender esta doctrina? ¡Ah! no. Miradle en Londres rodeado de algunos católicos dando principio á sus trabajos con una energía y una oportunidad que encantan. Así como el príncipe de los Apóstoles levantaba la voz en Jerusalén y decía sin temor ni vacilación «varones de Judea, sabed que aquel á quien habéis crucificado es Dios con el Padre»; así Edmundo para combatir la reforma protestante pone por tema de su primer sermón el divino *Tu es Petrus etc.* y hace una enérgica defensa del Pontificado y como consecuencia de la verdad que enseña la única y sola Iglesia que tiene recibida autoridad del divino Fundador. Imposible, Señores, es seguirle en aquella campaña de misionero y de catequista en Inglaterra. Su voz se oye en todas partes; sus cartas se difunden entre católicos y herejes como una luz purísima; y si le veis evitar el peligro es para vivir produciendo mayor bien y fortificar á los buenos creyentes. Va de un lado á otro lado sembrando, como en tierra nueva, el evangelio ó fertilizando la fe que es tímida ante el peligro; desenmascara la hipócrita falacia de los herejes y hace patentes sus errores y sus inconsecuencias; y si grandiosa es siempre su elocuencia, son mas grandes su humildad y su perseverancia.

Cuando he leído sus trabajos Apostólicos, cuando le veo cambiando de disfraces á cada momento para no ser conocido de los enemigos y poder ser útil á los católicos, cuando le he visto perseguido sin cesar y sin un momento de reposo; he creído ver á S. Pablo en

una nueva vida no menor en sufrimientos á la del gran Apóstol de las gentes. Seguro, sin embargo, de su misión no teme á la herejía, pues, como él dice, podré ser muerto, pero no vencido, *equidem occidi possum, superari non possum.* Con razón, dice, que podrá ser muerto. Jamás Señores, se ha visto en la historia de la humanidad persecución de peor carácter que la promovida por la crueldad de Isabel. Las confiscaciones como el patíbulo; el espionaje más sagaz y los tormentos más terribles; las sentencias más injustas y las más asquerosas muertes y profanaciones; el despedazamiento de los cuerpos todavía vivos; la inocencia y la virtud consideradas por jueces vendidos al poder tirano, como crímenes, forman la historia del reinado de aquella Isabel que se ofrecía al infierno por un reinado de 40 años. Leed al protestante Cobbett y veréis que jamás los Emperadores romanos inventaron para sus circos y persecuciones tanta crueldad ni tanta perfidia unidas á tanta hipocresía. El supuesto delito de lesa majestad era, digámoslo así, la capa que cubría toda sentencia autorizada por la más sanguinaria, lasciva y cruel de las reinas y, sin embargo, aquellos mártires morían orando por su Patria y por su Reina, y á Reina y Patria perdonaban tanta injusticia y tanta crueldad. Por esta razón Edmundo para disipar toda duda y hacer ver el objeto de sus trabajos, así como el carácter de su misión en Inglaterra, su amada Patria, escribe aquella sublime manifestación bastante por sí sola para patentizar el móvil verdadero de la persecución que se hace á los católicos. «Yo confieso, dice Campión, que aunque indigno, soy clérigo de la Iglesia católica y por la misericordia de Dios ha ya ocho años que hice voto y tomé hábito en la santa Compañía de Jesús y entré en una nueva milicia bajo la bandera de la obediencia, renunciando á todo interés y

honra como à toda vanidad ó felicidad humana. Mi oficio es predicar el Evangelio, administrar sacramentos, enseñar à los ignorantes, desengañar á los engañados, dar luces y armas contra los vicios y el error en los que veo sumergidos à muchos de esta mi amada Patria. Jamàs tuve intención ni puedo en manera alguna tratar cosas concernientes al Estado y Gobierno del Reino, ya porque son agenas á mi vocación, ya por expresa prohibición de nuestro General, que para mi, representa à Cristo. Deseo dar audiencias públicas delante de los doctores y letrados de las Universidades, juristas y canonistas, delante de la Reina y de su Real Consejo y me ofrezco á dar razón de mi y confirmar la fe de nuestra Santa Iglesia católica, con argumentos invencibles de sagrada escritura, padres y doctores, historia y razón natural y moral. Tengo ánimo y esfuerzo para llevar cualquiera cruz por pesada que sea y padecer cárcel, tormentos y muerte por la salvación de vuestras almas. La cuenta está hecha, la empresa comenzada, la causa es de Dios á quien nadie puede resistir. Con sangre se sembró la fe de Jesucristo y con sangre se ha de restituir.»

Ahora bien, Señores, ¿es esta la voz de un trastornador del orden puramente social? ¿Hay algo en esa manifestación que ataque al poder real? No, Señores, no. Esa voz es la de un apóstol, es la voz de San Pablo, es la voz de los màrtires del Evangelio y de la Iglesia católica. Mas como si no fuese bastante esta prueba de sinceridad, y como no fuese aceptada la conferencia propuesta á los doctores, creyó Edmundo un deber dar pública esplicación de su doctrina y escribió su famoso librito intitulado.—*Las diez razones*—que son una de las más brillantes apologías del catolicismo y que ha merecido ser colocado al lado del de Tertuliano. Imposible

me es, y lo siento, no poder manifestaros la belleza de dicción, la claridad de lenguaje y la grandeza y oportunidad de pruebas y testimonios que encierra aquel librito que, como es consiguiente, produjo inmensa sensación lo mismo en Inglaterra que en todas partes, pues, en él se oía más que la palabra de un hombre, la voz de Dios y de la conciencia humana. Libro que daba golpe de gracia al protestantismo á quien sólo el odio, el orgullo ó la ambición podían sostener.

No os admire por lo tanto que su autor fuese perseguido por el herético poder y acosado como una fiera, y que las cárceles se llenasen de inocentes víctimas y llevados al tormento y al suplicio cuantos no quisieran dar cuenta de Edmundo; y el espionaje se multiplica y el odio crece y la persecución es incesante hasta que un traidor hace prisionero en el castillo de Lyfort á nuestro heroe. Llevado en triunfo á Londres se le pone un rótulo en el sombrero que dice: *Campión, el jesuita y alborotador.*— Desisto, Señores, de comentar este ultraje á la virtud, pues, vuestro criterio verá cuánto puede la saña de un enemigo impotente para luchar contra la verdad é incapaz de oponer razones contra razones. Tampoco puedo detenerme en hacer historia sobre el ánimo sereno y tranquilo de Edmundo, sobre la dulzura que manifiesta hablando á los estudiantes de Oxford yendo prisionero, ni de su tan humilde como risueña expresión en el peor de los calabozos de la Torre de Londres. Vedle delante de la Reina Isabel y su corte; oid aquella célebre frase que pronuncia respondiendo á las promesas que se le hace si abraza el protestantismo.—«Señora, antes que inglés soy cristiano católico.»—Tanta firmeza en el que era reputado como una gloria nacional y enemigo de la religión del Estado debía fomentar el odio de la herejía y no os estrañará si os digo que Edmundo colocado en

el tormento vióse todo magullado, arrancadas las uñas y hecho el blanco de la ira de aquella reina cruel. No por eso pierde la serenidad de su alma y en sus labios se hallan unidas las verdades del catolicismo y la sonrisa del héroe que no teme á la muerte por defenderlas y que se gloría en verse, como apóstol, destinado á la muerte y hecho espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres. *Spectaculum* etc.

Por fin parece que la razón responde á la pasión, en aquella lucha de un trono contra un hombre y en la Iglesia de la Torre (á donde es conducido Edmundo) unidos algunos doctores al Deán de San Pablo dirigen á nuestro héroe algunas acusaciones, permitiéndosele tan sólo defenderse y hácenle un interrogatorio tan capcioso como inoportuno. ¿Creéis que Edmundo, todo herido, puede ser sorprendido por la astucia de sus acusadores ó que el temor puede amenguar la grandeza de su inteligencia ó el valor de su corazón? No, Señores, en esta como en posterior conferencia su elocuencia es la misma que manifestaba en Oxford, en Dubay y en Praga; su firmeza estriba en la certeza de su doctrina y habla con la seguridad del Doctor y la inspiración del Profeta; arguye con tal concisión y tan sólidos argumentos aduce que, más que un hombre, parece el espíritu de verdad que anunciaba Jesucristo y al que no se podría resistir; espíritu de verdad que hace cantar al pueblo inglés, *Rija ya la razón, cese el tormento.* No era posible tras de estas derrotas que la cruel reina y sus consejeros dejasen tranquilo á nuestro Edmundo y así fué, Señores. Isabel y sus secuaces creen posible destruir el catolicismo dando muerte á los católicos y un tribunal vendido al poder real llama á nuestro Edmundo, á quien otro hijo de Ignacio de Loyola, Tomás Briant, el sacerdote Sewin y otros muchos acompañan acusándoles de trastornadores

del orden y enemigos de la Reina. «Examinad, les dice Campión, nuestros actos sacerdotales y estaréis ciertos de nuestros hechos y veréis que cuantos estamos presentes sólo por ser católicos, si así lo quereis, nos confesarémos culpables.»

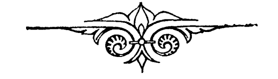
Por estraño que os parezca tras de quince siglos de hallarse la doctrina católica dominando en el mundo é infiltrada en las leyes civiles y siendo alma de la misma constitución inglesa, sólo por sostener esta doctrina, son considerados como reos de alta traición Edmundo y sus compañeros, como poco después lo fué el valiente jesuita Tomás Cóttam, contra quienes pronuncióse sentencia, que horroriza por su injusticia y crueldad. «*Sean llevados*, se dice, *al lugar del suplicio y ahorcados, sáquenseles las entrañas y sean descuartizados como reos de traición.*—¡Qué contraste, Señores!, mientras el odio de Isabel y sus secuaces brama como una tempestad, al dictar la sentencia que habéis oido llenos de horror, Edmundo con rostro alegre, dicen testigos oculares, entona el *Te Deum laudamus*, á que responden Briant y compañeros mártires, llenos de entusiasmo porque llegó el momento de dar su vida por la fe de Jesucristo, y, «Hermanos, dice, no es la traición á la Patria, sino el amor y el celo por la fe verdadera quien nos ha puesto en el caso de perder la vida.»

No puedo expresaros los afectuosos discursos, las piadosas instrucciones, las cartas y los consejos que brotaban del alma de Edmundo para afirmar á los católicos en la fe y confirmar con su ejemplo la verdad de aquella doctrina que hace agradable la muerte en su defensa. Semejante á un gladiador que se dispone para el combate, se le vió sereno y tranquilo, animando á todos y á todos consolando con la esperanza de la gloria. Llevado al suplico con su hermano Briant y Sherwin,—*Mo-*

riturus te saluto—dice á una imagen de la Virgen hallada en su camino y olvidada quizá por los herejes, y volviéndose al pueblo que le seguía.—«*Dios os salve*, les dice, *Dios os bendiga*, *Dios os haga católicos.* Colocado después sobre un zarzo para ser arrastrado por el lodo, recuerda las palabras de San Pablo á los Corintios. *Somos hechos*, dice *un espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres....* Él perdona á su Reina y á sus perseguidores y—*Muero*, dice, *como Sacerdote católico y por la defensa de la fe de Cristo en que he vivido y por ella doy gustoso mi vida*—y poco después, Señores, cumplióse aquella horrible sentencia dictada contra Edmundo Campión y compañeros en todas sus partes; y el que en vida era una de las brillantes estrellas del Catolicismo en Inglaterra, vino á ser con su muerte una perla preciosa en la historia de la Compañía de Jesús y ornamento de la Iglesia Universal.—Basta, Señores.

Estos mártires, como el ilustre Cóttam, nos demuestran que el ministro de Jesucristo debe estar, á semejanza del divino Maestro, dispuesto á dar la vida por la salvación de sus semejantes para hacer triunfar en la tierra el reinado de la verdad y el reinado de la caridad que son el reinado de Dios. Hoy, es verdad, no tememos los tormentos, ni la muerte se cierne sobre nosotros al propagar nuestra doctrina, pero una guerra semejante á la de la serpiente tentadora en el Paraíso, lleva entre sombras y celajes el hacha destructora á las inteligencias y el frío de la muerte al corazón.—*Eritis sicut dii*—seréis como dioses, dice el racionalismo, si sacudís todo yugo, si despreciáis antiguallas, si os creéis perfectos, si no reconocéis autoridad que llegar pueda á vuestra conciencia, si sois libres con satánica libertad. Alerta pues, soldados de Cristo, alerta, porque ese criterio del mundo moderno seduce á los incautos y hace vacilar á

los creyentes, y hora es de levantar la voz como nuestros mártires ingleses sin temor ni à la ignorancia que se viste de harapos, ni á la vana ciencia cubierta con el manto del filósofo, ni á la soberbia con su ropaje de púrpura. Una es la verdad y una la doctrina, una la fe y uno el bautismo y una la cabeza de la Iglesia, el Romano Pontifice. Esa es nuestra bandera, como fuè la bandera de Woodhouse, Nelson, Briant Cóttam y Edmundo Campión y con ella podremos obtener el reino de los cielos que á todos os deseo.



DÍA 28
dedicado á S. Alfonso Rodríguez.

En el altar mayor se colocó en elegante marco un gran cuadro al óleo en el que estaban representados los tres Santos canonizados por el Sumo Pontífice Leon XIII en 1888. S. Alfonso Rodríguez, S. Juan Berckmans y S. Pedro Claver.

La decoración era la misma del día precedente y la concurrencia numerosa.

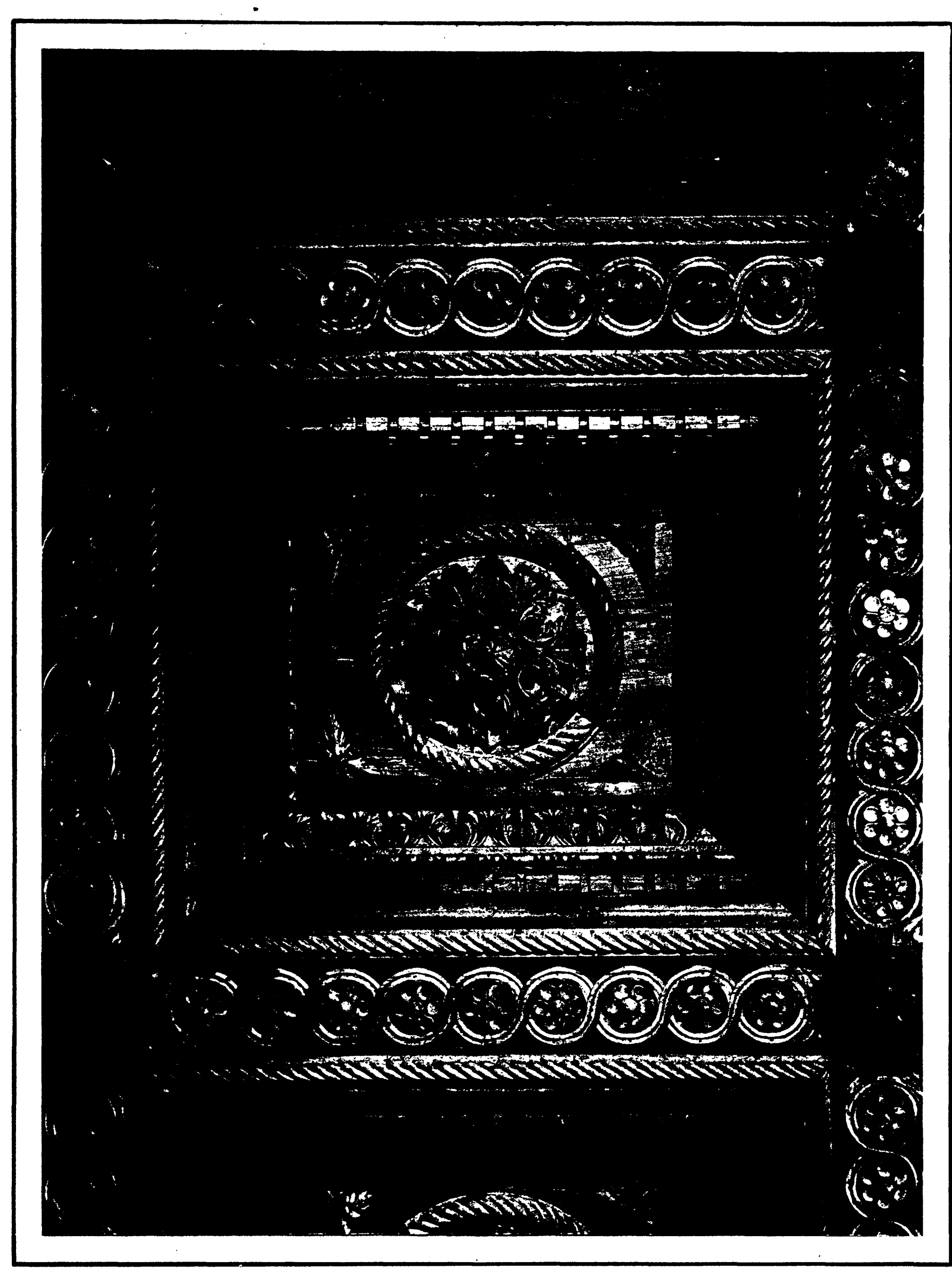
Los oficios de este día estaban confiados á los RR. Padres de la Orden de Santo Domingo, y á la hora señalada la Reverenda Comunidad de PP. Predicadores, ocupó el distinguido sitio que le pertenecía. Ofició la Misa el M. R. P. Prior de Sto. Domingo asistido de los PP. Hernández y Ávila, catedráticos de Sto. Tomás. El Excelentísimo Ayuntamiento de Manila presidía la función. Cantóse la misa del maestro D. José Espí y Ulrich.

Ocupó la cátedra del Espíritu Santo el M. R. P. Fray Norberto del Prado quien con la elocuencia que le es propia pronunció el siguiente sermón.



SERMÓN

PANEGÍRICO DE SAN ALFONSO RODRÍGUEZ



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª — Barcelona

ARTESON PARCIAL DEL CENTRO

En el Templo de San Ignacio de Loyola, de Manila

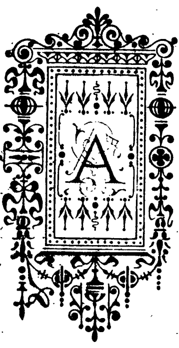


SERMÓN

panegírico de San Alfonso Rodríguez, por el M. R. P. Fr. Norberto del Prado, Catedrático de Teología de la Universidad de Manila.

Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu-Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.—Ad Galat. Cap. 6. v. 14.

Excmo. Sr.



MÍ líbreme Dios de gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo por quien el mundo está muerto y crucificado para mí, y yo lo estoy para él mundo. Estas palabras que compendian la ciencia de los Santos, cayeron de la boca del Apóstol, como un oráculo del cielo, y recogidas con avidez por cuantos se determinaron á abrazarse con la Cruz de Jesucristo, han recorrido la tierra sirviendo de divisa á todo verdadero cristiano. Que no solo los santos las escribieron como lema en su bandera, sino que deben tomarlas también por norma de conducta cuantos deseen hacer cierta su elección por medio de buenas obras. En

grado más ó menos perfecto, necesario es que se verifiquen estas dos crucifixiones, la de nosotros para el mundo y la del mundo para nosotros.

Y ¿de qué manera el mundo estará crucificado para nosotros, y nosotros lo estaremos para el mundo? Pues no gloriándonos sino en la Cruz de Ntro. Sr. Jesucristo. Esta dice el Señor: No se glorie el sabio en su saber, ni se glorie el valeroso en su valentia, ni el rico se glorie en sus riquezas; mas el que quiera gloriarse, gloriese en conocerme y saber que yo soy el Señor. (1) En conocer à Dios con un conocimiento que llegue hasta el corazón, en amar, digo, á Dios sobre todas las cosas, en esto debe gloriarse el hombre; que toda otra gloria es flor de un dia que se marchita, humo que en los aires se desvanece, polvo que el viento barre, ola de agua que arrollada por el empuje de otras olas se estrella contra un grano de arena y se deshace. Vanidad de vanidades y todo vanidad, menos el amar á Dios y vivir consagrado á su servicio.

Amar á Dios: he aquí el supremo deber del hombre, y en este deber se fundan, como sobre piedra angular, todos nuestros derechos. Hemos nacido para ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto, y lo esencial de esta perfección aquí en la tierra consiste en amarle sobre todas las cosas; y todo lo que este amor no vivifique y ordene, no merece en último resultado sino el nombre de vanidad. Por el contrario, hasta las cosas de menos valer cobran mérito de vida eterna, si las dora con sus rayos esa luz del amor de Dios, que hermoseando el corazón del hombre convierte al pecador en justo, y multiplicando el resplandor de las buenas acciones hace del justo un santo;

)1) Jerem., cap. 9. v. 23.

pues, santo no es más que el hombre justo, cortado á la medida de aquella perfección de nuestro Padre que está en los cielos, que los santos llevan proporcionalmente con el heroismo de sus virtudes. Y así cuando la Iglesia ve ese heroismo del amor á Dios, demostrado por los hechos de una vida irreprensible y comprobado además por el poder divino mediante milagros, coloca á los santos en los altares, para que nos sirvan de ejemplo, y nosotros imitando sus virtudes invoquemos su patrocinio.

Quien á Dios ama, tiene cumplidos todos los preceptos de la ley. *Plenitudo ergo legis dilectio.* Y no se admiten en el amor de Dios excepciones, porque todos sin excepción somos de Dios que nos crió y nos conserva. Pretender exceptuarse de cumplir lo que Dios y su Iglesia mandan, equivale á querer ser exceptuado de la entrada en el reino de los cielos. Todos, lo mismo en la juventud que en la vejez, de igual modo fuera que dentro del claustro, en todos los estados, debemos observar una conducta digna del nombre cristiano: verdad, que prácticamente nos enseña con su larga vida S. Alfonso Rodríguez, cuyo panegírico dividiré en dos partes, la primera de las cuales abarcará el tiempo que vivió en el mundo, y la segunda comprenderá desde su entrada en la Compañía de Jesus hasta su dichosa muerte.

No gloriándose sino en la Cruz de Ntro. Sr. Jesucristo, S. Alfonso Rodríguez, lo mismo antes que después de ser religioso, se nos ofrece como un modelo perfecto de esa mutua crucifixión de nosotros para el mundo y del mundo para nosotros.

Invoquemos los auxilios de la divina gracia por mediación de la que es Madre del Verbo Encarnado y Dispensadora de todos los dones del Altísimo. *Ave, María, gratiâ plena.*

I

Existen en el amor á Dios, como en la claridad de las lumbreras del cielo, diversos grados de perfección y de brillo. Medir y graduar la pureza y virtudes de los santos, eso lo reserva para sí la sabiduría infinita. Sólo el Señor es quien examina los corazones y avalora los espíritus, y únicamente su mano sabe manejar la balanza donde se aprecia el peso de las almas, ese peso que nos inclina con su fuerza de gravedad hacia Dios, y en el cual estriba el orden del mundo espiritual y se funda esencialmente la santidad. (1)

Mas allende esta variedad que sólo disciernen los ojos del Señor, hay entre los santos otra que podríamos llamar histórica, pues atañe, no ya á lo interior de sus almas, sino á lo exterior de su vida en la tierra. Sin salir de la ínclita Compañía de Jesus ¡cuán diversa aparece á nuestra consideración la vida de los santos Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka y Juan Berckmans y la vida de San Alfonso Rodríguez! Aquellos tres angelicales jóvenes pasan por este mundo á modo de espíritus puros, descendidos del cielo, brillan un momento en la tierra á la cual no parecen pertenecer, y son luego arrebatados de entre los hombres, como si los ángeles estuvieran impacientes de verlos junto á sí ocupando un trono en los coros de sus jerarquías. Lirios inmaculados de pureza, la mano del Señor se da prisa á trasplantarlos al Paraíso de delicias, en la mañana de la vida, cuando aún están cubiertos con el rocío de la primera gracia, á fin de que la permanencia en este valle de pecado no empañe la blancura de su can-

(1) Appendit autem corda Dominus... Spirituum ponderator est Dominus.—Proverb. cap. 16, v. 2, cap. 21, v. 2.

dor é inocencia. No bien han llegado al uso perfecto de la razón, la gracia que santifica, los iguala en belleza con los ángeles; y apenas la gracia ha esparcido en sus almas los resplandores de Dios, cuando la gloria viene á poner el sello de su hermosura á la obra de la gracia santificante. En la flor de sus años se alistan entre los hijos de S. Ignacio, y en la flor de sus años admiran por su rara santidad, y en la flor de sus años van á recibir la corona que Dios guarda reservada para sus elegidos. No se puede recordar la pureza de estos tres jóvenes santos sino alabando la bondad de Dios. Solos sus nombres inspiran cariño, y no los articula la lengua, sin que el corazón los ame.

También inspira piedad y causa admiración la vida penitente y contemplativa de San Alfonso Rodríguez; pero nuestro Santo llegará á una edad muy avanzada, y no le veremos pisar los umbrales del claustro, sino después de largos rodeos por el desierto del mundo. La gracia del Señor que no cesa de guiar sus pasos, le trae y conduce desde lejos, para manifestarnos que en todos los estados puede el hombre vivir amando á Dios, y que la virtud de suyo se aviene amigablemente con cualesquiera oficios y empleos. Testimonio brillante de esta verdad, Alfonso Rodríguez fué siempre un hombre recto, sencillo y temeroso de Dios, y que se apartaba del mal.

La devoción á la Santísima Virgen parecía haber nacido con él, la mamó á los pechos de su cristiana madre; que nada hay tan influyente, como el buen ejemplo de una madre, en los sentimientos y educación de los hijos. Desde muy niño, cuando aún no tenía juicio de razón, profesaba filial afecto á la Madre de la divina gracia «á tanto que, nos dice él mismo, si podía haber alguna oración de nuestra Señora, luego se la metía en el seno.» Se había impuesto, como un sagrado deber, el rezarle el

Rosario todos los dias, y la Madre de Dios correspondía á la devoción del santo joven con favores extraordinarios, entre los cuales figuraba el ver delante de sí en el aire, mientras rezaba el Rosario entero de nuestra Señora cada dia, á cada *Pater noster* una muy linda rosa encarnada, y á cada *Ave María* otra blanca de igual belleza y fragancia, símbolos de la eficacia de esa oración, de lo acepto que es á Dios, y agradable á su Madre Santísima, y de los dones y méritos con que enriquece el alma de quien con humildad, confianza y perseverancia le rezare. En la devoción á la Santísima Virgen, señal característica de los escogidos para el cielo, hemos de reconocer el origen y la raiz de esas costumbres puras é intachables que se advierten en la conducta de Alfonso, aun antes de ingresar en la Compañía de Jesús.

Alfonso Rodríguez fué en su juventud un modelo de hijos de familia; en el estado del matrimonio, un esposo ejemplar; en su oficio de comerciante, un dechado de honradez. Estudiante en Alcalá, huye de las malas compañías, evita con cuidado toda peligrosa diversión, y acordándose de sus padres, piensa en la obligación que tiene de aprovechar el tiempo para responder con filial gratitud á lo que por él hacen para darle honrosa carrera. No busquéis al joven escolar donde veais pendencias y riñas, ni donde se dan cita los entregados al vicio del juego, ni en otros lugares en que la afición á las letras se pierde y la inocencia de costumbres naufraga: á tales reuniones nunca concurrió el joven Alfonso, ahí jamás se le vió; donde de ordinario asiste y sin falta le hallaréis, es en el templo ó en la Universidad, orando ó leyendo, con todos respetuoso y deferente, entre todos de los primeros en cumplir sus deberes de estudiante y de cristiano. La virtud y las letras, lejos de andar reñidas, se hermanan á maravilla prestándose recíproca claridad. Ya dijo uno de nuestros

clásicos y el más ingenioso de nuestros escritores que *letras sin virtud son perlas en el muladar*.

No era sin embargo la carrera de las letras por donde el Señor quería llevar á nuestro Santo. La muerte del Padre y las lágrimas de la madre, viuda y con once hijos, le obligaron á ponerse al frente del comercio de que pendía el sustento de la familia; y más tarde, por consejo de su madre, tomó por esposa á honesta doncella de su mismo estado y condición. Es el matrimonio obra de bondad y de grandeza, porque es obra de Dios. La ley natural y la ley divina le sirven de sanción, y Jesucristo al restaurar todas las cosas lo elevó á la dignidad de sacramento, con lo cual quedó purificado el principio de la sociedad doméstica, constituído con más estable firmeza el fundamento de la sociedad civil, acrecentado el honor de la mujer, ennoblecido el varón, santificado el hogar, y la familia entera regenerada. Serios y graves pensamientos deben llenar el alma de los esposos, cuando se acercan al altar para entregarse solemnemente el uno al otro su propio corazón. Sacramento es éste, grande, dice S. Pablo (1); y por lo mismo que en él se simboliza la unión de Jesucristo con su Iglesia, la unión sacramental de los esposos debe reflejar parecidos caracteres de santidad, de perfección y de limpieza. El esposo ha de mirar en su esposa la imagen de sí mismo, y amarla con amor sincero, grande y santo, como Cristo ama á su Iglesia; y la esposa debe obedecer al esposo, y profesarle amor y reverencia, como la Iglesia ama á Jesucristo y le obedece y está sujeta. Es el marido cabeza de la mujer, y la mujer corazón del marido; y hay en el padre y madre de familias con respecto á

(1) Sacramentum hoc magnum est: ego autem dico in Christo et in Ecclesia... Sicut Ecclesia subjecta est Christo, ita et mulieres viris suis in omnibus. Viri, diligite uxores vestras, sicut Christus dilexit Ecclesiam.—Ad Ephes. cap. 5.º

sus hijos una así como sombra de la Divinidad. El hombre es imagen de Dios y gloria de Dios, y la mujer es imagen del hombre y gloria del hombre. Expresión de estas grandes y nobles relaciones entre el esposo y la esposa ha de ser el amor y reverencia que recíprocamente deben profesarse, amándose el uno al otro y amando al mismo tiempo á Dios, como si tuvieran un solo corazón y una sola alma; pues de Dios, del amor á Dios y de su gracia proviene el carácter de pureza, el encanto de espiritualidad que vivifica y realza el lazo de amor que une entre sí á los casados. La conducta de Alfonso, como esposo, estuvo siempre exacta y fielmente ajustada á estas sublimes enseñanzas del Apóstol; y á la vez que modelo de esposos y de padre de familias en su casa, en la casa de su cristiana madre, la sombra bienhechora del hijo enjugaba las lágrimas que la muerte del padre hicieron derramar.

Y en su oficio de comerciante habíase hecho proverbial entre los habitantes de Segovia su rectitud y equidad. Alfonso era el varón justo que vive sin mancilla y obra rectamente; que habla la verdad que tiene en su corazón, y no ha forjado ningún dolo con su lengua; que no hace mal á sus prójimos, ni consiente que sean infamados; que si hace juramento á su prójimo no le engaña; que no da su dinero á usura, ni se deja cohechar contra el inocente; y que en todo su porte no aparta los ojos del Señor, tomando por regla de conducta su Santa ley. (2) Vivía, en cuanto era compatible con su estado, muerto y crucificado para el mundo, obrando contra sus máximas de sórdido interés y de desordenada ambición, de ruín envidia y de lujo desmedido, de insaciable afán de goces materiales y

(2) Psalm. 14.—Job cap. 1.º et 2.º

de diversiones nada honestas que no caen bien en un cristiano. Y para decirlo todo en una sola palabra, Alfonso se gloriaba en la Cruz de Jesucristo.

¿Quién no pensará con esto que el Señor colmaría de bendiciones su familia y haría prosperar los negocios de su comercio? Pero ¡ah! que muchas veces esconde Dios sus bendiciones en una nube de trabajos, y el hombre no echa de ver á su Dios que se digna visitarle. Las bendiciones de Dios, aquellas bendiciones que llegan hasta la vida eterna, vienen ordinariamente precedidas de una cruz, de esa cruz en que habemos de estar crucificados para el mundo y el mundo lo debe estar para nosotros. No faltará nunca para la frente del justo una corona de espinas; pues es conveniente que, á imitación de Cristo, padezcamos todas estas cosas y entremos así en su gloria. Las aguas de la tribulación, aunque amargas al alma, recibidas con cristiana paciencia, franquean con la misma creciente de sus avenidas la entrada en el reino de los cielos. Semejante lenguaje no lo entiende el hombre mundano, pero no necesita de explicación para los que se glorían en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Alfonso Rodríguez vió desaparecer una en pos de otra las personas más queridas de su corazón: muere su madre; muere su esposa y sus hijos, y mueren casi todos sus hermanos. Á estas desgracias de familia, sobreviene la pérdida de bienes de fortuna, decaen los negocios de su comercio, sufren quebranto notable sus intereses y su casa quedó medio arruinada. El corazón de los Santos es muy sensible. La gracia no amengua ni destruye los nobles y legítimos efectos de la naturaleza, antes purificándolos, los aviva. Por lo cual los Santos al gloriarse en la cruz de Jesucristo, sienten hondamente las amarguras de la aflicción; si bien la aflicción misma los acerca más á Dios, por cuanto la gracia los sostiene y fortifica.

Sostenido y alentado por la gracia nuestro Santo y proveyendo á la subsistencia de dos hermanas suyas, que murieron después en olor de santidad, al verse desligado de todos los lazos de familia, solo en el mundo donde tanto había padecido, amaestrado por la tribulación en los caminos del bien, y aspirando á mayor perfección en la virtud, á la edad de cuarenta años, sale de la ciudad de Segovia, su patria, pensando en Dios y en la eternidad. Apenada el alma: «Si recibimos, decia con el Santo Job, los bienes de la mano de Dios ¿por qué no recibiremos también los males? Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra. El Señor me lo dió todo; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor.» Y desde esta fecha empieza una nueva fase en la vida de nuestro Santo.

II

Dos hombres, con no mucha diferencia de tiempo, pidieron ser admitidos en el Instituto religioso, recién fundado por San Ignacio de Loyola, el cual, como todas las Órdenes monásticas en sus comienzos, llamaba ya notablemente la atención por la fama de santidad de sus hijos. Cierto que el Espíritu de Dios no cesa de animar esas grandes instituciones seculares, blanco preferente de los odios de la impiedad, pero gloria y ornamento de la Iglesia y cuerpos de ejército en orden de batalla apercibidos para ocupar en las luchas de la verdad contra el error los puestos de mayor peligro; mas si en todo tiempo alienta la virtud y el saber en el seno de esas Instituciones vivificadas por el Espíritu de Dios, es sin embargo ley providencial que regula su existencia el que en los principios

derrame el Señor sobre ellas con larga mano la abundancia de sus dones. Tienen también las Órdenes Religiosas, como la Iglesia misma de Jesucristo de cuyo Corazón proceden, tienen, repito, su dia de *Pentecostés*, en que sobreviene del cielo un ruido á manera de viento impetuoso que sopla y llena toda la nueva Corporación y acumula dentro de ella el espíritu de vida que con vigor y fortaleza se ha de desarrollar, manifestándose á lo exterior, en el transcurso de los siglos. En ese dia que suele ser el tiempo que inmediatamente precede y sigue á la muerte del Santo Fundador, se ven aparecer unas como lenguas de fuego que se reparten y se asientan sobre cada uno de sus hijos. Entonces son llenados todos del Espíritu Santo y comienzan á hablar en diversas lenguas palabras que el Espíritu Santo pone en su boca. Es esta la época de los grandes sacrificios y de las grandes empresas, en que las Órdenes Religiosas cuentan sus Santos por el número de sus individuos. ¡Dichosas las Corporaciones cuyos hijos no dejan caer en el olvido estos tiempos heroicos de su existencia! Porque el secreto de la fuerza y vida de toda Corporación religiosa se encierra en esa especie de mirada permanente hacia las figuras sublimes y venerandas de los Santos Patriarcas que las fundaron.

Pues, por este glorioso período de su existencia atravesaba la Compañía de Jesús, cuyos hijos los vió en el cielo entonces Santa Teresa con banderas blancas en las manos (1), cuando llamaron á sus puertas dos hombres diversos y parecidos que, huyendo de este mundo en que todo pasa, buscaban en la soledad del claustro un momento de reposo para detenerse á pensar en los años eternos. Descendia el uno de familia perteneciente á la primera

(1) Lib. de la Vida, cap. 38.

nobleza del reino, y entre sus ascendientes contaba al católico monarca Fernando de Aragón. Educado en la corte del Emperador Carlos V que poco después se retiró también al monasterio de Yuste, había ejercido el cargo de Virrey en Cataluña; y cuando Isabel de Portugal pasó á mejor vida, él fué el escogido para custodiar y conducir el cadáver de la Emperatriz á la ciudad de Granada. Al colocarlo en el sepulcro pudo ver cuál había parado la muerte el rostro de su Reina. «¿Es éste, exclamó, aquel rostro de tan ponderada belleza? ¡Oh flor de un día que aún no habías llegado á la tarde, y ya estás marchitada!» Y derramando lágrimas sobre aquel desfigurado rostro, presa de la corrupción, y orando por el perpetuo descanso del alma que lo había animado, juró no vivir en adelante consagrado al servicio de otro rey que de Aquel sobre quien, siendo Rey de reyes, no tiene poder la muerte y cuya hermosura es inmutable y eterna.—Pertenecía el otro á la clase media de la sociedad, é hijo de familia acomodada en bienes de fortuna había recibido cristiana educación, y estudiado allá cuando joven humanidades en Alcalá, y el resto de su vida lo había pasado al frente de una de aquellas fábricas de paños de Segovia tan celebradas en el siglo XVI. La desgracia le visitó; y en la escuela del infortunio que suele ser gran maestro, aprendió el comerciante la misma saludable lección que el magnate había leído en el rostro de una reina, ya cadáver. Los dos habían estado casados; los dos, cada uno en su clase, habían observado conducta intachable, digna ciertamente del nombre de cristiano; y los dos, desligados de los lazos de la tierra, abrigaban los mismos ardientes deseos y aspiraciones á las riquezas del cielo. Admitidos por fin entre los hijos de San Ignacio, ambos maceraron su cuerpo con prolongados ayunos y asperísimas mortificaciones, y no perdonaron trabajos ni sacrificios para vencerse á sí mis-

mos; y aunque animados uno y otro por el más profundo espíritu de humildad, uno tuvo que ascender al sacerdocio y el otro con grande contento y satisfacción de su alma quedóse entre los hermanos legos, llamados coadjutores temporales. Segundo sucesor aquél de San Ignacio en el gobierno general de la Compañía, y ocupado éste en los quehaceres más ordinarios de su Colegio ó Casa religiosa allá en la Isla de Mallorca, ambos á dos engrandecieron con sus virtudes la Compañía de Jesús, y á los dos veneramos como Santos en los altares. Fué uno de ellos el cuarto Duque de Gandía, y hoy se llama *San Francisco de Borja*. El otro es aquel hombre, entrado ya en años, que abrazado con la cruz de Jesucristo vimos salir de la ciudad de Segovia, pensando en Dios y en la eternidad; y hoy ensalzamos la modestia de su vida, hoy recordamos la gloria de sus hechos, hoy le aclamamos feliz y bienaventurado bajo el nombre de *San Alfonso Rodríguez*.

Y ¿qué arduas empresas pensáis que llevó á cabo para llegar á ser Santo? ¿cuáles fueron en el mundo sus hazañas? Imagináis acaso que, como San Francisco de Borja, sostenía amistosas relaciones con reyes y príncipes, y ocupado seriamente en formar planes de gobierno y prescribía los medios más conducentes para su ejecución, trabajaba día y noche en extender la Compañía de Jesús, enviando religiosos á Polonia, á Méjico, al Perú, y á las islas más remotas del mar; ó que, cual otro Francisco Javier, dobla el cabo de las tormentas, recorre la India, toma tierra en Ceilán, arriba á Malaca, y de isla en isla toca en Borneo, y volviendo sobre sus pasos intenta penetrar en el imperio de China, y franqueada luego las puertas del Japón entra como conquistador de almas en aquellas apartadas regiones, y con su palabra que el cielo inspira y á la cual Dios comunica poder lo mismo para cautivar corazones que para resucitar muertos, arrastra en pos de sí

islas y continentes haciendo que doblen su rodilla ante la cruz cien y cien pueblos y adoren á Jesús crucificado muchedumbre de tribus que no se pueden contar, para morir después lejos de su patria pobre y desnudo, estrechando fuertemente contra su pecho un crucifijo, elevados los ojos en el cielo, allá en un peñón solitario, azotado por las olas del Oceano? ¡Oh! si todo el cuerpo fuese ojos ¿dónde estaría el oido? Y si todo fuese oidos ¿dónde estaria el olfato? Ni puede decir el ojo á la mano: «No he menester tu ayuda.» Ni la cabeza á los pies: «No me sois necesarios.» (1) No existe ningún oficio vil ni bajo en la casa del Señor, y los que desempeñan los quehaceres más ínfimos, pueden lograr el mérito de los más ilustres doctores de la verdad y de los más ejemplares prelados, y de los más celosos propagadores del Evangelio. Nada más sencillo y ordinario que la vida de San Alfonso, si atendéis á lo que por de fuera aparece. Todo el curso de su vida en la Compañía, que fueron cuarenta y siete años, lo pasó, dice la Bula de su Canonización, desempeñando el oficio de portero del Colegio de Montesión en Palma de Mallorca. *Totum vitæ curriculum janitoris officio, quoad potuit, functus explevit.* Y abriendo y cerrando las puertas de su colegio el humilde hermano lego escaló las cumbres de la santidad como aquel sacerdote de nobilísima prosapia, General que fué de la Compañía, Francisco de Borja, y como aquel heroico misionero, Apóstol de las Indias Orientales, Francisco Javier.

No es fácil reducir á breves términos las maravillas de su vida interior y la perfección de sus virtudes llevada hasta el heroismo. Por esas misteriosas vias en que el alma sube hasta la unión estrechisima con Dios, nadie, si Dios no le guia, sabe andar, y las altas cumbres de la espiritualidad

(1) 1.ª ad Corinth. cap. 12.

están reservadas para las águilas de la contemplación. Por tan sobrenaturales vías anduvo el Hermano Alfonso Rodríguez y á esas cumbres altísimas le hizo subir el Señor que gusta de tratar con los humildes, y comunicarles á manos llenas los dones de su gracia. «El caminar del alma (son palabras de nuestro Santo) para alcanzar la santidad, es el mortificarse y ayudarse de la oración. La oración y la mortificación son las dos alas con las cuales, y la gracia de Dios, vuela y llega el alma al monte de la perfección.»

Mediante estas dos alas del alma ascendió con vigoroso empuje el humilde Hermano hasta las cimas de la santidad. La oración elevaba su mente; la mortificación reprimía sus pasiones. La oración trasfiguraba su alma, y en sus no interrumpidos coloquios con el cielo su corazón adquiría tal limpieza de afectos, tales deseos de padecer por Jesús, tan ardiente sed de exponerse por su amor á todos los trabajos, y de derramar por la gloria de su nombre hasta la última gota de su propia sangre, que todo lo interior de su alma se rejuvenecía con lumbre del cielo y quedaba envuelto en la claridad de Dios. La mortificación sujetaba su cuerpo mortal y corruptible al alma rejuvenecida, reducía lo inferior bajo el imperio de lo superior del hombre, y concretando á sus últimas expresiones la porción de ser que tenemos de común con los irracionales, ensanchaba cada vez más la esfera de acción á esa parte nobilísima de nuestra naturaleza por la que confinamos con los ángeles; y allí, entre continuos ayunos, y prolongadas vigilias, y maceraciones terribles, y enfermedades frecuentes con alegría soportadas, negando siempre su propia voluntad y sacrificándola en aras del amor á Dios y á sus prójimos, San Alfonso Rodríguez satisfacía sus deseos de padecer por Jesús y apagaba los ardores de la sed que le devoraba por extender la gloria de su Santo Nombre. La oración era el monte Tabor donde su espíritu se tornaba puro

y resplandeciente con la blancura de los ángeles. La mortificación era el monte Calvario donde abrazado estrechamente con la cruz de Jesucristo vivía crucificado para el mundo y el mundo estaba muerto para él. Así con vida de tanta austeridad y en trato y comunicación continua con Dios, la humildad del Santo Hermano, su castidad, su pobreza, sus ejercicios de oración y penitencia, su amor tiernísimo á la Santísima Virgen, su incesante é íntima meditación en la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, de donde provenía su caridad ferviente para con el prójimo y un laudable aborrecimiento de sí mismo: todas estas manifestaciones de su virtud fueron, dice la Bula de la Canonización, tan sobrasalientes y extraordinarias y con tan soberana luz resplandecieron, que el oscuro y escondido portero del Colegio de Mallorca bien puede ponerse al lado de los Santos más gloriosos y esclarecidos. (1)

La grandeza de su espíritu se comuicó á otros muchos que por entonces se distinguieron en virtudes y cristiana vida; pues los dones de Dios tienen esto de particular, que aprovechan al que los recibe y hacen bien á todos. Aquella admirable intimidad con el Señor daba á nuestro Santo cierta fuerza misteriosa para obrar prodigios, y para atraer los corazones é inclinarlos al bien. Con sus plegarias San Alfonso sostuvo en el peligro á sus hermanos de Religión que gemían entre cadenas en las mazmorras de Argel; curaba á los que la ciencia médica declaraba desahuciados y sin remedio; leía en la frente de Dios los sucesos futuros

(1) Humilitas, castitas, paupertas, pœnitentiæ et orationis studium, divinarum veritatum contemplatio, tenerrimus erga Dei purus amor, jugis ac pœnitissima Domini nostri Jesu Christi passionis meditatio (unde caritas illa ferventissima erga proximum, unde singularis ille mundi contemptus, atque implacabile odium sui, quod Antistitum prudentia sæpe coerceri debuit) adeo in illo eminuerunt, ut paucos fortasse etiam inter Sanctos, pares habuerit.—Bula de la Canonización de San Alfonso Rodríguez.

y anunciaba de antemano lo que había de acontecer; hacía elocuentes á los predicadores del Evangelio, y á los ya elocuentes les infundía el espíritu de Cristo. Y para no mencionar sino un solo hecho, los prodigios de caridad, el celo y constancia de San Pedro Claver, y aquel martirio de cuarenta años coronado por el sacrificio de su vida sufrido por amor á los negros africanos, todas las glorias, en suma, del Evangelizador de Cartagena de Indias, reflejan su brillo sobre la frente del humilde portero de Montesión de Mallorca. El Santo Hermano lego fué el ángel tutelar de Claver, y su sombra le acompañó durante todas sus penosas tareas apostólicas. San Alfonso Rodríguez fué quien formó el corazón y el espíritu del nuevo Francisco Javier; él vió el trono que Dios tenía aparejado para el infatigable Evangelizador de aquellos miserables que, cual bestias de carga, eran trasladados desde África á las costas de América, y él, sabedor de los designios del cielo, alcanzó con la eficacia de sus oraciones que marchara el insigne misionero á las regiones del Nuevo Mundo. Sí, al humilde Hermano le asisten derechos en las conquistas del famoso Apóstol de los Negros, y San Alfonso Rodríguez comparte las glorias del Evangelio con San Pedro Claver. (1) Esto nos recuerda aquella súplica de San Pablo á los fieles de Tesalónica: «Hermanos, orad por nosotros para que la palabra de Dios se propague más y más, y sea glorificada en todo el mundo». *De cætero, fratres, orate pro nobis, ut sermo Dei currat et clarificetur.* (2) Orad por el que enseña la doctrina del Evangelio, y será como si vosotros mismos la enseñarais. Rogad al Señor para que la divina palabra caiga

(1) Beatum Alphonsum Rodriguez sodalem nactus, non sine divino instinctu ab antistite petiit, ut ejus congressu, et colloquio sibi frui liceret; ex quo eos pietatis fructus hausit Petrus, qui apprime cohærent supernæ habitæ ab Alphonso revelationi: nam Claverium, discipulum suum, præcipuam in cœlis ac splendidissimam occupaturum esse sedem, extra se raptus cernere sibi visus est..... Hac accepta visione, Alphonsus totus in id viribus incubuit, ut Petro iter ad eas regiones suaderet.—Bula de la Canonización de San Pedro Claver.

(2) 2.ª ad Thesal, cap. 3.º v. 1.º

y fructifique en los corazones, y tendréis el mérito de quien la predica. Quiere Dios que todos tengamos parte en las buenas obras de los otros, y que vayamos al cielo ayudándonos mutuamente y amándonos de corazón. El Santo Hermano, á pesar de no haber salido nunca de la portería de su Colegio, y sin haber sido ni predicador ni misionero, es sin embargo grande en el reino de los cielos, como si además de haber guardado la ley de Dios, la hubiese también predicado.

Mas para formarse cabal concepto de las grandezas que la gracia divina acumuló en el santuario de su alma, leed lo que su pluma nos dejó escrito; que San Alfonso Rodríguez escribió, obedeciendo á sus prelados, y en sus escritos rebosa la abundancia de su corazón. En lenguaje sencillo y candoroso que retrata la pureza de su alma, realzado por esa gracia que del mismo olvido del arte se deriva y henchido de aquella unción que de comunicar con el cielo trae origen, con el atractivo de una elegancia no estudiada ni aprendida, San Alfonso Rodríguez manifiesta en sus *Obras espirituales* las tristezas y alegrías de su alma, las luchas internas y sus victorias sobre sí mismo, las iluminaciones de su mente en la oración y los dolores de su cuerpo flagelado por las torturas de durísima penitencia. Su continuo meditar en la muerte y Pasión de nuestro Señor Jesucristo, su mortificación interior y exterior, y el mucho provecho que de ella vino al alma, la guarda de sus ojos y lengua, y de todos sus sentidos, el mar de trabajos en que el Señor metió á su alma para elevarla á tan extraordinaria santidad, la alteza de su oración y la constante presencia de Dios que la oración produce; aquel andar siempre en verdad delante de Dios, el alto aprecio de la gracia y la fiel prontitud en responder á sus llamamientos, el profundo conocimiento de su propia nada que crecía á la medida del conocimiento experimental y

clarísimo de la bondad y misericordia de Dios, la resignación y sujección de su alma en las manos paternales de la Divina Providencia, la limpieza más que humana de su espíritu, su caridad para con los demás y aquel no ver en sus prójimos sino la imagen de Dios, la unión y trasformación de su alma en Jesucristo: todo esto lo encontraréis expresado en sus escritos, en cuyas páginas se siente la ingenuidad y dulzura de su corazón, se oye su conversación que siempre versaba sobre las cosas del cielo, se experimenta la suavidad y prudencia de su trato, y se vislumbran la grandeza y santidad de su alma, tan enriquecida de virtudes y de dones. *Si está el alma en caridad y gracia de Dios, está Dios en ella dándole vida de la gracia y hermoseándola de muchas virtudes. Y si sola una virtud hermosea el alma más que no el sol con todo su resplandor ¿cuál estará llena de ellas?... Vemos que cuando el sol embiste una nube, que él la embiste y hermosea con su gran resplandor y hermosura, y ella vestida del sol está á los ojos de todos los que la miran, muy hermosa, de diversos colores, y de gran resplandor. Pues si este sol material hermosea tanto las nubes, ¿cómo hermoseará Dios, sol de justicia, á las almas, las cuales estando en caridad están en Dios, y Dios en ellas vistiéndolas y hermoseándolas de sí mismo, el cual es infinitamente más hermoso que el sol? Las cuales almas pone este Señor tan hermosas, que no se puede declarar su grande hermosura. Y así en el alma que se ha dado toda á su Dios, y todo lo que tiene y todo lo que es, está en ella hermoseándola la viva fe; en ella está hermoseándola la firme esperanza y segura confianza en su Dios; en ella está hermoseándola la encendida, abrasada y perfecta caridad; en ella la profunda humildad y la mansa paciencia con las cuales Dios la está hermoseando; en ella la prudencia y fortaleza, en ella la justicia, en ella la continua oración, en ella la imitación de la santísima vida de Jesucristo, Señor nuestro.* Este es el retrato que San Alfonso Rodríguez hace del alma entregada totalmente á Dios: este es el retrato de

la hermosura de su propia alma.

Bendigamos mil veces á Dios que es en sus Santos admirable, y santo en todas sus obras.

Demos el parabién á los hijos de San Ignacio de Loyola, porque este esclarecido hermano de ellos, cuyo nombre lo escribió Dios en los cielos, ha sido también por su Vicario en la tierra inscrito en el catálogo de los Santos. Desde esta cátedra en que sólo la verdad debe resonar, me complazco en recordarles las palabras de Bosuet, cuando decía: «Una sociedad que produce santos, tiene ya en sí un sello infalible de la regeneración.

Y finalmente, lo que á todos sobremanera interesa, no olvidemos las obras de santidad de San Alfonso Rodríguez. Hombre fué y mortal como nosotros, y hoy goza de la inmortalidad, porque no se glorió en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Sea también en la cruz de Jesucristo nuestra gloria. Mirémonos en el retrato del alma de San Alfonso, alma santa, alma bienaventurada que no vivía sino para Jesús Sacramentado y para la Santísima Virgen. Para amar á Jesús y á su Inmaculada Madre alentaba su corazón; el pensamiento de Jesús y de María ocupa totalmente su memoria; el deseo de agradarles y de amarlos más absorbía toda su atención; y murió (1) articulando en alta voz y con larga pausa *Jesús y María* como quien aspiraba é iba á pronunciar eternamente estos dos nombres dulcísimos y para siempre benditos. ¡San Alfonso nos conceda morir así! ¡Que el Santo nos alcance de Dios entrar en la eternidad con los nombres de Jesús y de María en nuestros labios!

Fr. Norberto del Prado.
O. P.

Colegio de Santo Tomás, 28 de Julio de 1889.

---

(1) Defixo in Crucifixum obtutu, dulcissima Jesu et Mariæ nomina magna voce inclamaverat.—Bull. canonizat.



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
EN MANILA
(visto de frente y de perfil)

DÍA 29

dedicado á la veneración de San Juan Berchmans

Á las seis de la mañana empezó en la nueva Iglesia la Misa que debian oir las Congregaciones de jóvenes escolares establecidas en el Ateneo Municipal y en la Escuela Normal á cargo de los PP. de la Compañía de Jesús. Durante la Misa se cantó con solemnidad el Oficio Parvo de nuestra Señora, y después de haberse leido los nombres de los Sres. Congregantes que debian componer desde este memorable dia las Juntas Directivas de ambas Congregaciones, entonóse un solemne *Te Deum* con acompañamiento de armonio y orquesta, terminándose con los gozos de San Luis Gonzaga.

Poco antes de las ocho, hora en la que, como en los demás dias, debian comenzarse los Sagrados Oficios, encomendados á los muy RR. PP. Agustinos Descalzos, las Congregaciones de alumnos internos y externos se dirigieron desde el Ateneo Municipal hacia la Iglesia, en procesión, ostentando los ricos y elegantes estandartes que por vez primera usaban, acompañándoles una nutrida banda militar. A trescientos cuarenta ascendía el número de los Congregantes de los dos establecimientos.

El Excmo. Sr. Ayuntamiento, presidido por su digno Alcalde 1.º D. Tomás Torres y Perona, asistió bajo mazas y con la solemnidad acostumbrada.

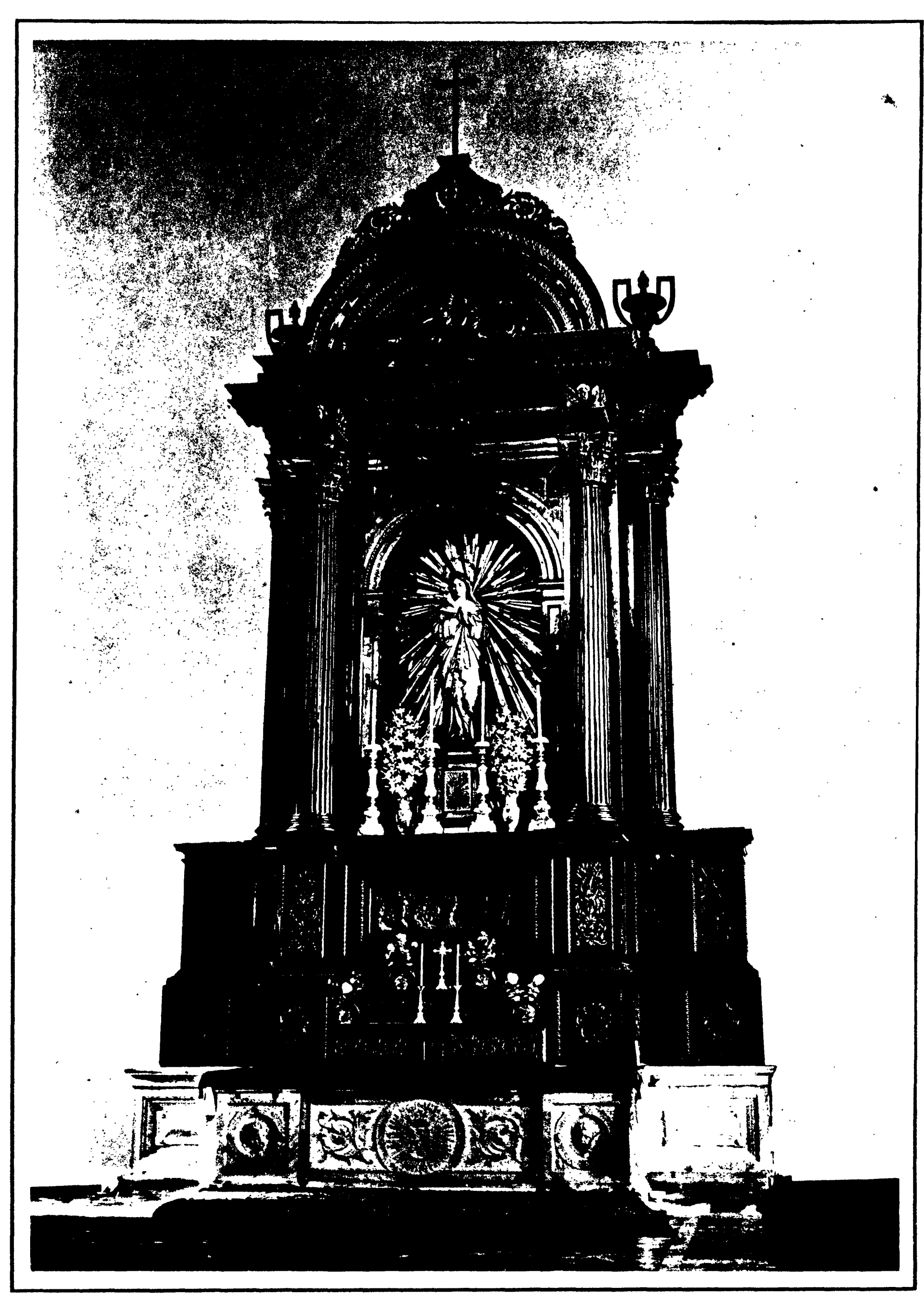
Ofició la Misa el M. R. P. Fr. José Sánchez, Prior del Convento de Manila, asistido de dos Religiosos de dicha Orden. El panegírico de S. Juan Berchmans estuvo á cargo del M. R. P. Fr. Fernando Mayandía, predicador conventual.

La Misa, composición del Maestro D. Anselmo Barba, fué dirigida por el maestro D. Ramón Valdés.



SERMÓN

PANEGÍRICO DE S. JUAN BERCHMANS



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

ALTAR DE LA INMACULADA,

EN EL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, DE MANILA

SERMÓN

de San Juan Berchmans, predicado por el M. R. P. Fr. Fernando Mayandía, Predicador conventual de los RR. PP. Recoletos de Manila

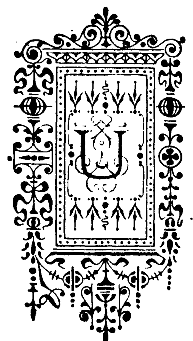
Nunc vero liberati á peccato, facti autem servi Deo, habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero, vitam æternam.

Mas ahora libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en la santificación, mas el fin la vida eterna.

Ad Romanos. VI. 22.

Excmo. Sr.

Ilustre Compañía de Jesús



NA voz, débil en su principio, robusta luego, y atronadora á la postre, como de muchedumbres que se agitan y vociferan con delirio, vino á turbar la sosegada calma de que en el siglo XVI, disfrutaban las naciones cristianas á la sombra de la cruz. Al eco de esta voz, retembló la Europa, y sus campos se estremecieron por el estruendo del combate: muchas, muchísimas inteligencias, como atacadas de vértigo, corrieron sin descanso, hasta llegar fatigadas á ese campo inmenso en donde se dieron cita todas las aberraciones de la idea cristiana de los pasados siglos, y todos los delirios de la razón humana, eterna sonadora de poderio y magestad. Esa voz, Señores, de resonancia tan grande y ensordecedera, es el Protestantismo, el apartamiento

de las naciones de Jesucristo que las engrandeció, la grande herejía social, en la que han nacido, y se han educado las modernas sociedades.

Vario é inconstante este aborto del infierno, como es fuerza que lo sea el error, tuvo siempre y en todas las partes, dos, como puntos doctrinales, que explican á maravilla sus variaciones, como doctrina, y su desastrosa influencia, como moral. La independencia del individuo, mejor aún, su autonomía, y el odio satánico á la Madre Virgen, y ¡providencial suceso! cuando el protestantismo acusaba á la Iglesia, de haberse separado de Jesucristo su divino Esposo, derramando su corazón en estraños amores, y hasta aseguraba, estar ya muerta, daba ella gallarda y soberana prueba de su fecundidad y vitalidad divinas, aprobando el instituto de la Compañía de Jesús, aliento del divino Crucificado en aquellos dias de lucha y de pelea, fustigadora constante de todas las herejías modernas, apretado yunque en donde se ha desmenuzado el error protestante, hasta quedar reducido á su verdadera fórmula de racionalismo, y la antitesis más completa de él. Si el protestantismo es autonomía, la Compañía de Jesús es el más suntuoso monumento levantado á la obediencia cristiana: si aquel nace y toma amenazador incremento por la ambición de bienes y dignidades de la tierra; ésta hace bandería de las divinas desnudeces de la cruz, sin admitir siquiera, las dignidades eclesiásticas: si allí se hace aparatosa ostentación de ciencias y de letras; aquí flamea al viento el estandarte de la verdadera ciencia que vive en apretado abrazo con la revelación, primorosamente recamado por las bellezas de Atenas de Roma: y si el nombre de la divina Madre despierta odios en los protestantes; nombre es, de inefables dulcedumbres para los Hijos del gran Loyola, quien ya en la cueva de Manresa, recibe regaladísimos consuelos de esta Señora, le inspira el ad-

mirable libro de los Ejercicios en donde se forma esa aguerrida milicia de la cruz, y aún le muestra en visión los trazos de esa invicta Compañia, que si tiene por lema de su escudo «*La mayor gloria de Dios*» «*El mayor honor de María*» es su empresa.

Todo por María, diríase ser el distintivo de la Compañía, al verlo como en figura, en el celebérrimo santuario de Montserrat, cuando el Santo fundador, á usanza de aquellos tiempos, veló sus armas junto al altar de esta Señora, nacer en el monte de los Mártires de la ciudad de París, en el día de la Asunción de María; extenderse con rapidez pasmosa por todo el mundo, predicando el culto á tan amorosa Madre y dominar las ciencias para transmitirlas á la juventud junto con el amor á María. Si la hidra protestante renueva en Alemania y los Países Bajos los furores de los iconoclastas y Albigenses, mutilando y destrozando las imágenes de la Virgen, allí vuelan los hijos del gran Loyola, y predicando, disputando, escribiendo, rogando á Dios como hacen los Santos, y muriendo como los mártires, defienden su honor, y encadenan al error, bajo la planta virginal de la Triunfadora del demonio; y aún para que su heroica labor fuese más fructuosa y duradera, en poco más de treinta años, fundaron dentro de los alcázares del protestantismo los renombrados colégios de Colonia, Trèveris, Maguncia, Ausburgo, Malinas, Dellingen, Amberes, Praga, Possen, Paderborn, Memoter, Salzburgo, y otros y otros en cuyas aulas se educaron aquella falange de jóvenes, ornamento luego de la patria y de las letras, fuertísimo dique que contuvo las cenagosas aguas del Protestantismo, y depositarios en aquellos tiempos del sagrado fuego del amor á María.

Prendas tan valiosas y tan singulares pruebas de amor como la Compañia daba á la divina Madre, no podían quedar sin recompensa por parte de esta Señora, que si

inspira acciones heroicas y presta alientos para ejecutarlas, es solo para galardonarlas con cariño de madre, y magnificencia de Reyna. La recompensa fué, pues, como de María. Tomó tres perlas de su manto de soberana de los cielos, y las engastó en la riquísima corona de la Compañía: que perlas son de María, Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga y Juan Berchmans.

Berchmans, el héroe, cuya apoteosis cristiana hoy celebra estas islas con pompa y regocijo: Berchmans, el niño fervorosísimo, el estudiante cumplido, el escolar perfecto, el religioso modelo, el amado de Dios y de los hombres, el enamorado de la Virgen, y el Benjamín de la Compañía; Berchmans el héroe de las cosas pequeñas, el angélico joven que no sintió el aguijón de muerte de la carne, el porta-estandarte de la castidad en las filas de la ciencia, el lozanísimo pimpollo de ese ramo de flores celestiales nacidas en los jardines de la Compañía, y una de las tres joyas celestiales con que el actual Pontífice León XIII pagó á los príncipes y pueblos sus ricas ofrendas en sus fiestas jubilares.

San Juan Berchmans, viene á hacer simpática la santidad, despojándola de todos esos fingidos horrores y tristuras, con que nuestra dejadez nos la presenta, y parece ser este el motivo por que el Señor reservó toda su gloria para estos tiempos de desmayos, y en que tan enervadas andan las fuerzas del espíritu. No hay en él ni esas altezas de revelaciones, ni esos divinos carismas que embellecen la santidad, ni esos rigores de mortificación. Su carácter es la sencillez, y para estar en consonancia, sencillo será también el asunto que he de proponer á vuestra consideración. «Juan Berchmans cumplió fielmente, el fin del cristiano y del religioso.»

Que aquel Señor, que obra la santidad en sus siervos, y que alumbra con su gracia las tinieblas del pecador, se

digne derramar sus lumbres sobre mi alma, para que mi pobre palabra suba unida con la primera oración que aqui se le dirige por mediación de S. J. Berchmans, y descienda en raudales de gracias que den luz viva y santidad. Pidámosla por intercesión de Maria diciéndola con el ángel *Ave María.*

Notoria injusticia seria el negar á algunos que con noble afán se dedican á estudiar al hombre en el concepto de ser social, un ingenio preclaro y una intención honesta; y con todo ello, es muy cierto, que después de tanto hablar de sociedad, de civilización, de progreso, de no sé qué perfeccionamientos y culturas, corren como buenas ciertas teorias, que entrañan transcendentales errores. Mírase hoy al hombre con la mirada anhelosa del avaro, que siente amenazados sus tesoros, y para conjurar el peligro, cuéntanse sus energías, mídense sus fuerzas, fórmanse cálculos con ellas, pídense datos á la Estadística, y después.... «El hombre, exclama, con mal disimulado gozo, será feliz.» «Así, añaden, lo asegura la ciencia de los números.» Y en resumen, el hombre, hoy como ayer, sufriendo desventuras, y la sociedad achacosa y vacilante, hasta el extremo, de tener que apoyarse en la *fuerza* para no caer. Échase en olvido al formar tales cálculos, la unidad substancial del hombre, confúndense con torpeza el objeto de determinadas facultades con el de la naturaleza, olvidan el concepto de la perfección, cuando de una substancia espiritual se trata, se desoyen las enseñanzas de la filosofia cristiana, y hasta se mira con desdén el orden sobrenatural, al que fué elevado el hombre, y en el que es forzoso que viva, se mueva y obre, y como lógica consecuencia, el oir hoy los ecos de la voz de Epicuro que vienen del campo del materialismo, que tienen la felicidad, el fin del hombre, en el placer, ó el ver el afanoso empeño de otras es-

cuelas más idealistas, que lo hacen consistir en el mayor desarrollo de nuestras facultades intelectuales ó en el perfeccionamiento de la sociedad, sin atender, a que todo ello no es otra cosa, que remover las ruinas del antiguo utilitarismo.

De Dios vienen los seres, y la vida, y á Dios debe de ir por tanto, todo lo que es, obra y vive. Lo contrario sería establecer una moral sin base sobre que se asiente, ó pretender el absurdo de que la causa eficiente por excelencia no lo sea también final. Dios es el fin. *Ego sum finis.* (1) Esto por lo que hace á lo natural; mas ahora que hemos sido libertados del pecado, hechos ya siervos de Dios, *Nunc vero liberati á peccato, servi autem facti Deo,* ó sea en el mundo de la gracia, nuestro fin, es la santificación, que Dios quiso que fuese fruto nuestro, para que el fin y complemento de ella, que es la vida eterna, fuese corona de justicia: *habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam œternam* (2) conceptos elevadisimos que ha traducido el catecismo, con una sencillez divina, diciendo «El hombre fué criado para conocer, servir y amar á Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra» fin altísimo que eleva al hombre sobre las cortedades de la naturaleza, introduciéndole en las inmensidades de Dios que le hace hermano menor de los ángeles de quienes recibe sus cuidados y caricias, y cuya consecución haria de este mundo, un como cielo anticipado con todas las perfecciones que se buscan y otras de que no se sospecha, fin, por último, que de Juan Berchmans, hizo un Santo, esto es, un hombre perfectísimo, esa figura bellísima, de líneas purísimas, de contornos delicados, de tonalidad divina, de un colorido de cielo, que atrae y que embelesa, haciendo que uno se encariñe con la santidad.

(1) Apocal. I. 8.
(2) Rom. VI. 22.

Y ¿no fueron los primeros pasos de Juan en la carrera de la vida, un volar hacia Dios, transponiendo los valles de los apetitos de la carne y las altas cumbres de la ambición humana? No fueron sus primeros actos, cuando ya su razón rasgó la nube que le impedía el ver lo que hay de bueno y de lícito en las cosas, el buscar sin descanso á Dios su principio y su fin, conocerle más y más, y servirle con amoroso empeño, como á su único y soberano Señor?

Cuando el siglo XVI, aquel siglo gigante, inclinaba su frente, fatigada por el peso de tantos laureles como en uno y otro mundo le conquistara la cruz de Jesucristo, en 1599, salía á la luz de este mundo, Juan Berchmans, y después de pocos años, Diest, ciudad en el ducado de Brabante, de los antiguos estados de Flandes, que fué su cuna, le admiraba con alegría, viendo en él, la cándida paloma que no encontrando en este mundo en donde posarse, alza el vuelo para volverse á Dios, la esposa de los Cantares que apenada y con fatiga, pregunta á ríos y montes, valles y mares por el amado de su alma, el humilde arroyuelo, que con inquietud bulliciosa, se precipita por entre riscos y peñas, y no cesa en su correr, hasta llegar al mar de donde salió, al cristiano fervoroso, que no ve en todo este universo, otra cosa que un grandioso libro en cuyas páginas tan solo se encuentra esta palabra *Dios*; *Dios*, escrito con flores en los prados, con metales y granito en los montes, con lumbres y esplendores en el cielo.

Juan, no quiere leer en ese libro, con la indiferencia del ignorante; así que sin haber salido todavía de la niñez se dedica al estudio con el mismo afán de quien espera de las letras, lauros comodidades y triunfos. Busca el hombre á Dios, como á su fin último y le encuentra siempre como padre cariñoso que le ama con ternura, y amigo fidelísimo que la regala; búscale, como á fin, y se le ofrece

este Señor, como bien cumplido que llena y da hartura á su corazón. Asi lo vemos en Berchmans, á quien Dios ayuda en sus tareas escolares, dándole un ingenio peregrino, y una memoria fácil para aprender y tenaz para retener lo aprendido, hasta el punto de que sus maestros lo tuvieran siempre como un milagro de la naturaleza.

Pero siquiera las ciencias todas nos lleven al conocimiento de Dios, y con armonía que cautiva, canten ellas la gloria de su santo nombre no son con todo, el medio más adecuado y ordinario para llegar á conocer á Dios con esa perfección que produce el amor. El sabio admira á Dios y el santo le ama. Por eso Berchmans, en donde procuraba estudiar á Dios y conocerle, era en la oración, en ese sosegado silencio en donde enmudecen todas las pasiones, se aquietan los instintos, calla la naturaleza, y se pierden los rumorosos ruidos de acá abajo, para sólo oir la suavísima voz de la gracia, que es luz: en esa elévase el alma hasta llegar á las regiones serenas de la fe, con cuyas claridades, se echa de ver, la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre; en ese vestíbulo del paraíso, ahí, es en donde Berchmans mira á Dios y le contempla, y se embelesa, y le ama con la ternura de la inocencia, y con el fuego del serafín. De ahí, sale él embebecido en las cosas del cielo, y con esfuerzos soberanos para hollar las de la tierra. Por la oración se priva él de sus inocentes juegos, por la oración interrumpe su sueño, y en la oración le buscaban todos cuando sus ocupaciones no le retenían. Referir los ingeniosos modos de que él se valía para dedicarse á tan santo ejercicio, y las trazas admirables que él se daba para sustraerse al cariño de sus condiscípulos, que le amaban como á su ángel tutelar, sería arrancar una página de la vida de San Luis Gonzaga. Ya se ve, es la oración, la hora de los divinos amores, y para el que ama, el descanso es fatiga, mientras se halla separado del objeto amado.

Es el sufrimiento la piedra de toque de las almas santas, y un como crisol en el que se depuran y libran de la tierra de sus imperfecciones, y no quiso el Señor privar al joven Berchmans de tan gran merced. Enamorada su candorosa alma de la hermosura de los divinos tabernáculos, había resuelto en su corazón, estar siempre cabe á ellos, siendo sacerdote del Altísimo; pero, sabedores sus padres de tal propósito, le hacen ver lo imposible de su realización, toda vez que las estrecheces á que habian venido, y con ellos toda su en otro tiempo ilustre familia, les imposibilitaba el procurarle los medios de continuar sus estudios, y hasta llegan á indicarle el que se determine por un oficio.

También, Señores, esas almas que jamás perdieron de vista á Dios, al atravesar este mundo, vense á veces obligadas á pisar terrenos calcinados por un sol abrasador, en los que muere toda vegetación, y tienen que penetrar por lugares oscurísimos sin divisar arriba el cielo, ni ver debajo otra cosa que los guijarros que lastiman sus pies. Es Dios que se oculta, cual amorosa madre, para ver correr nuestras lágrimas, y enjugarlas con sus caricias: son desiertos, para los que se necesitan abundantes provisiones; sos esos túneles practicados en las grandes montañas, en cuyo interior se hace forzosos encender la lámpara de la fe, y aún avivarla con nuestra resignación; pero, un poco más y se descubre el oasis; un momento de constancia, y se sale á un valle amenísimo, de bulliciosos arroyuelos, de una vegetación espléndida, y de alegres avecillas que dicen amores al vencedor.

Berchmans, sufre, expone á sus aflijidos padres su dolor, y con una sencillez encantadora les dice, que no tomará otro alimento que pan y agua para de esta suerte no ser gravoso á la familia, y Berchmans vence, porque la inocencia tiene acentos del cielo, y sus lágrimas son

las perlas del mundo moral, con que se compra el corazón de Dios. Quería él continuar sus estudios y lo ha conseguido: pasa, pues, al servicio del Sr. Dean de Diest, y luego al de un Sr. Canónigo de Malinas; en esta ciudad, frecuenta las aulas del Colegio fundado por la Compañía de Jesús.

Alma que tan cuidadosamente busca á Dios en la naturaleza y en la gracia, que como la de nuestro joven, así le sirve, practicando todas las virtudes, ocioso parece el decir, que de veras amaba á Dios; pero no obstante, creo oportuno referir un hecho, que pone muy patente su amor á Dios, á la vez que da á conocer en todos sus detalles la hermosura de su alma. Con repetidas oraciones, con frecuentes penitencias y rendidas súplicas á María, se esfuerza él para obtener de Dios las gracias necesarias para hacer una confesión general. Ha registrado su alma con la antorcha de la humildad, ha derramado ya su corazón á los pies del confesor, exponiéndole toda su vida, y su confesor, lleno de admiración y pasmo, duda si puede absolverle, porque duda si el angélico Berchmans ha cometido pecado. Nada, pues, de extrañar es, el que su inocente alma se encontrara sin moción de afectos y hasta con sequedades en la meditación de los pecados, como él mismo dejó escrito en unos apuntamientos espirituales que se le encontraron después de su gloriosa muerte. Berchmans es un ángel, y los ángeles no entiende de flaquezas.

Amor tan acendrado á Dios, tiene aun en este mundo su recompensa, en los goces del cielo que el Señor les anticipa, como lo hizo con este joven benditísimo cuando por vez primera se acercó á recibir el Pan Eucarístico. Al aproximarse esa hora de indelebles recuerdos, y que los ángeles miran con santa envidia, el alma de Berchmans sentíase desfallecer en brazos del amor santo, y en esos torrentes de delicias con que, allá en el cielo, abreva Dios

á sus elegidos, caían sin piedad sobre su corazón, y le martirizaban dulcemente, haciéndole vivir una vida, que no podía vivir, hasta que llegado el momento de recibir en su pecho al divino Jesús, la gracia de Dios, no pudiendo ya contenerse en el interior, se derrama con fuerza por el exterior, bañando sus ojos y cara de un resplandor celestial que pasma á todos los concurrentes. «*Ita ut, ignis ille divinus ex ore oculisque castissimi adolescentis emicaret*» como dice el Papa Pío IX en la bula de la beatificación de San Juan Berchmans.

Allí en donde termina el deber principia el heroísmo, flor, Señores, que el hombre recoge en la cima de altísimo monte, para coronar con ella la sudorosa frente; y si el heroísmo entre las sombras del gentilismo tuvo templos, en los esplendores de la fe, tiene palacios, de fundamentos divinos, de arquitectura celestial, de ornamentación riquísima, de un pasado glorioso y de un porvenir, fatigoso sí, pero eterno: los institutos religiosos.

Berchmans ha cumplido con el fin de todo hombre, recorriendo sin caer los caminos de la juventud, tan erizados de peligros, y ahí, en donde la mayor parte deja marcado su paso con lágrimas, quebrantos y pecados, él ha dejado regueros de luz y de gloria. ¿No hay ya horizontes más vastos para Berchmans? ¿No hay un mar anchuroso en donde se pierda de vista la tierra para contemplar con hartura el cielo?... Él ha visto la Compañía de Jesús, y allí vuela á encerrarse huyendo del ruido mundanal, semejante al ave del campo que busca la umbría de los bosques, al sentir dentro de sí una nueva vida. Ni la familia, lazo muy fuerte para las almas delicadas, como la de nuestro Santo joven, ni las lágrimas de sus padres, ni el profundo cariño que sentía hacia sus hermanitos, ni el mundo ni nada le detiene. Esa vocación, gracia es de María quien se la ha inspirado en su santuario de Monteagudo ó *Cerro áspero*,

distante como una hora de Diest, su ciudad natal, y que él ha recibido con efusiones de gozo confirmándola con voto: y los votos que al Altísimo se hacen, sabe bien que deben cumplirse, y entra en la Compañía para inmolar á Dios un sacrificio de alabanza.

Gravadas están sobre las puertas de las casas religiosas aquellas palabras que el Salvador dijo á San Juan Bautista: *Sine modo: sic enim decet nos implere omnem justitiam* (1) y sin modo y sin medida cumplió el benditísimo Juan el fin grandioso de la vida religiosa que esas palabras entrañan. Allá en el mundo, entre peligros, en medio de mil ocasiones, con una hermosura de cuerpo que llamaba poderosamente la atención, conservó intacto y sin afearle el candor de su alma, y siempre lozano el lirio de su virginidad, sin que le agitasen siquiera, las rebeldías de una carne de pecado: era, pues, un ángel, y ángel del noviciado se le llamaba, y angélica era su modestia, y de ángel de paz sus palabras y sus acciones de ángel: y los ángeles, Señores, viven en las altas cumbres de la santidad, en donde no descubre la mirada del hombre otra cosa que claridades y lumbres, la gloria de Dios. No puedo por tanto hacer el retrato de ese joven en su vida religiosa, pues no tiene la tierra colores para pintar el cielo.

Que hablen las casas que tiene la Compañía en París y Lión, que le vieron á su paso para Roma; que canten sus ardores de Serafín, los muros de la Santa casa de Loreto, que le admiraron recibiendo la Sagrada Eucaristía el 24 de Diciembre de 1618, y que el Colegio Romano, monte en el que se adora al Dios de las ciencias, valle que se estremece de continuo por los cánticos de victoria de mil esforzados jóvenes, que no manchan las alas de su genio en el fango de la carne, que nos diga, sí, ese Colegio, á una

(1) Math. III. 15.

con el aposento de San Luis Gonzaga que habitó también nuestro Santo, aquellas maravillas de su alma, que Dios tiene selladas en el libro de su amor, pues yo no veo sino una virtud perfectísima, sin luchas, tranquila, sosegada; un ángel que ha venido á la Compañía á servir de guía y conductor á esos jóvenes que se educan en sus Colegios, llevando en su mano el estandarte de la Santa Castidad, la hermana de la ciencia.

El P. Juan Bautista Ceccoti, su confesor, durante los dos primeros años de su estancia en Roma dió un brillantísimo testimonio de las virtudes de nuestro queridísimo Berchmans. El P. Massuci que le confesó hasta su muerte dice estas palabras: «Después del Beato Luis Gonzaga con el cual yo viví y conversé en el último año de su vida en el Colegio Romano, no he conocido joven de vida más ejemplar, de conciencia más pura y de más perfección que Juan». Y el P. Antonio Sbarra, Ministro del Colegio, á quien por su oficio tenía que darse cuenta de las faltas de cada uno, escribe y asevera con juramento estas notables palabras: «Yo jamás he sabido, ni advertido, ni notado, que él haya quebrantado regla alguna, ni he visto en él imperfección en todas sus acciones, antes bien todas respiraban santidad y perfección.»

Grandes eran los progresos que hizo en las ciencias durante el tiempo que se dedicó á ellas, como lo evidencian, el brillante examen que hizo de todas las materias filosóficas; y el que días antes de su felicísima muerte, sin preparación ninguna, sustentara una tesis en el Colegio de los Griegos; pero mayores aún los adelantamientos de su espíritu á la divina Madre. Siempre le profesó un tiernísimo cariño, pero ya en los dos últimos años de su vida, eran tales sus ardores, que parece no tenía otro anhelo que aventajar á los serafines en el amor á la Santísima Virgen. Si hablaba en las horas de recreación con los HH. Coadjutores, refe-

riales algún rasgo de ternura de tan buena Madre en favor de sus devotos: si era con algún Padre de doctrina, importunábale santamente para que le dijese algo de la Señora, como él la llamaba; pero si era con algún otro escolar como él, proponíale un certamen de amor: quién diría más y más epitetos á María. La palma era siempre de nuestro Berchmans, y los ángeles que le eschuchaban admirados se la arrebataban de las manos para presentársela á su Reina.

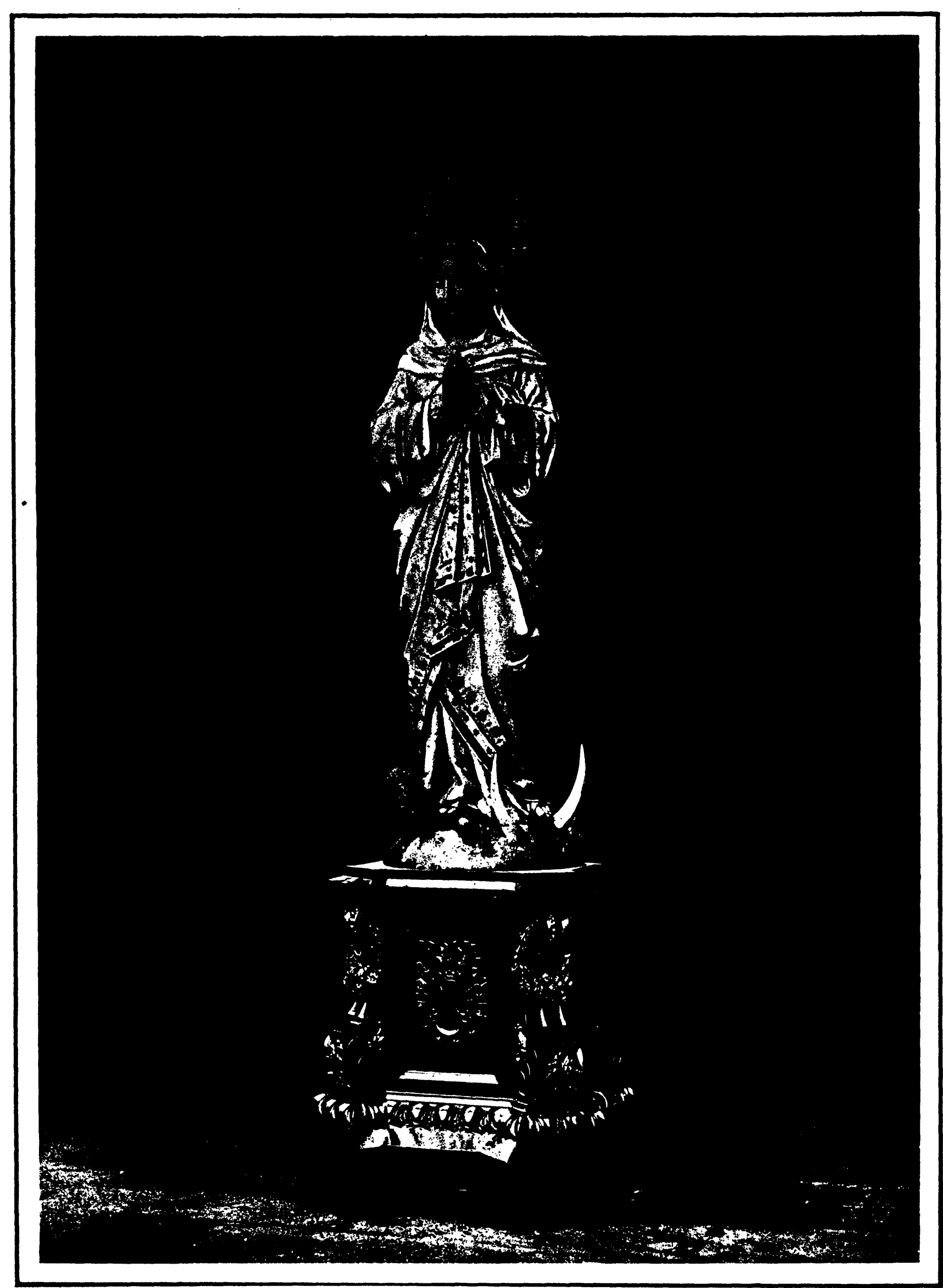
Me olvidaba, Señores, de que los ángeles son tales por su oficio. Bajan á la tierra para cumplimentar las órdenes del Señor: ejecutan los mandatos, y luego suben al cielo á ocupar su sitio en su respectiva jerarquía. Berchmans, vino á este mundo á ennoblecer la Compañía de Jesús; cumplió fidelisísimamente el fin del cristiano y del religioso, recogió los frutos de buscar siempre este fin, que es la santificación; falta tan sólo el fin último, la vida eterna... *Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam æternam.*

Dios ha querido, que todo hombre humille su soberbia antes de entrar en el paraíso, pasando por las lobregueces del sepulcro. Ni el Santo de los Santos, Jesucristo, quiso eximirse de esta dura ley. Berchmans va entrar ya por esa puerta por que pasa toda carne. La enfermedad le ha postrado. Diránle los médicos, que su enfermedad no es peligrosa; le asegurarán esto mismo todos los PP. y HH. que le asisten; pero él dice lleno de alegría, «*moriré.*» Y la enfermedad arrecia, y sus virtudes brillan con carismas, y se levantó el velo de humildad que cubría tanta santidad. Y cómo se transfigura por el amor al recibir los Santos Sacramentos!, y quitándose del cuello el rosario que tenía puesto, lo rodea al crucifijo, y juntando también, á manera de un manojo de flores, el librito de las reglas, exclama: *Hæc mihi tria charissima: cum his libenter moriar.* «Estas son las tres cosas amadas de mi corazón, con ellas muero contento,» y muere en 13 de Agosto de 1621.

No, es el ángel que sacude el polvo de nuestra mortalidad, alza su vuelo, sube á ocupar su silla: es San Juan Berchmans, que va al cielo á celebrar la festividad de la Asunción de María.

Ejemplo sublime para todos: buscando á solo Dios, lo encontramos todo en este mundo y una gloria eterna en el otro. Buscando los pueblos á solo Dios, lo encontrarán todo: paz, civilización, progreso. Ejemplo elocuentísimo para vosotros, jóvenes estudiantes, que venís á este Colegio en busca de la ciencia. No habéis salido todavía de los dinteles de la vida y por eso vuestra alma, no ha gustado aún las amarguras de aquella. Hoy sois felices: vuestro pasado, besos y caricias maternales: vuestro porvenir, bello y sonrosado como el clarear del alba, como es siempre el futuro, para el hombre amador eterno de ilusiones. Seréis siempre felices, si á ejemplo de vuestro modelo y Protector, San Juan Berchmans, buscáis á solo Dios en vuestros estudios y empresas posteriores. No olvidéis jamás ejemplo tan luminoso: que las fuertes impresiones que os aguardan á la puerta del Colegio, no borren nunca esta verdad: «Dios es el camino más corto y seguro para la felicidad.» Permitidme por conclusión el que os repita unas palabras de San Juan Berchmans, que escribió él, al despedirse de su familia para entrar en la Compañía. «El regalito que les dejo á mis hermanitos Adriano, Bartolomé y Carlos es este: Creced en la piedad, en el temor de Dios y en la ciencia.»

Creced y crezcamos todos en el conocimiento de Dios y en su amor, para que después le veamos y gocemos de Él eternamente.—Así sea.



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

INMACULADA CONCEPCIÓN

Es obra de CRÍSPULO HOGSON, filipino

DÍA 30

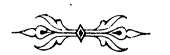
dedicado al culto de San Pedro Claver

Con igual solemnidad que en los dias anteriores se celebró la canonización del Santo Apóstol de los Negros, estando los oficios encomendados á la Comunidad de RR. PP. de San Francisco. Dijo la Misa el M. R. P. Guardián del Convento de Manila, Fr. Vicente Gómez Carreño, asistido de dos Religiosos de su Orden.

Cantóse por segunda vez le notable Misa del maestro Espí, dirigida, como la primera, por el P. Teodoro Sauret, S. J.

Asistió el Excmo. Ayuntamiento presidido por el Sr. Alcalde de 1.ª elección y muchos Religiosos de varias Órdenes.

Panegirizó las virtudes insignes del esclarecido Misionero S. Pedro Claver, el M. R. P. Fr. Benito de los Infantes, cuyo sermón es como sigue:



SERMÓN

PANEGÍRICO EN HONOR DE S. PEDRO CLAVER

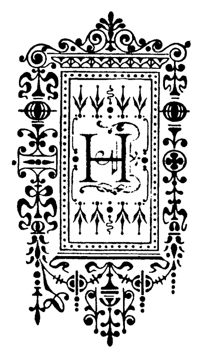


SERMÓN

panegírico del Apóstol de los Negros, San Pedro Claver, predicado por el M. R. P. Fr. Benito de los Infantes, de la Orden de San Francisco

Ipse est directus divinitus in pœnitentiam gentis, et tulit abominationes impietatis. Eccles. cap. 49. v. 3.

El fué destinado por Dios para la conversión del pueblo, y quitó las abominaciones de la impiedad. Eclesiástico cap. 49. v. 3.



A dicho Bossuet, que no puede menos de ser reconocida por Santa la Religión que produce Santos. Por ello el panegírico de estos hombres extraordinarios es la mejor apología de la Religión Católica, única en cuyo seno se forman, porque es el análisis de los deliciosos y sazonados frutos de ese árbol místico fecundado con la sangre del Hombre-Dios; es la exposición práctica de las magnificencias del plan divino para elevar al hombre á la unión con Dios y á la consumación de su gloria y desenvolviendo á los ojos de los que viven en el seno de esta Religión los inefables tesoros de gracia y de virtud que la enriquecen, los estimula á la santidad diciendo á cada uno de ellos: «hé ahí el término á que Dios te llama; hé ahí el camino que á él conduce.»

La Iglesia Católica es la única madre de estos Santos. Ellos son su corona, ellos su gloria porque son sus hijos.

Por esto queriendo, como Dios, que sean santos todos los que reconoce por hijos suyos, y teniendo medios para que lo sean todos, se llena de imponderable gozo, cuando examinadas en el crisol de la verdad las virtudes de alguno de ellos, encuentra subidos sus quilates, y con santo orgullo lo presenta al mundo y le dice: «Ved al hijo que Dios me ha dado y en quien tengo mis complacencias, ved mi fruto, ved mi obra, admirad al amigo de Dios, honrad al héroe, imitad al Santo.»

Pocos días hace ha resonado esa voz de la Iglesia pronunciada por el oráculo de la verdad, por el sabio y augusto León XIII. Su mirada que se dirije siempre de Oriente á Occidente y del uno al otro polo y que penetra en la corte y en el claustro, en el palacio y en la cabaña, en las ciudades y en los desiertos, se ha fijado en España, y en esta tierra de héroes ha descubierto un nuevo Santo y elevándolo al mayor de los honores, ha convidado al mundo entero á tomar parte en su glorificación. El mundo entero ha respondido al llamamiento y los Príncipes de la Iglesia y los pueblos todos agrupándose al pie del trono del gran Pontífice, han escuchado con júbilo su voz, han aclamado Santo al que él ha preconizado Santo, y han llevado á los confines de la tierra el nombre y la gloria del héroe de la Iglesia. Ese héroe es tu hijo, ínclita Compañia de Jesús, ese Santo, Pedro Claver.

Oigamos esa voz de León XIII para que nuestros corazones se animen de sus mismos sentimientos; en nuestros labios resuenen las mismas alabanzas, á la vez que á mí me ilustren para formar debidamente el panegírico de este Santo catalán. «La caridad de Cristo, dice el decreto »en que se promulga la fausta nueva de la canonización »de nuestro Santo, la caridad de Cristo que apremiaba á »San Pablo, vaso de elección, á que derramase la luz del »Evangelio entre los gentiles, asentados aún en las tinie-

»blas de errores y vicios, esa misma apremió á Pedro Cla»ver y le hizo un esforzado apóstol en el ministerio de »llevar á la espiritual y gloriosa libertad de hijos de Dios »á los miserables esclavos negros que, como si fuesen re»baños, transportaban de Africa á las costas de Cartagena »de Indias... La caridad en el cúmulo de las otras virtudes »fué la que más en el Santo resplandeció; esta la que le »sostuvo en la larga carrera de afanes y trabajos padecidos »por la salud de los cuerpos y de las almas y esta la que, »terminado felizmente el curso de su vida, le subió al cielo »y le hizo en la tierra tan glorioso y digno de veneración.» Hasta aquí el decreto. Acabáis de oirlo, hermanos míos, la caridad fué la virtud en que más brilló y ésta le hizo un varón verdaderamente Apostólico. No elegiremos nosotros otro asunto para cantar las glorias de nuestro bienaventurado compatricio. Su genio singular desarrolló admirablemente la acción poderosa del Evangelio; nunca apareció más bella la doctrina del Hombre-Dios en sus relaciones con la humanidad, en ninguna ocasión se mostró más ingeniosa la caridad, ni más fecundo en resultados el celo emprendedor de los discípulos de la Cruz. Claver es uno de los representantes de esa obra heroica de la propagación de la fe, cuyo objeto es derramar donde quiera los inapreciables beneficios de la religión, fuente perene, manantial inagotable y único de vida y salvación para los hombres y para las sociedades. San Pedro Claver es, en fin, la expresión sublime del apostolado de la Iglesia Católica en sus ideas altamente humanitarias y civilizadoras, en oposición al proselitismo de todas las demás sectas que están fuera del centro común de la unidad. Desde este punto de vista vamos á considerar á este ilustre hijo de Ignacio de Loyola, á este español insigne que tanta honra y prez da á nuestra patria. No haré más que presentar sencillamente el cuadro de sus hechos y en él veremos su

constancia invencible, su celo y heroica caridad; ese es el asunto. Su desempeño pide fuerzas muy superiores á las mías; ayudadme con vuestra piedad á implorarlas fructuosamente, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen María.—*Ave María.*

Ipse est divinitus directus, etc.

Los cultos idólatras, dice el célebre cantor del genio del cristianismo, han ignorado el entusiasmo divino que anima á los apóstoles del Evangelio. Jamás los antiguos filósofos abandonaron sus academias ni las delicias de Atenas por ir, en fuerza de un impulso sublime, á humanizar el salvaje, instruir el ignorante, curar el enfermo y esparcir la concordia y la paz en medio de naciones enemigas. Sólo á la Religión Católica estaba reservado este noble esfuerzo del alma, este sacrificio heroico, este pensamiento civilizador. Ella le comenzó al pie del Calvario, sobre la misma tierra empapada en la sangre del Redentor; ella le continuó en los primeros siglos por entre persecuciones y verdugos; después en los siglos medios á través de las irrupciones de los bárbaros del norte y de la invasión musulmana; más adelante abriéndose paso por medio de mil errores y herejías que se disputan el triunfo y posesión de la inteligencia y del corazón humano. Al inaugurarse la pretendida reforma, monstruo de cien cabezas, llamado á trastornar el mundo con sus doctrinas tan incoherentes como impías, se había ya organizado en el centro del catolicismo un ejército de héroes prontos á marchar donde quiera á hacer frente á aquel elemento devastador. El sentimiento religioso asociado á las grandes expediciones del siglo XVI acrecentará en todas partes las conquistas de la Cruz. ¡Gran dicha es, pues, para nosotros

el contemplar con júbilo que los deseos de nuestro adorable Redentor se han cumplido llenamente en los vasos de elección, que se ha preparado en el seno de su Iglesia desde su nacimiento hasta nuestros días! ¡Las misericordias del Señor para con su Iglesia no se han abreviado jamás y su celestial esposo la ha consolado en todas sus penas y tribulaciones!

Acaban de transcurrir dos siglos que hacía feliz ilustrándola, toda una región de Centro América, uno de esos hombres extraordinarios en quienes place á la Divinidad depositar con munificentísima liberalidad los más inefables dones de la caridad divina. Pedro Claver es el héroe que cupo en feliz suerte á la ciudad de Cartagena de Indias y en ella á una vastísima extensión de aquellas comarcas. Humilde religioso de la Compañía de Jesús fué un asombro de caridad y de todas las virtudes evangélicas. Nacido en Verdú, provincia de Lérida, de padres tan nobles como piadosos, recibió una educación esmeradamente cristiana á la que correspondió el joven Claver con una aplicación al estudio y tal progreso en la virtud que, no sólo se aventajó á todos sus compañeros, sino que ya entonces pudo presagiarse anticipadamente al fervoroso Apóstol de muchos pueblos que aún yacían en la infancia de su civilización. Barcelona en donde hacía sus estudios, sabe bien lo que fué, aun antes que por su edad estuviese en el caso de asociarse á ningún pensamiento grande y generoso. Ella le vió dotado de todas aquellas prendas que forman un alma llena de rectitud y extraña á los vicios que mancillan la inocencia. Vióle ejercer con su ejemplo un ascendiente tan poderoso entre sus coetáneos que, bastaba su presencia para impedir toda palabra inmoral y la menor acción contraria á la modestia. Ella le vió huir cuidadosamente de las compañías peligrosas, consagrarse con constante aplicación al estudio de las buenas letras, cul-

tivar, al par que su inteligencia, su tierno corazón embelleciéndole con sólidas virtudes. Vióle, en fin, tan luego como cumplió los veintidós años de edad, abandonar con heroica resolución el siglo y sus esperanzas, refugiarse en los sagrados claustros de la casa-noviciado que la Compañía de Jesús tenía en Tarragona, para perfeccionarse allí en la ciencia de Dios y disponerse de este modo á acometer en tiempo oportuno la colosal idea que desde entonces alimentaba en su corazón de ser un día el evangelizador de los pueblos idólatras.

Cuando le señalan su aposento, se postra en él con la mayor humildad, besa el suelo con amor y como absorto exclama: «¡Ah Señor! ¿Qué he hecho yo para merecer de »Vos que me alberguéis en vuestra casa? A vuestra miseri- »cordia infinita debo la entrada en este paraíso, y yo no »puedo mostraros mi agradecimiento sino con el más fino y »constante amor; otorgadme, Señor, esta gracia y, pues que »debo ser todo de Vos, haced que no viva sino para Vos, »que no ame sino á Vos.»

Comenzó nuestro noviciio su vida religiosa con tales adelantos y pasos tan agigantados, que siento sobremanera no poder detenerme á haceros ver su conducta fervorosa, sus austeridades excesivas, su abnegación llevada hasta el heroísmo, su continua oración, su recogimiento y abstracción sin límites. Nuevo Moisés bebía á torrentes las amarguras de Egipto para disponerse á acaudillar después una nación grande por los ásperos senderos del desierto á la tierra prometida. Era el Pablo del siglo XVII para usar una vez más de la comparación de su Santidad León XIII, que castigaba su cuerpo y le reducía á servidumbre, temeroso de ser reprobado él mismo cuando cabalmente meditaba ser el Apóstol de naciones extrañas.

Concluido el tiempo de su noviciado pasó al Colegio de Letras humanas, que á la sazón se hallaba en Ge-

rona, con gran sentimiento de los que perdían aquel dechado de perfección religiosa, con cuyo ejemplo andaban todos fervorosisimos, pues, siempre el buen ejemplo fué un poderoso estímulo para atraer las almas hacia Dios. Solo un año estudió en Gerona, pues sus prelados ordenaron pasara á estudiar la filosofía en el colegio de Montesión de Palma de Mallorca. Allí tiene el indecible consuelo de conocer y tratar al Santo Alfonso Rodríguez, á aquel Santo Rodríguez de quien anteayer oísteis sus heroicas virtudes. ¡Venturoso encuentro de dos corazones alentados á la mayor virtud! ¡Oh amistad dulcísima de dos espíritus unidos en el Sumo bien! En Dios se hallaron el uno al otro, porque entrambos estaban en Dios, y aunque á tiempos se ausentaron, no por esto se desviaron del centro de sus aspiraciones. Finalizados, con el mayor lucimiento, sus estudios de filosofía, vuelve á Barcelona á empezar los teológicos; el mismo siempre é inalterable en su primitivo fervor; ni el estudio entibia en él el amor divino, ni éste amengua en lo más leve su ardor por la ciencia. Caminan de consuno ambos principios, el uno sostiene al otro y los dos juntos obtienen y producirán los más prodigiosos resultados. Nuestro joven religioso estudia Teología por mandato de sus Superiores y su unión con Dios es tan continua durante los estudios, que con frecuencia se le ve como absorto; hace adelantos extraordinarios en la Sagrada ciencia y los conocimientos teológicos aumentan el fuego de la caridad divina que arde en su pecho de tal modo, que para él el estudio de la Teología es el estudio de los secretos del amor divino. En efecto; la caridad del religioso P. Claver adquiere tales proporciones y llega á ser tan intensa que, no puede ya ocultar sus efectos por más que lo intente. Se notan en él tan vehementes deseos de sufrir y padecer por amor de nuestro Señor Jesucristo y por la salvación de las almas que en más de una ocasión se le ve ex-

tático al considerar la gloria de los que por tan justos motivos han padecido.

Embebida su inteligencia en estas reflexiones é inflamado su corazón en deseos de padecer por el bien de sus prójimos y acordándose de continuo de las palabras que un día le dijera el Santo Hermano Rodríguez cuando aún se hallaba en Mallorca «que el corazón se le partía de dolor al »ver que Dios nuestro Señor era ignorado de gran parte »del mundo por falta de ministros evangélicos que lo den »á conocer á tantos infelices idólatras..... si te interesa y »toca en lo vivo del corazón la gloria de la casa de Dios, »vete á las Indias á ganar tantos miles de almas que allí se »pierden...» herido profundamente, repito, del sencillo cuanto enérgico discurso de su Santo Hermano, y como ya tiene de antemano muy preparada su alma, siente que su corazón se abrasa en deseos de convertirlas y ganarlas para su Dios.

Sin detenerse da parte de sus inspiraciones; insta una, dos y más veces á sus prelados que lo prueban de mil modos; consigue en fin su permiso y misión para Cartagena de Indias en donde se le presentará vasto y dilatado campo para ejercer su caridad. Embárcase en Sevilla y aun no han pisado sus pies las playas americanas, aun se encuentra luchando con las embravecidas olas del Océano y ya se deja ver la caridad fervorosa que á Pedro Claver anima. En la misma nave en que se embarca con rumbo á la Nueva-Granada comienza á llenar dignamente el dictado de Apóstol. Vedle practicar en ella, con el más ardiente celo, su apostólica misión procurando desterrar de entre los pasajeros y marinos los juegos, las blasfemias y otras costumbres impropias de cristianos. Miradle inventar medios para insinuarse en los corazones por el afecto á fin de inocular en ellos la semilla de la virtud, constituyéndose en servidor de todos en las enfermedades; aquí fué donde

más campeó su caridad en el cuidado de los enfermos que tomó por su cuenta, hasta darles por su mano el alimento, curarlos, asearlos, asistirlos de día y noche, no separándose de uno sino para acudir á otro más necesitado. Si en alguno de ellos corre peligro la existencia, le dispone con todo amor y suavidad á recibir los últimos Sacramentos, proveyendo él mismo quien los administre. Claver es el genio tutelar en aquella navegación, el ángel del buen consejo, la providencia visible pronta á acudir á todas las necesidades, á enjugar todas las lágrimas, á calmar todos los dolores y á evitar todos los peligros. Entre tanto él, pobre, humilde y mortificado no se acuerda de sí mismo y si acepta una estancia más cómoda en el buque, no es para ocuparla, sino para instalar en ella á sus queridos enfermos; haciéndose así todo para todos, llegó á cautivar de tal manera la voluntad de todos, que los tenía siempre prestos á seguir sus insinuaciones.

Con viaje de varios meses, santificado por Claver con el continuo ejercicio de todas las virtudes, dieron fondo en Cartagena de Indias perteneciente entonces á la Nueva-Granada, y tomando tierra reconoció nuestro Santo el campo de sus futuros sudores apostólicos; regó con lágrimas aquellas playas por las que tanto tiempo había suspirado, levantó el corazón y los ojos al cielo, dando mil gracias á Dios por haberle prósperamente conducido al término dichoso en donde había de trabajar más de cuarenta años en la salvación de las almas. Repuesto algún tanto del cansancio de la navegación, destínale la obediencia á Santa Fe de Bogotá para que concluya sus estudios; marcha sin réplica; acaba sus estudios y se le ordena prepararse para su última probación; mucho retrasa esta disposición el cumplimiento de sus deseos; obedece como buen religioso y espera ofreciendo en las aras de la obediencia el sacrificio de su propia voluntad aunque muy santo en sus

fines. Profesa, y no firma su profesión sin que le permitan añadir un voto especial que él juzga no poder omitir, este voto es «el ser esclavo siempre de los esclavos negros.» *Petrus Claver Æthiopum semper servus.* ¡Oh corazón generoso! ¡oh alma caritativa! ¡oh varón santo! ¡qué bien se conoce el divino incendio que te abrasa! ¡felices negros, pues que un santo eminente se os da por esclavo! Una era nueva se abre á los que entre vosotros se tienen por más desgraciados. Si es cierto que por una cruel tolerancia seréis vendidos á vil precio en el mercado más famoso entonces del Nuevo-Continente, allí mismo encontraréis, no ya un amigo, no ya un padre, sino un esclavo vuestro y esclavo por amor. En medio de vuestra temporal desgracia sois felices y dichosos, pues que vuestros nombres se están inscribiendo ya en el libro de la vida... Pedro Claver, no parece vivir ya sino para los negros, toda otra ocupación la juzga ya como secundaria, aunque su caridad sin embargo las abraza todas.

Desembarcaban anualmente en el puerto de Cartagena de Indias, en la época á que nos referimos, de diez á doce mil negros africanos, no como mercaderes ó tratantes, sino como un artículo de comercio en cuya compra y venta se negociaban ganancias muy considerables. Las calamidades, las miserias y enfermedades que padecían en la navegación no se pueden explicar con palabras; hacinados como en rediles en el fondo de los navíos, iban sin otro abrigo para cubrirse que el que les dió la naturaleza y los hierros que los aprisionaban; mal alimentados y revueltos en sus mismas hediondeces, con el calor y la estrechez del lugar causaban un hedor más intolerable que el de cuerpos muertos. Y esto sin contar si por acaso se desarrollaba alguna enfermedad contagiosa que casi siempre sucedía. Os hago gracia de referir otras miserias y desdichas de esta gente por respeto á esta sagrada cátedra y porque en vuestra piadosa ilus-

tración ya las podéis comprender; baste deciros que no pocos de aquellos desgraciados, por concluir de una vez con tantos trabajos, solian obstinadamente negarse al alimento y preferian una muerte pronta y desesperada à tan penosa vida.

¿Veis esa madre de un hijo único á quien la desgracia habia arrojado á luengas regiones donde yace miserable, desgraciado y condenado á una muerte segura y cruel? ¡Cuántas lágrimas no vierte al solo pensar en las desventuras del fruto de sus entrañas! La vida le es en verdad muy amarga, pero si desea vivir es para lograr ver dichoso y feliz á su hijo. De dia y de noche, á todas horas pide al Señor, le suplica, le insta para que haga cesar la triste cautividad del amado de su corazón. Pero he aquí una nueva favorable. El hijo que tantos suspiros y congojas tantas cuesta á la madre, llegará pronto á donde ella mora. ¡Qué gozo! qué alegria! cómo? ¿yo volveré á ver à mi hijo? Es que yo podré hacerle feliz? Es que será venturoso á mi lado? Bendito seáis, gran Dios y alabado eternamente! Y en esto la madre llena de tierna solicitud pregunta por què sitio su hijo vendrá, el dia, la hora, el buque si viene por mar, la compañia si viene por tierra. Lo sabe y ya no hace sino contar los dias que faltan, el tiempo le parece eterno, los dias meses, las horas dias. Sale á las alturas por ver si puede divisar á lo lejos al tierno objeto de su corazón; quiere que sus ojos le posean antes que sus brazos para satisfacer así doblemente á sus ansias maternales. No de otra suerte, hermanos mios, nuestro caritativo y santo misionero Claver piensa en otra cosa sino en sus negros, no hallo símil màs apropiado para explicar la tierna solicitud de este fervoroso apóstol en averiguar de todos el paradero de sus amados negros; pasa à las aduanas, al puerto, pregunta á los comerciantes para que le den pronta noticia del arribo de algún bajel que trasporte esclavos de las costas de Africa.

Ruega fervorosamente á Dios y celebra Misas por el feliz viaje y desembarco de ellos á tierra firme. El día en que se le anuncia la llegada al puerto de algún barco de negros es para él un día de fiesta, de júbilo, una jornada al paraíso, como él decía; arrodillábase á dar gracias á Dios por haber traído á salvamento el navío en que venían tantas prendas de su corazón. Así que se le permite, va á bordo y su primer saludo es abrazarlos uno por uno y estrecharlos tiernamente contra su pecho, cual madre á sus queridos hijos, exhortándolos á que nada temiesen; les regala, les habla con la mayor dulzura y afabilidad, los lava, los limpia, los asea lo mejor que puede, llevando para este objeto ropas y lienzos, y en cuanto tiene noticia de que van á desembarcar en el puerto ó en la playa, se prepara á recibirlos con todas las demostraciones de su mayor cariño; lleva provisiones de diversas viandas y bebidas, porque conociendo el gusto de aquellos infelices desea atraérselos á sí para ganarlos á Jesucristo.

Cuando ya están en sus hediondos y lóbregos depósitos, en donde es tan excesivo el calor como nauseabunda la atmósfera que se produce, efecto de la multitud y casi ninguna ventilación, que hace desmayar y postrar á los mismos negros esclavos, el Santo Claver se presenta casi diariamente en medio de ellos, los forma en corro, coloca en el centro su crucifijo, les explica bien por sí ó por medio de intérprete los principales misterios de nuestra religión, emplea uno, dos, cinco, diez, veinte y más días para sólo enseñarles á formar la señal de la cruz, santiguarse y saber este misterio; no le molesta el fétido olor que naturalmente despiden los negros, ni se fastidia jamás de su rudeza, de su ignorancia y sobre todo de su torpeza en aprender. Hace delante de ellos la señal de la cruz una, ciento y mil veces signándose muy despacio y con el mayor fervor, hace repetir á cada uno de ellos muchas veces lo mismo, no sólo sin

que se acabe jamás la paciencia y caridad heroicas del misionero Claver, sino sufriendo con invencible constancia lo horrible y hediondo de aquellos albergues que para este operario evangélico eran como deliciosos jardines y en los cuales venciendo con la fuerza de la gracia la debilidad de la naturaleza, puede decirse, tuvo fija su habitación por espacio casi de cuarenta años no interrumpidos y en donde con su apostólico celo recogió una mies de almas tan abundante que sus biógrafos aseguran pasaron de doscientos cincuenta mil los negros que bautizó.

Me es imposible ceñir á los estrechos límites de un panegírico todo lo que este caritativo apóstol hacía por sus esclavos negros y muy en especial por los enfermos. No había género de necesidad temporal ó espiritual que no tratase de socorrer. ¿Ni cómo era posible que así no fuera? Jesucristo había dicho que lo que se hiciera por un necesitado, por él se hacía; que era él quien recibía la limosna en el pobre, el consuelo en el afligido, la hospitalidad en el peregrino, los servicios y cuidados en el enfermo, la protección en el desamparado. ¿Era, pues, posible que un corazón abrasado en vivas llamas de caridad divina no se arrojase santamente á esos piadosos excesos de que está llena la vida de Pedro Claver? Así es que se le ve en Cartagena desvivirse por buscar socorros para el pobre, para la viuda, para el huérfano, para el menesteroso, impedido ó desvalido. Visita los enfermos en las cárceles y hospitales, toma por sí mismo las tohallas en servicio de los enfermos más repugnantes, se les acerca, los abraza con ternura de padre y amor de amigo, los consuela, besa sus llagas con santo trasporte de alegría, habla con tanta cordialidad y cariño á los enfermos que todos le admiran y contemplan y para concluir os diré que, en el hospital de San Lázaro de la dicha ciudad y en donde se recogía á los leprosos, los excesos de caridad del Santo Apóstol de los Negros se dejan ver todavía más maravillo-

samente en esta clase de enfermos que en la de otros. Cuando todos huyen de semejantes seres por no contraer la lepra, nuestro caritativo misionero los cura con el mayor amor, envuelve con vendas sus llagas y úlceras, recibe el hálito fétido que despiden las llagas más asquerosas, limpia y asea á los que han perdido el uso de sus brazos, él mismo les suministra el alimento, trata en fin á los leprosos con tanta ternura y caridad que ni una madre propia será capaz de hacer más por el más querido de sus hijos.

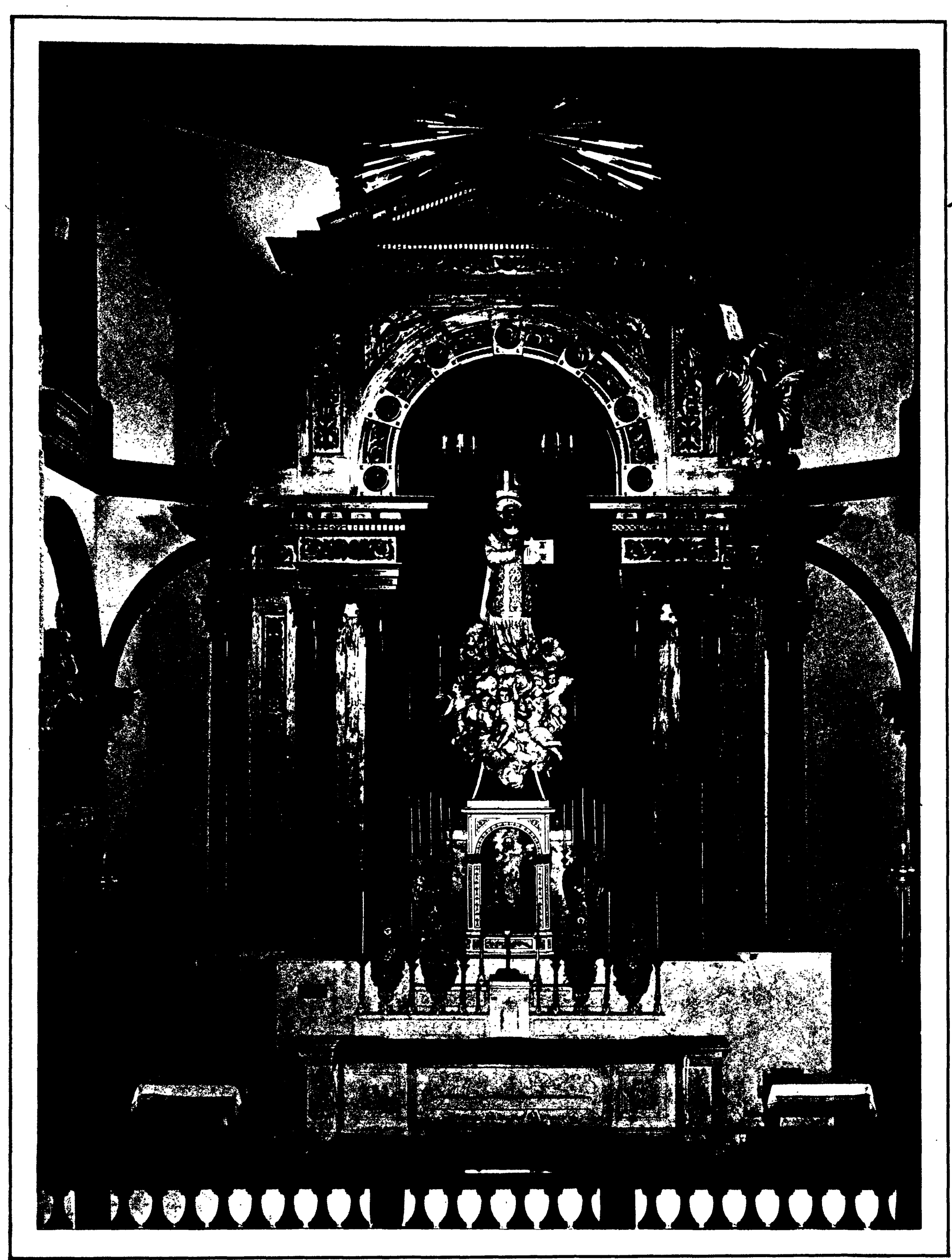
Concluyamos, hermanos míos. ¿Quién no admira en el caritativo Apóstol de los Negros esclavos la expresión más sublime de la misión de la Iglesia Católica en sus ideas altamente humanitarias y civilizadoras, en oposición al proselitismo de todas las demás separadas del centro común de la unidad? ¿Pueden acaso entrar en paralelo las obras de esos propagandistas del error que han recorrido y recorren el mundo, con las obras del celoso misionero de Cartagena de Indias, San Pedro Claver? Sin más que dar una rápida ojeada por la historia, con sólo evocar á un ligero examen los resultados de aquellos en sus expediciones y compararlos con los que obtuvo este humilde hijo de Loyola ¿no es lo suficiente para demostrar la nulidad é impotencia de toda doctrina que no sea la de la Iglesia Católica para civilizar al mundo y hacer dichosas las sociedades? ¿Son ellos, por ventura, los que han operado esa reacción maravillosa que en el siglo XVI y los posteriores cambió tantos países idólatras, bárbaros é incivilizados en pueblos cultos, humanos y piadosos? Preséntennos los anales de su propaganda, cítennos los reinos que han sometido al imperio de la verdad, cuéntennos los trabajos que han sufrido, los sacrificios que han hecho, los mártires que han vertido su sangre por la causa de la fe y de la humanidad. ¡Pero, cómo! Unos hombres guiados únicamente por espíritu de secta ó de partido, rodeados de una familia que les es preciso sostener, unidos

á la sociedad con lazos que no les es fácil romper ¿serán jamás capaces de acometer esas empresas en las que nada se ve sino peligros continuos, privaciones amargas y siempre la muerte que amenaza una existencia ya de suyo harto triste, oscura y sin gloria ni esperanza alguna en la tierra? ¡Ah! no. Esto sólo está reservado á los apóstoles del catolicismo; sólo ellos que sin otra pretensión que la de ser útiles á unos seres, que si bien degradados cuanto se quiera, siempre miran como hermanos, sin más deseos ni esperanzas que extender los beneficios de la ilustración junto con la verdad donde quiera que hay hombres que yacen en la ignorancia y el error, sólo ellos, repito, pueden tener esa grandeza de alma, ese heroísmo sobrehumano, que no teme arrostrar toda clase de reveses é infortunios y hacer frente á la ferocidad de pueblos crueles y lanzarse por entre las tempestades y los golfos y los climas insalubres y á través de todo género de riesgos, á cambio de ganar para Dios y para la sociedad siquiera sea una sola alma, aunque sea á precio de su vida misma.

¡Claver incomparable! Tú solo bastas para demostrar al mundo que el catolicismo es, ha sido y será siempre principal elemento civilizador de los pueblos y la esperanza de las sociedades. Recibe el justo tributo de admiración y gratitud que te ofrece la Iglesia, tus hermanos de religión, el mundo todo y en especial España á quien tanto engrandeciste con tu virtud y heroísmo. Verdú, Tarragona, Gerona, Barcelona, Palma de Mallorca, Santa Fe de Bogotá, Tunja, Cartagena de Indias que albergasteis en vuestro seno al caritativo Apóstol de los Negros, rendidle un voto de gracias ya que tanto os edificó con el ejemplo de sus heroicas virtudes. Fecundiza, Santo Apóstol, desde esa región donde habitas, los preciosos gérmenes que derramaste en los negros de Angola, en los del Carabal, en los Mungiolos, en los Araraes, en los Anchicos y en los Congos.

Que la Fe se propague do quiera no es conocido el sacrosanto nombre de Jesucristo; que triunfe la Cruz en todos los puntos del globo para que á su sombra la civilización se extienda con las verdades evangélicas y sean felices las sociedades, y los hombres caminando por la senda de los verdaderos principios del catolicismo, logren llegar á la perdurable gloria de la inmortalidad.





Fototipia, Suc. Ramírez y C.ª — Barcelona

RETABLO DEL ALTAR MAYOR

En el Templo de San Ignacio de Loyola, de Manila

DÍA 31

Fiesta de San Ignacio de Loyola

En este día los solemnes cultos revistieron extraordinario esplendor, ya que por vez primera se celebraba la fiesta del Santo Tutelar en su propio templo, después de tantos años en los que los PP. de la Compañía de Jesús se habian visto privados de hacerlo, por carecer de local acomodado al efecto.

Debíase á la caridad nunca agotada de los RR. PP. Agustinos Calzados el que en los años precedentes pudieran los PP. Jesuitas celebrar en la Iglesia de aquella respetable Orden la fiesta del Santo Fundador de la Compañía, y con laudable costumbre veníase practicando, como se practica también hoy, el que la reverenda Comunidad de San Agustín oficiase el día de San Ignacio, así como los PP. de la Compañía, cual debida correspondencia de fraternal amor, ofician el día de San Agustín en su iglesia propia. Estos mutuos servicios enlazan á maravilla con estrecho vínculo á las Comunidades religiosas existentes en Filipinas.

Varias fueron las autoridades que asistieron á la función religiosa, empezando por el Excmo. Sr. Gobernador general, D. Valeriano Weyler, quien tenía á su derecha al Excmo. Sr. Corregidor y Gobernador Civil de Manila, D. José del Perojo, Presidente del Excmo. Ayuntamiento, que asistió también bajo mazas á tan solemne acto.

Celebró de Pontifical el Illmo. Sr. Obispo de Biblios, Fr. Bernabé García Cezón, de la orden de Predicadores, asistido por Religiosos de la orden de S. Agustín, manifestándose una vez más la admirable armonía que reina en la

Iglesia de Dios, en la que, como hijos de una misma Madre, todos los Religiosos se aman como hermanos que son en Cristo.

Un inmenso gentío llenaba las naves del templo y á las ocho y cuarto empezó la Santa Misa cantàndose por segunda vez la del Maestro D. Óscar Camps.

Antes del sermón, el M. R. P. Fr. Miguel Coco, Predicador general de la Orden de San Agustín, anunció al numeroso auditorio que se disponía á escuchar su elocuente voz, que el Illmo. y Rdmo. Sr. Obispo oficiante, en nombre de su Santidad el Papa León XIII concedía al fin del mismo sermón la Indulgencia Papal y Plenaria á sus oyentes, como se aplicó después.

El panegírico pronunciado es el siguiente:



SERMÓN

PANEGÍRICO PREDICADO EN HONOR DE SAN IGNACIO DE LOYOLA



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Es obra de MANUEL FLORES, Filipino



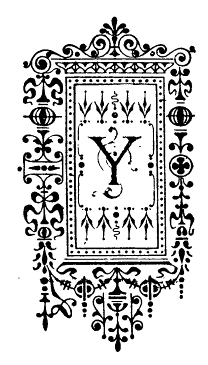
SERMÓN

panegírico en honor de San Ignacio de Loyola

Ego dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Lucæ 21-15.

Excmo. é Illmo. Sr.:

Venerables Corporaciones Religiosas:

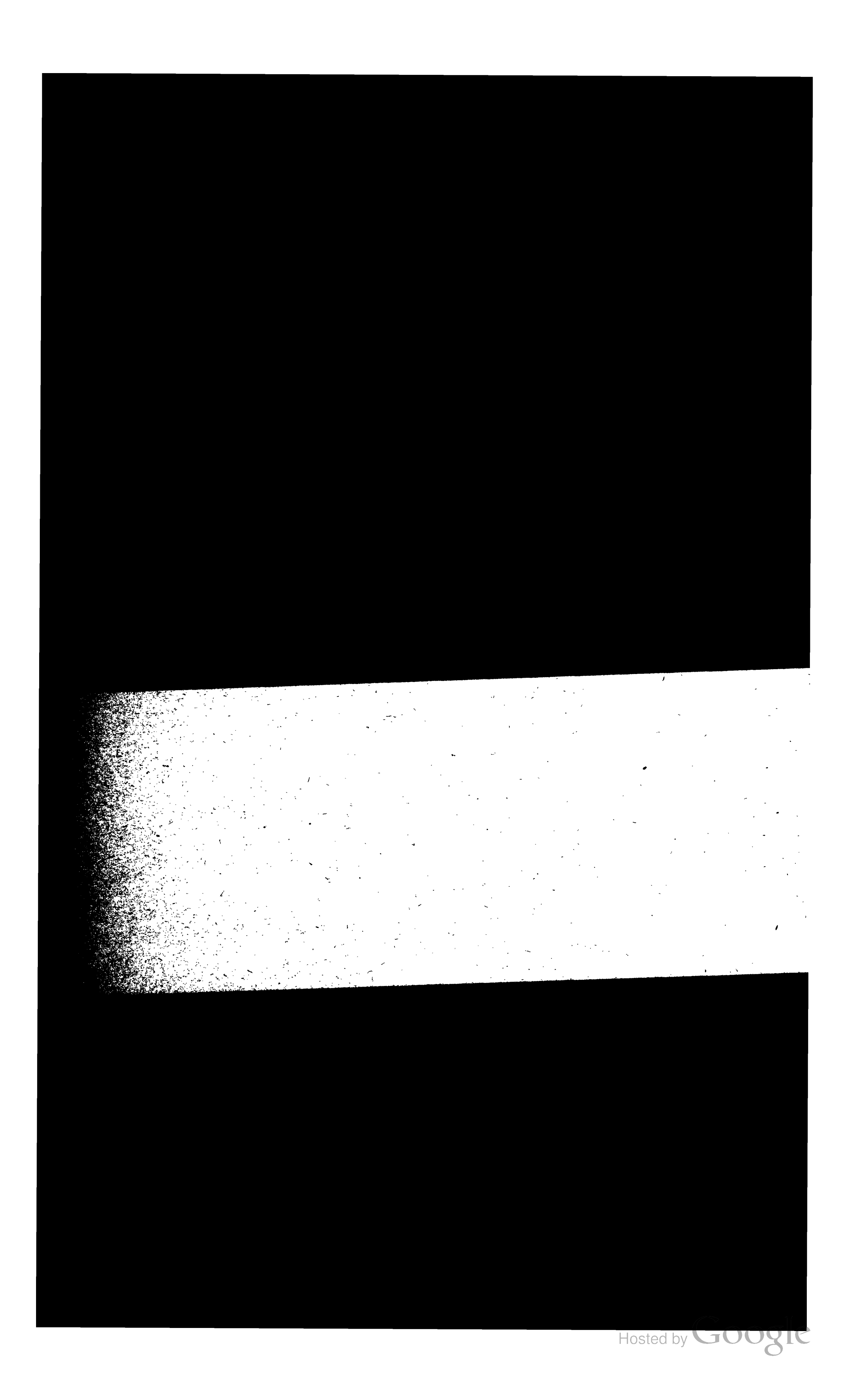


O no sé por qué, mis amados hermanos, yo no sé por qué, al subir hoy por vez primera á esta Sagrada Cátedra del Espíritu Santo y contemplar con entusiasmo nacido del fondo de mi alma este nuevo templo levantado al Dios tres veces Santo por la ínclita Compañía de Jesús, después de mil trabajos y vicisitudes sin cuento, yo no sé por qué, repito, siento dentro de mi corazón una lucha formidable de encontrados afectos. Por una parte, al contemplar esta soberbia obra del arte dedicada por la fe cristiana para alabar á Dios, siento que mi corazón se ensancha y entusiasma, y en medio de oleadas de júbilo y regocijo santos, no puedo menos de exclamar con el gran Ignacio de Lo-

yola: «Á la mayor gloria de Dios.» Por otra parte parece surgir de lo más recóndito de mi pensamiento un cuadro, negro como las sombras y fatídico, como grito abortado del Averno, que me hace temblar al preguntarme cuáles serán sus futuros destinos; si tal vez la piqueta revolucionaria, ó la tea incendiaria convertirían en un momento en humeantes escombros preciosidades del arte, acumuladas por espacio de largos años y frutos de una paciencia y celo incansables. ¡Ah Señores! Cuanto màs medito en los futuros destinos de este pedazo de tierra española, màs nublado veo su horizonte y más incierto su porvenir, y cuando el espíritu del mal hubo dado cima á sus diabólicos fines, y fueron perseguidos los Sacerdotes, desterrados unos, asesinados otros y calumniados y oprimidos todos con toda clase de vejámenes, de que es capaz el infierno, y el silencio de la noche interrumpido por la gritería de un populacho ebrio y soez, embriagado con sangre humana è iluminado este horrendo cuadro por las siniestras llamas que destruyen los conventos é iglesias, un negro è indeleble borrón cae sobre aquellas hermosas páginas, y la España aprendió bien á su costa, que no se provocan impunemente las iras del Eterno.

La historia de todos los pueblos y naciones del globo nos demuestran bien á las claras, que á medida que se han ido alejando del catolicismo, fueron decayendo de su grandeza y poderío, hasta perder su bienestar social, siendo víctimas de la anarquía y del desorden; echad una rápida ojeada por la historia de Europa y veréis bien patentizada esta verdad. Examinad también las páginas de nuestra historia y no encontrarèis otras ni más gloriosas, ni más brillantes como cuando sumisa y reverente se postraba la Nación Española ante Dios, y veía en sus ministros los lugartenientes de Jesucristo en la tierra. Pero seguid leyendo esas páginas, y veréis cómo á medida que se entibia

Advertencia.—En la linea 11 p. 122 debe haber punto final después de la palabra «porvenir;» siguiendo la lectura al apartado de la misma página que empieza, «La historia etc.» La cláusula «y cuando el espiritu del mal etc.» debe leerse después de la 3.ª linea de la página 123.



la fe, palidecen nuestras glorias, á medida que se persigue á los ministros del santuario, no se lleva á cabo ningún hecho grande ni glorioso.

Pero no vengo, Señores, á pintaros un cuadro de horrores; vengo á hablaros de San Ignacio de Loyola y de sus hijos; vengo á hablaros de esa ilustre Compañía, asombro de propios y extraños y terror de la herejía; ilustre por los trabajos, ilustre por las persecuciones, ilustre por las calumnias, ilustre por sus hombres sabios y santos, ilustre por sus indisputables glorias, ilustre, en fin, por haber sepultado la herejía protestante en el Averno de donde había salido vomitada por el padre de la mentira y rey de las revoluciones. Este es el punto que pienso desarrollar brevemente contando con vuestra benévola atención. Ayudadme etc.—*Ave María.*

Ego dabo vobis, etc.

Excmo. é Illmo. Sr.:

Venerables Corporaciones Religiosas:

Os hablaba, mis amados hermanos, momentos ha, de las páginas màs brillantes de nuestra hermosa historia, y al recordar esas páginas, viénese á la mente, casi sin darnos cuenta, el siglo XVI, nuestro siglo de oro, Señores, siglo en que fuimos grandes, cual ninguna otra nación lo ha sido después; siglo en que fuimos temidos del mundo por nuestro poderío, mirados con asombro por las demás naciones, por nuestros hombres sabios, envidiados por nuestros santos y admirados á causa de nuestras conquistas en el viejo y nuevo continente; y fuimos grandes, bien lo sabéis, por nuestra inquebrantable fe y unidad religiosa; porque los grandes pensamientos llevados á cabo por aquellos hombres extraordinarios estaban vivificados por la fe, y la

fe y la cruz eran los que dirigían nuestras conquistas, así en el orden religioso, como en el científico y material.

Lanzábase Europa en frágiles carabelas á surcar mares desconocidos, en busca de continentes é islas para llevarlas la fe y con ella la civilización; gozábase en comunicar su pujanza y lozanía á las regiones envueltas aún en las tinieblas de la barbarie y salvajismo, cuando el infierno, envidioso sin duda de nuestro bienestar y temeroso de que le arrancáramos los restos de la humanidad que aún gemían bajo su despótico dominio, arrojó sobre Europa la manzana de la discordia. Un apóstata del santuario, quebrantando con escándalo inaudito sus votos, levanta el estandarte de la rebelión y con la pasmosa velocidad con que se transmite el fuego por un reguero de pólvora, así se transmite por toda Europa aquel grito sedicioso, pudiéndose aplicar á tan aciaga época lo que San Jerónimo escribió de la suya, «*totus orbis ingemuit, et se arianum esse miratus est.*» Pertúrbase la paz social, los reinos son presa del desorden, bamboléanse los tronos, profánase el Santuario, se proclama la libertad del pensamiento, corre á torrentes la sangre humana, la Iglesia llora inconsolable tanto desastre, y la tea incendiaria y el cadalso y la hoguera vienen á completar y dar el último toque á aquel cuadro sangriento. Las fuerzas que se aprestaban para destruir la barbarie del Africa y de América, tuvieron que emplearse en luchar contra los enemigos interiores, tuvieron que adunarse para sostener la civilización y el orden social que se bamboleaban á impulsos de tan rudos ataques. Esta es la única *gloria* que tiene el Protestantismo. Pero así como España ha sido siempre la que ha llevado á cabo las más gigantescas empresas, á ella también estaba reservada la gloria de destruir el error protestante hasta sus últimos baluartes. ¿Qué es hoy y hace muchos años el Protestantismo? Está en la historia de los grandes azotes y calamidades que han

afligido á la humanidad, y nada más. ¿Quién hirió de muerte á esa hidra de siete cabezas que destruyó la paz social y que amenazaba emponzoñar con su hálito pestilente á la sociedad entera? Ignacio de Loyola y sus hijos.

Era Ignacio descendiente de una de las más ilustres cunas de Guipúzcoa y desde sus juveniles años sintióse inclinado á la noble carrera de las armas, profesión que abrazó con todo el espíritu que dominaba entonces á aquella época caballeresca. Entre los pasatiempos y devaneos propios de la edad y profesión pasó Ignacio algunos años, querido, respetado y aun temido de sus compañeros quienes conocían por experiencia el acreditado valor de Ignacio que sabía vengar las injurias con la punta de la espada. Comandante del castillo de Pamplona en 1521, sitiado á la sazón por las armas francesas, fué el pasmo de sus mismos enemigos por su valor indomable y por la fuerza de su brazo: rudos y repetidos asaltos del enemigo resistió la guarnición del castillo animada con el ejemplo de su Jefe, hasta que herido en una pierna por una bala de cañón, y siendo ya imposible la resistencia, entregóse la ciudadela al ejército invasor. No es del caso, Señores, pintaros en estos momentos los agudísimos dolores que tuvo que sufrir Ignacio en las difíciles operaciones de la cura; sufriólos Ignacio sin exhalar el más leve quejido, pruebas bien patentes que aquel corazón era tan duro como la cota con que defendía su pecho.

Obligado á guardar cama por espacio de algunas semanas pidió para esparcimiento de su ánimo algunos libros de caballería, muy en boga en su tiempo, mas no habiéndolos á la mano, le entregaron algunos libros piadosos, entre ellos la vida de nuestro Señor Jesucristo. Hojeaba Ignacio aquellos libros con indiferencia en un principio y apenas sin parar mientes en lo que leía; mas la gracia de Dios que tiene muchos caminos para atraer al hombre ha-

cia sí, hizo que empapándose poco á poco en aquella lectura, les cogiese tanto gusto y afición que eran después el mayor contentamiento y deleite de su ánimo. Vierais entonces á Ignacio, Señores, engolfarse en aquella santa lectura, á ejemplo de aquellos santos anacoretas de la Libia y del Egipto, viéraisle cómo se inflamaba su corazón y derramaba abundantes lágrimas al recordar los desvaríos de sus primeros años, y viéraisle también levantarse, cual león herido, formada ya una resolución irrevocable de abandonar el falso brillo con que el mundo ilusiona á los incautos, y dirigirse al Santuario de Monserrat á depositar sus lágrimas y suspiros en el seno de una Madre cariñosa, en el seno de la Virgen María. Limpia allí su alma en la santa piscina de la penitencia, suspende de un pilar su espada victoriosa en cien y cien batallas y al depositarla á los pies de la Madre de Dios, la dice: «con esta espada, Madre mía, he defendido á mi Dios, á mi Patria y á mi Rey: con ella he alcanzado ruidosas victorias y alto renombre y fama: mas con la espada de dos filos que Vuestro hijo y Vos me entregáis he de dominar al mundo entero». Solo, descalzo, cubierto con el raído traje de un mendigo se dirige Ignacio á la gruta de Manresa, donde sepultado, cual otro Jerónimo en la de Belén, entre penitencias y maceraciones asombrosas, entre deliquios y éxtasis divinos, recreado frecuentemente con la visita de la Madre de Dios y de su divino Hijo, escribe aquel admirable libro de los Ejercicios Espirituales que ha arrancado innumerables almas de las garras de Satanás, libro elogiado á porfía por sabios, Obispos y Pontífices; libro que no es de Ignacio, permitidme la frase, sino inspirado por el Espíritu Santo, porque es humanamente imposible que un hombre rudo é iliterato escriba uno de esos libros que con tanto acierto dirigen al alma á conseguir la perfección, libro que ha pasado á la posteridad como uno de los monumentos más gloriosos de la Iglesia Católica.

No seguiremos á Ignacio á las universidades de Barcelona, Salamanca, Alcalá y París donde alistado como estudiante y confundido con la turba de jóvenes es el objeto de sus burlas y sátiras picantes. Haré caso omiso de las persecuciones que le levantan, los unos guiados por el celo de la casa del Señor, los otros por las envidias y calumnias excitadas por el infierno que vislumbraba en Ignacio un enemigo formidable. Fijémonos únicamente en el hecho trascendentalísimo que habia de cambiar la faz de Europa, hecho importantísimo y de incalculables consecuencias, tan debatido, tan calumniado y tan defendido en el nada corto espacio de trescientos años: os hablo, Señores, de la fundación de la ilustre Compañía de Jesús. Asociado Ignacio á Pedro Fabro, Francisco Javier, Simón Rodríguez, Diego Laynez, Alfonso Salmerón y Nicolás Bobadilla, hombres todos de gran talento y reputación, echa los cimientos del grandioso edificio y el dia de la Asunción de nuestra Señora del año 1524 y sobre la tumba del Apóstol de París, pronuncian todos un voto solemne de renunciar á los bienes del mundo, sus esperanzas y porvenir y consagrarse á la conversión de los infieles y á combatir el error. Y ved aquí ya, Señores, inaugurada la nueva milicia de Cristo, el enemigo más formidable del error protestante: y al llegar á este punto, confiésoos ingenuamente que no sé qué deciros; es tal la magnitud del asunto, son tantas y tales las glorias, tales y tan grandiosos los hechos llevados á cabo, con admiración y pasmo de propios y extraños, por este santo Instituto, que me es imposible abarcarlos, aun someramente, en los estrechos límites de un discurso.

Yo le veo grande, Señores, en las prosperidades, inconmensurablemente grande en los trabajos, persecuciones y destierros; le contemplo admirable en el crecidísimo número de sus escritores, hermosísimo en sus casi incontables mártires y santos, celosísimo en las misiones esparci-

das por toda la redondez de la tierra é infatigable en la enseñanza. Yo le veo intrépido y compacto, cual aguerrido escuadrón en el campo de batalla, acometer con sin igual denuedo á las huestes enemigas y desbaratarlas; y el glorioso pendón entregado por Ignacio á sus hijos con el lema «*Á la mayor gloria de Dios*» jamás lo he visto arriado ni en poder del enemigo. Yo le veo florecer con admirable lozanía en las artes liberales, oratoria, poesía, ciencias exactas, físicas y naturales, astronomía, literatura, política, teología dogmática y moral, derecho, filosofía, geografía, descubrimientos y viajes; por cualquiera parte que lo contemplo le veo grande, Señores, admirable; le veo, en fin, regido por el dedo de Dios, en expresión de Paulo III.

Ignacio que no había temblado ante las balas enemigas tampoco se acobardó ante el crecido y poderoso número de los enemigos de Cristo; corazón nacido para la lucha no podía vivir sin ella y como creía firmísimamente en la promesa del Redentor, que las puertas del infierno jamás prevalecerían contra su Iglesia, lanzó contra la herejía protestante el más solemne reto que han conocido los siglos. Tembló, Señores, la herejía ante tan poderosos enemigos; viéronse arrollados y confundidos los protestantes en las famosas Dietas de Worms, Spira y Ratisbona, centros y focos de rebelión, por la elocuente palabra é irrebatible dialéctica de Lefevre, Bobadilla y Claudio Jayo. El furor de los protestantes llega á su colmo y amenazan con arrojar al Danubio á tan valientes defensores de la verdad si continúan defendiendo la fe católica. Tanto monta, contestan ellos con valentía y serenidad inalterables, entrar en el reino de los cielos por mar, como por tierra.

En las Iglesias de Roma déjase oir la poderosa voz de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Laynez confundiendo y extirpando la herejía en su raíz. Horrible persecución, solamente comparable en la de los Diocleciaños y Decios,

se levanta contra los católicos de Irlanda: esta isla pequeña por su territorio, pero grande é inconmensurable por la firmeza de su fe, dominada por la férrea mano de Inglaterra, contaba las víctimas á millares, la cuchilla del verdugo sacrificaba cada día nuevas víctimas; proscripciones, secuestros, degüello, ruína y desolación por todas partes eran el patrimonio de los desgraciados habitantes de Irlanda y primeros frutos de las doctrinas de los sedicientes reformadores. Un grito de dolor y angustias de muerte escapóse del pecho de aquellos católicos oprimidos en nombre de la libertad tan decantada por los Protestantes, grito que resonó en todo el orbe y que hirió profundamente las fibras del corazón de todos los católicos. Dolorosamente impresionado el Santo Pontífice confía á los hijos de Ignacio la salvación de Irlanda, y guiados por su amor y por su fe, dispuestos á derramar su sangre, se encaminan para Irlanda los PP. Pascasio, Brouet y Salmerón. Ruínas, desolación y regueros recientes de sangre, es lo que encuentran á su paso los hijos de Ignacio. Viviendo ocultos y disfrazados, como criminales perseguidos por la ley, van recorriendo la Isla; consuelan al afligido, confortan al débil, robustecen al fuerte y el corto espacio de treinta y cuatro días, Irlanda que se hallaba anonadada por persecución tan horrible yergue de nuevo su frente abatida y juran morir todos antes que abrazar el Protestantismo cuyo corifeo era Enrique VIII de infausta memoria.

Sentada la herejía en el trono de Inglaterra hizo los mismos estragos que había hecho en Irlanda; y las gradas de aquel trono manchadas con todo género de torpezas y liviandades fueron teñidas con la preciosa sangre de los PP. Campiano, Sherszin y Briand. Los sanguinarios proyectos de aquella reina, ó de aquella hiena llamada Isabel, no se aplacaron con el sacrificio de estos mártires: su ideal, su sueño dorado era protestantizar á Inglaterra, borrar has-

ta el nombre de católico; no ignoraba que los Jesuitas eran los enemigos declarados de la secta y creyendo conseguir mejor sus fines volvió á manchar sus manos con la sangre del P. Tomás Cóttam y otros compañeros.

El Concilio de Trento lanza sus anatemas contra el Protestantismo que difundía sus errores con la espada, á ejemplo de Mahoma, y cimentaba su herejía sobre los escombros humeantes de las ciudades destruídas y escribía sus libros mojando la pluma en sangre humana. ¡Qué extraño es, Señores, que se caigan de las manos los infames libros de Lutero, Calvino y Melanchtón, y que la vergüenza coloree nuestras mejillas al leer aquellos dicterios impropios aún de los lugares más abominables y más impropios todavía en los que pretendían reformar la Iglesia Romana! También en esta solemne Asamblea donde estaban reunidos todos los mejores talentos y los hombres más sabios y eruditos del orbe, déjase oir la elocuente palabra de los Laynez y Salmerones, y sus discursos los ha heredado la posteridad como uno de los monumentos que cantan las glorias de los hijos de Ignacio. No puedo menos de recordar, Señores, aquella sesión famosa en que se trataba del Dogma de la Eucaristía contra los Protestantes: en medio de aquel religioso silencio que presidía á aquella venerable Asamblea donde estaba representada la cristiandad por más de trescientos obispos, levántase el P. Laynez y con admiración y aplauso de tantos sabios, prueba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, aduciendo en pro de su tesis los testimonios de treinta y tres PP. y DD. de la Iglesia; cosa tanto más digna de admiración cuanto que la imprenta aún no había propagado los libros con la profusión que lo ha hecho en siglos posteriores. Tampoco pasaré en silencio aquella célebre decisión del Concilio en que suspende las sesiones, porque el P. Laynez, agobiado sin duda por las fatigas y trabajos, había enfermado, esperando á reanu-

darlas hasta que se restableciese su salud. Tal era sin duda lo que importaba al Concilio la presencia del P. Laynez: «Los PP. Laynez y Salmerón, escribía el dominicano Fos»carari, obispo de Módena, hombre sabio é ilustrado y »Maestro del Sacro Palacio, han hablado contra los Lute»ranos sobre la Eucaristía con tanta elocuencia, que me re»puto feliz de poder vivir algún tiempo en compañía de »estos doctos y santos padres.» (1)

Tal era, Señores, la opinión que de esta benemérita Compañía tenían ya los sabios del siglo XVI: por eso es muy cierta aquella tan conocida frase—«La Compañía de Jesús no tuvo infancia»—porque desde los principios de su fundación asombró al mundo con sus hombres sabios y por la valentía con que defendió los fueros de la Iglesia Católica conculcados por el Protestantismo, borrón y vergüenza de su siglo y anacronismo del nuestro. Ved, pues, cómo ese naciente Instituto arrolla el error en Italia, Francia, Alemania, los Países-Bajos é Inglaterra; allí donde se levanta un Pastor protestante, surge también como evocado por el Espíritu de Dios, un hijo de Ignacio. *Ego dabo vobis os, et sapientiam, etc.*

El Protestantismo hacía alarde de erudición y de saber, y los más famosos herejes difundían sus errores por toda Europa, merced á los adelantos de la imprenta: las sagradas escrituras, los Santos Padres eran interpretados en sentido anticatólico, las lenguas sabias eran citadas como apoyo de sus falsas teorías y errores; era, pues, necesario salir á la palestra y combatirles con las mismas armas con que ellos combatían la verdad católica, y los hijos de Ignacio saltan intrépidos á la arena, donde ufano el adversario creía no tener rival y con mejor templadas armas le vencen en des-

(1) Cretineau Joli. «Historia de la Compañía de Jesús.» Tom. 1.º pág. 201.

cubierta y franca lid, y le obligan á declararse en vergonzosa derrota. Suárez, Bellarmino, Petavio, Toledo, Maldonado, Vázquez, Cornelio á Lápide y otros mil y mil deshacen con habilidad pasmosa los falacias protestantes; no hay argumento que no quede triturado por la ciencia de aquellos hombres suscitados por Dios, en frase de Paulo III, para destruir el Protestantismo y para dar días de gloria á la Iglesia de Cristo, cumpliéndose aquí las palabras del Evangelio que me han servido de tema: *Ego dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Lucæ 21-15.*

No es mi intento, Señores, amenguar aquí en lo más mínimo las glorias de las demás corporaciones religiosas que estuvieron también á la altura de su misión sirviendo muchos de sus hijos de hostia propiciatoria para aplacar al Eterno justamente irritado por la prevaricación de las naciones, hostias inmoladas por los herejes que hacían resonar en todos los ámbitos del mundo el tan conocido lema de «libertad é independencia religiosa.» De las órdenes religiosas de Santo Domingo, San Francisco, Carmelitas y de San Agustín salieron multitud de religiosos, que asombrados de los progresos que hacía el error, recorrieron toda Europa, predicando la divina palabra, administrando los santos sacramentos, defendiendo la doctrina católica contra los herejes sosteniendo en la fe al que vacilaba, y haciendo volver al redil de Cristo á innumerables ovejas descarriadas. No me detendré á citaros los nombres de tantos sabios y santos que en aquellos días de luto y trastornos alcanzaron alto y merecido renombre en la lucha entablada entre el cielo y el infierno: no es mi intento, bien lo sabéis, cantar las glorias de las órdenes religiosas; venía á hablaros de Ignacio de Loyola y de sus ilustres hijos, venía á cantaros las proezas de un compatriota nuestro, cuya fama ha llenado los siglos y cuyo espíritu vive aún en sus

hijos después de tres cientos años. ¿Quién será capaz de enarrar sus proezas?

Tal vez, mis amados hermanos, me tachéis de exagerado en mis afirmaciones; pero creedme, voy á terminar y nada he dicho de la Compañía de Jesús; nada os he dicho de sus hombres ilustres en ciencia y santidad, nada de sus trabajos apostólicos, nada de su celo por la dirección de la juventud cimentándola en los principios religiosos y ortodoxos, nada de su influencia religiosa, política y social, nada, en una palabra, de lo que es la Compañía de Jesús; de ese baluarte incontrastable del dogma católico, defensora egregia del Pontífice Romano, y enemigo acérrimo y formidable del Protestantismo y de todo error.

Las naciones conocieron que la influencia y poderío de la Compañía de Jesús se oponían á sus planes revolucionarios y trataron de hacerla desaparecer de la faz de la tierra; bajo la dorada especie que era enemiga de la paz y bienestar social trabajaron por destruirla; creían ¡insensatos! que el Solio Pontificio se derrumbaría al quitarle una de sus más firmes columnas y la hicieron comer el pan de la expatriación; y la Compañía de Jesús sucumbió; pero como sucumbe un héroe, murió sin agonía, como muere un mártir. Cayó, en fin, Señores, como cae robusto y secular árbol herido por el rayo en deshecha tormenta; y cayeron también del mismo modo las demás corporaciones religiosas: el error no las pudo vencer con las armas de su ciencia mentida y las asesinó, escalando las gradas del poder y entronizándose en el solio de los Reyes, y arrebatando el cetro de los Césares; y faltó, Señores, el robusto dique que contuviera el desbordamiento de las pasiones y del error, y triunfó la revolución, y cayeron hechos astillas los tronos mejor cimentados, y rodaron por el lodo las coronas, y las cabezas de los Reyes puestas en la picota para ser el escarnio de un populacho soez, y corrió á torrentes la sangre humana

para saciar á la bestia feroz, y para que nada faltase á aquel cuadro de horrores, la tea incendiaria iluminaba con rojizos y siniestros resplandores, tantos ríos de sangre, tanta desolación, tan tremenda hecatombe: no hablo yo, Señores, habla la historia. La Europa aprendió entonces, como os decía en un principio, esta gran verdad «no se provocan impunemente las iras del Eterno.»

Pero esta verdad terrible que pone espanto y miedo en el corazón más duro, ó se ignora en este inexperto país, ó se quiere sin duda probar por experiencia. También aquí el error ha principiado á dar sus frutos; el error es el mismo en todas partes; si allá engendró revoluciones y éstas dieron por resultado lágrimas, luto, anarquía, esos mismos frutos tiene que dar aquí por legítima consecuencia. Y yo, Señores, y conmigo toda persona instruida en la historia, y de corazón sano, yo, Señores, preveo también en estas Islas las mismas calamidades. ¿Así lo quieres, pueblo, que me escuchas?

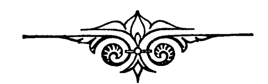
No lo permita Dios; porque de lo contrario cayera sobre tu corazón como plomo derretido esta gran verdad confirmada por la Historia «no se provocan impunemente las iras del Eterno.»

Ilustres hijos de Ignacio de Loyola: permitidme que en nombre de nuestra Religión augusta, en nombre de la Cristiandad entera, en nombre de esta católica ciudad de Manila, en nombre, en fin, de las corporaciones religiosas, os tribute un himno de alabanzas por la feliz terminación de vuestra bellísima iglesia. Esculpid en lo más visible de ella vuestro santo lema «A la mayor gloria de Dios.» ¿Sabéis para qué? Para que sea la primera piedra que destruya la impiedad enemiga de Dios y de sus Cristos; para que al arrancar esa piedra, símbolo de la paz de estos pueblos, arranquen también de raíz su bienestar y ventura.

Ilustre Compañía de Jesús, Venerables Corporaciones

religiosas; avezadas estáis á la lucha; para eso habéis sido instituídas, no os arredréis, pues. Con vuestra sangre amasó el gentilismo de estas comarcas el pedestal que sostiene la Cruz, y el error moderno tal vez quiera humedecer con vuestra sangre ese mismo pedestal para destruirlo más fácilmente, ¡que se cumplan los designios de Dios! Que el Señor por la intercesión de nuestros Santos Patiarcas y en especial por el Santo que hoy honramos, nos den fuerzas para luchar contra el error hasta vencer ó morir y alcanzar el premio de nuestros trabajos en la vida eterna. Amén.

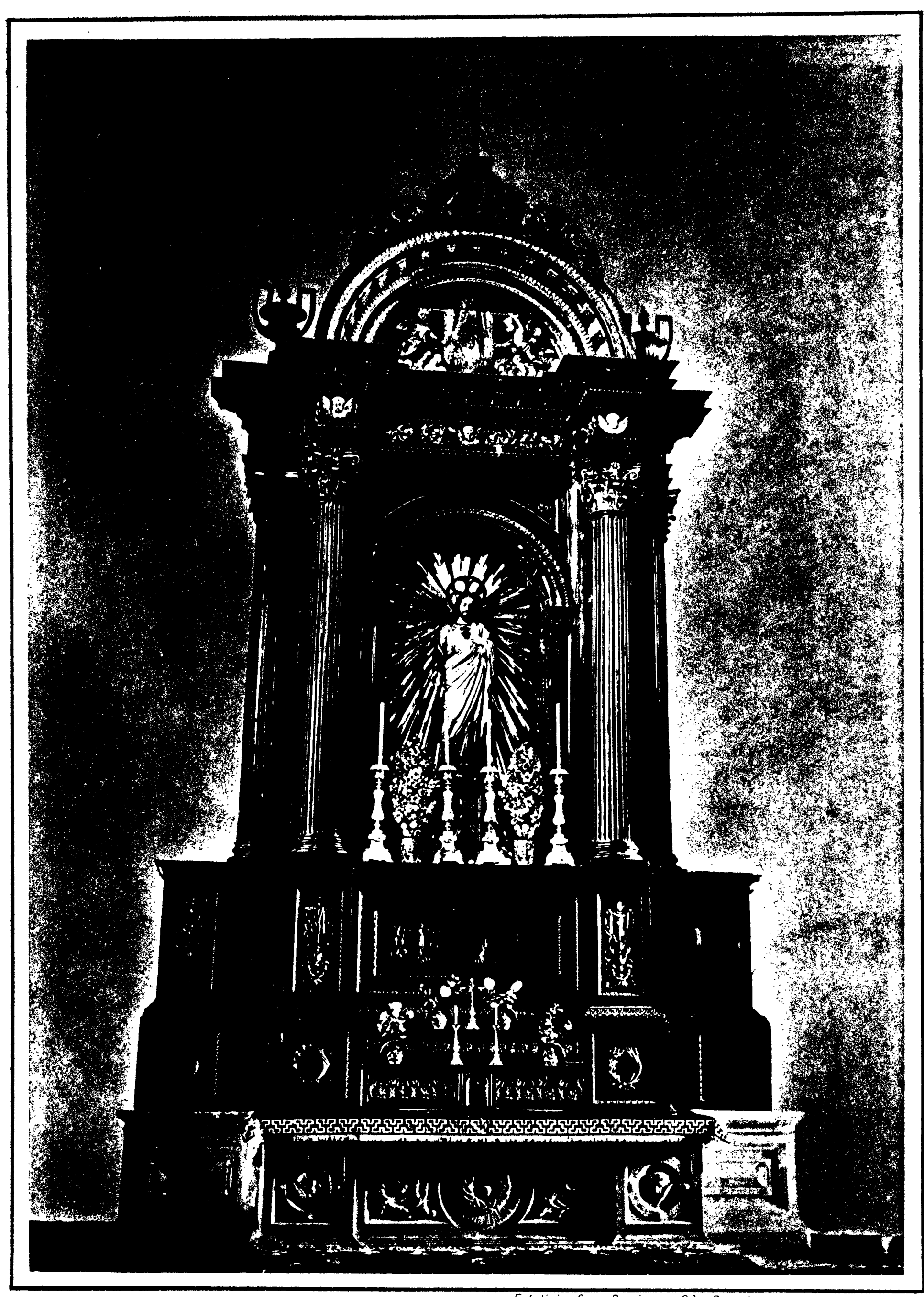
Fr. Miguel Coco.



Por la tarde de este día 31, á las seis y media comenzó la función con exposición de S. D. M. oficiando en ella la Comunidad de RR. PP. de San Vicente de Paúl. Estaba consagrada dicha función al hacimiento de gracias por los singulares favores que el Señor había concedido á la Compañía de Jesús, y particularmente á la Misión que existe en Filipinas. La inauguración del nuevo templo era un verdadero acontecimiento religioso, que unido á las fiestas de Beatificación y Canonización de varios de sus Hermanos exigía una manifestación eucarística especial.

Cantóse en primer lugar un Trisagio del maestro D. Blas Echegoyen, que al efecto había compuesto. El carácter grandioso á la par que místico impreso por el autor á su composición, hizo que fuese del agrado general. Terminado éste, subió al púlpito el R. P. Rafael Iglesias, quien tuvo pendiente de sus labios al auditorio por el siguiente sermón de acción de gracias.

SERMÓN
DE ACCIÓN DE GRACIAS



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

ALTAR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,

EN EL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, DE MANILA

SERMÓN

de acción de gracias

Seipsum tradidit.... ut sanctificaret.... et exhiberet ipse gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam aut rugam. Ad Ephesios. c. 5. v. 25, 26 et 27.

AL presenciar las espléndidas manifestaciones del culto católico, las magníficas y brillantes solemnidades que en este nuevo templo se han celebrado estos días, al vibrar en mis oídos los vigorosos acentos con que elocuentes y sabios oradores han cantado las glorias del Señor reflejadas en sus siervos; al contemplar, sobre todo, los venerandos y sagrados objetos á que se han ordenado tan solemnes cultos, emociones á cual más gratas y consoladoras á la vez que hondamente religiosas embargaban el ánimo impulsándole con vehemencia á alabar y bendecir al Altísimo que nos proporciona tan abundantes consuelos, que de manera tan sorprendente y maravillosa hace participantes á sus criaturas de sus inefables perfecciones á la vez que rodea á su Iglesia de vivísimos resplandores y la circunda de muy esclarecida gloria.

La amada esposa del Verbo de Dios humanado ha realzado con nuevos y nobilísimos encantos la belleza que la adorna; el jardín de las delicias del Eterno ha producido nuevas fragantísimas plantas; el cielo de la gloria de Dios ha sido enriquecido con brillantes y esplendorosos astros; la Iglesia católica ha acrecentado admirablemente sus glorias; la ínclita Compañía de Jesús, ese monumento grandioso del genio, de la sabiduría y del celo de San Ignacio; ese compacto y aguerrido ejército de esforzados campeones que bajo la más severa disciplina acuden con prontitud doquier la Iglesia sufre mayores ataques y combaten animosamente con el enemigo hasta dejarle tendido en el campo; esa orden ilustre que la Providencia sacó del abismo de sus tesoros para oponerla cual muralla impenetrable á la monstruosa y colosal herejía llamada *la Reforma* y á todos sus derivaciones, ha adquirido nuevo lustre, ha conquistado nuevos laureles, ha añadido nuevos esplendorosos blasones á sus antiguos preclarísimos timbres, ha aumentado el ya crecido catálogo de sus Santos; los fieles todos cuentan con nuevos ilustres modelos de perfección cristiana acomodados á todos los estados, edades y condiciones y con poderosos intercesores en el cielo; y por último, Manila, la religiosa Manila, posee un nuevo preciosísimo templo, verdadera joya del arte cristiano donde puede elevar al cielo sus oraciones y recibir las bondades que el Eterno reparte á los hombres. Muy justos son por lo tanto los trasportes de júbilo, de alegría y de regocijo á que se entregan los hijos de esta capital. ¡Mil plácemes á los ilustres hijos de San Ignacio, pues ven felizmente coronados los esfuerzos empleados en la construcción de este bello templo, sellado ya con el augusto nombre de Dios, santificado para la celebración de los augustos misterios y bajo cuyos ricos artesonados se oyen resonar las alabanzas divinas! ¡Mil parabienes, pues, ver á algunos de los que aquí bajo fueron sus

hermanos circundados recientemente del glorioso nimbo de la santidad y expuestos à la veneración del orbe católico!

El Beato Edmundo Campiano y sus compañeros, invictos atletas de la fe católica, víctimas del furor anglicano; el estàtico San Alfonso Rodríguez, amante apasionado de la Reina de los Ángeles y favorecido con extraordinarios dones; la flor fragantísima de candor y de inocencia, el angelical San Juan Berchmans, digno émulo de los Luises y de los Estanislaos; y por último San Pedro Claver, el Apóstol de los infelices Negros, portento de caridad, de abnegación y de celo; ¡qué glorias tan puras para el Catolicismo siempre fecundo en hombres providenciales, en héroes de virtud y santidad! ¡Con qué resplandores tan vivos realzan el mérito de esa santa Orden en cuyos puros y cristalinos manantiales bebieron tan heroica virtud! Ellos son el elogio màs cumplido y el panegírico màs acabado de su insigne Patriarca San Ignacio, y dan nuevo brillo á su corona de gloria. Ellos forman un himno augusto y un càntico sublime á la divinidad; porque si el cielo con los innumerables astros que le esmaltan, si la tierra con sus ricas y variadas producciones, si el mar con su inmensidad y los infinitos tesoros que guarda en sus abismos, si, en suma, todas las obras de la naturaleza anuncian la gloria del Criador y predican sus inefables perfecciones; las obras misteriosas de la gracia, que son los Santos, que ocupan un lugar distinguido en los designios de la Providencia, esas obras primorosas del mundo sobrenatural celebran las grandezas y glorias del Señor de una manera màs elocuente y maravillosa.

Después de los profundos y bien ordenados conceptos adornados con toda la gala de la elocuencia más arrebatadora con que os han presentado las perfecciones de Dios reflejadas en sus Santos; después de las sublimes pinceladas con que os han pintado el relevante mérito de la corporación que los ha producido, nada nuevo puede inventar mi muy

alcanzada inteligencia. Mas puesto que por precisión he de decir palabras de agradecimiento á Dios por tan señalados beneficios, propondré á vuestra consideración de antemano *la fecundidad inagotable, fecundidad de la Iglesia católica en todo género de virtudes la cual es una prueba de su origen divino.*

I

Sería punto menos que imposible reducir á cálculo y apreciar debidamente las riquezas y preciosidades que el Salomón celestial ha depositado en la Iglesia que es la casa del Dios vivo, ni la suntuosidad y munificencia en que el sapientísimo arquitecto ha construído esa ciudad santa, ni los adornos con que el que es imagen perfectísima de la hermosura del Padre y espejo sin mancilla de la divinidad ha embellecido á esa su amada esposa, ni, en fin, ponderar las glorias y preeminencias de que Jesucristo rodeó á su Iglesia. Empero el motivo de estas solemnidades me impulsa á fijar con preferencia la consideración sobre la fulgentísima diadema de pureza y santidad que ciñe su frente inmaculada y sobre la preciosísima vestidura de inocencia y de justicia que la cubre: *Induit me vestimentis salutis et indumento justitiae circumdedit me.*

Se entregó á sí mismo el Redentor divino para redimirnos de toda culpa, limpiarnos de toda mancha y purificar para á un pueblo aceptable seguidor de buenas obras, dice el Apóstol. Padeció y derramó su sangre para santificar su Iglesia, llenarla de gloria, formarla toda pura é inmaculada sin defecto ni lunar, según el mismo Apóstol. Siendo su autor el Dios tres veces santo, había de ser la más elevada manifestación de la santidad infinita como lo es del poder, de la sabiduría y del amor infinitos. Paraíso de delicias del segundo Adán, cuerpo místico del Salvador divino, nada puede haber en ella que no respire pureza y santidad inefa-

bles. Santa es, pues, la Iglesia, por ser Santa su cabeza que es el Dios de la santidad; santo su corazón que es el Espíritu del Señor; santa su doctrina que no contiene nada que sea falso, nada que no se ordene á la perfección de sus hijos, nada que sea indigno de Dios y del hombre; santo su sacrificio y sus sacramentos fuentes inagotables de santidad; y santa porque produce héroes de santidad los cuales opone á las monstruosidades del vicio, y propone á los fieles como ilustres modelos.

Esta fecundidad de la Iglesia es una de sus prerogativas más gloriosas y un carácter que la distingue eminentemente de las sectas apellidadas cristianas. Este tronco siempre vivo y nutrido de una savia regeneradora no puede envejecer, su lozanía y su belleza son inmarchitables. El olivo silvestre, dice el Apóstol, está ingertado en él y las ramas naturales separadas de la raíz no pueden producir sino frutos de corrupción y de muerte. Si el Paraíso antes de perderse por la culpa era un ameno y delicioso jardín, la Iglesia que es el Paraíso reconquistado habia de ser incomparablemente más bella por la abundancia de virtudes. Y ciertamente, si registramos sus gloriosos fastos, si echamos una ojeada sobre sus ilustres anales, si le seguimos en su marcha majestuosa á través de los siglos, quedará asombrado nuestro ánimo ante la innumerable multitud de justos que se presentarán á nuestra vista publicando altamente la prodigiosa santidad y fecundidad de la Iglesia. Desfilarán ante nuestros ojos legiones interminables de gloriosos mártires que con invicta fortaleza sufrieron crueles suplicios y los más atroces tormentos por no hacer traición á su Dios ni contaminar su conciencia; inmensas turbas de ilustres confesores quienes en medio del egoísmo, del orgullo y de la inmunda corrupción del mundo practicaron las más sublimes y heroicas virtudes; muchedumbres infinitas de esclarecidas vírgenes que triunfaron de las asechanzas de una carne co-

rrompida y vivieron cual si fueran puros espíritus desligados de materia; ejércitos sin cuento de gloriosos doctores, de penitentes, de anacoretas, de almas santas, en fin, que forman á la Iglesia una brillantísima corona, con su eterna alegría y la enaltecen sobre toda ponderación y alabanza.

Cuando Jesucristo vino al mundo, la verdadera virtud hallábase desterrada de él; no era sino un vasto y estéril desierto que no producía otra cosa que espinas y abrojos. Es verdad que á largos intérvalos se presentó alguna que otra alma privilegiada, de costumbres al parecer austeras y que hacía profesión de máximas las más severas; empero ¡cuán raras fueron éstas! sus virtudes las más alabadas, sus acciones las más extraordinarias puestas al lado de las que después inspiró y vulgarizó el cristianismo hubieran parecido verdaderos vicios, pues por lo general no tenían otro origen ni otro blanco que el fausto, el orgullo y la vanidad. La generalidad de los hombres hallábanse sumidos en la más profunda degradación y encenegados en los vicios más groseros y repugnantes. Toda carne, como en los tiempos diluvianos había corrompido sus caminos. El árbol del mal arraigándose y agrandándose en el vaso impuro de la idolatría había dado todos sus frutos. Empero tan pronto como apareció el Sol de la justicia, así que de Jesucristo brotó un caudaloso río de santidad y de gracia, cuyas aguas esparció la Iglesia por toda la tierra, ésta, de yermo y estéril desierto que antes era, se convirtió en ameno y fecundo jardín, en hermoso vergel de flores las más exquisitas y variadas. ¡Vano empeño! ¿Podéis contar las estrellas que el Hacedor Supremo ha puesto en el firmamento, ó los granos de arena que se hallan en las orillas del mar? Pues también es imposible contar los frutos de virtud y santidad que la Iglesia ha producido, ni los santos de toda tribu, lengua y nación que ha enviado al cielo; ni medir la cadena de justos que se dan la mano de genera-

ción en generación. No ha habido siglo tan bárbaro y corrompido, ni tierra tan estéril que no haya producido innumerables ejemplos de edificación. Sempiterno agradecimiento debe la humanidad á la Iglesia, pues con los santos por ella formados, modelos seguros y perfectos de la vida cristiana, libros en donde se encuentran lecciones sublimes de moralidad y heroismo, astros refulgentes á favor de cuyas luces podemos desvanecer las tinieblas que forman las pasiones y la corrupción del mundo. En estos tiempos en que las verdades han sido disminuidas entre los hijos de los hombres, en que hay tanta escasez de convicciones y la fe se halla tan debilitada, en que la materia impera sobre el espiritu y las miradas de los hombres no alcanzan más allá de los sentidos, en que por último un positivismo necio, un sensualismo grosero lo invaden todo, es un beneficio singular de la Iglesia proponernos tan ilustres ejemplos de firmeza, de energía, de candor é inocencia, de desinterés, sacrificio y abstracción completa de lo terreno como nos ofrecen los hijos de la Compañía de Jesús recientemente glorificados, segun os lo han expuesto los oradores precedentes.

Como la luz purísima y sin mezcla se descompone en siete hermosísimos colores, según la naturaleza de los cuerpos que hiere el fluido luminoso; como el agua bienhechora derramada en un jardín esmaltado de flores produce efectos muy diferentes y parece metamorfosearse en cada planta, así ese rocío celestial, la gracia divina que circula por las venas del cuerpo místico del Salvador, toma las más diferentes formas, es infinita en sus operaciones, y produce esa amable y brillante variedad de virtudes que llena de gloria á la Iglesia, adorna de hermosísimos colores su resplandeciente vestidura y esmalta de perlas y preciosos diamantes la diadema de oro que ciñe su frente. Por esto vemos que no todos los santos se han santificado del mismo

modo ni señalado por las mismas virtudes. Ejemplos acomodados á todas las edades, estados y condiciones encuentran los fieles en los santos. Unos se han santificado en la mañana de la vida, otros en su ocaso; aquel ha hecho subir la santidad al trono, el otro ha llegado á la cumbre de la perfección entre los inocentes cuidados de la vida del campo; este ha conservado la integridad de costumbres en la licencia de los campamentos; aquel con sus austeridades ha condenado la delicadeza y vanidad del siglo; unos en el retiro del claustro y otros surcando los mares para llevar la luz de la fe á sus hermanos. ¡Maravillosa fecundidad de la gracia que se adapta á todos los caracteres, edades y condiciones sin perder nada de su virtud! ¡Institución sublime la Iglesia católica, siempre vigorosa y llena de vida! los años no pueden destruir su juventud porque es eterna, ni afear su belleza porque es inmarchitable; ni las pasiones y vicios de los hombres pueden contaminarla, ni las persecuciones hacerla vacilar. ¡Religión divina, siempre fecunda en todo género de bienes! fecundidad que en vano se buscará en las sectas, pues están condenadas á esterilidad perpetua por hallarse separadas de la raiz que es Jesucristo, origen de toda virtud y santidad.

II

Donde también se manifiesta muy ostensiblemente la prodigiosa vitalidad de la Iglesia y su inagotable fecundidad es en la producción de esas venerandas y santas corporaciones, llamadas órdenes ó institutos religiosos, cuyo objeto final es imitar con la mayor exactitud posible á la fragilidad humana al Hombre-Dios y realizar los sublimes consejos de perfección moral que salieron de su boca. Puede decirse que se hallan inseparablemente unidas á la Iglesia, pues si bien no constituyen su esencia y absoluta-

mente hablando puede subsistir sin ellas, brotan sin embargo de la misma natural y espontáneamente y se derivan como el arroyo del manantial que siempre corre, ó como la flor y el fruto de la planta; por manera que seria preciso arrancar de raiz el árbol, secar el caudaloso rio de donde reciben la savia, destruir la Iglesia para hacer desaparecer las órdenes religiosas.

La multitud asombrosa de ellas que han aparecido en el curso de los siglos, es una de las más preciadas glorias de la religión y forman su más brillante apología. Todos son altamente acreedores al agradecimiento de la humanidad, pues, á imitación de Jesús su modelo, pasan haciendo bien; por doquiera dejan huellas indelebles de su acción bienhechora, disminuyen las miserias y los infortunios, derraman tesoros y bendiciones y proporcionan todo género de felicidades.

Ocupa entre ellas un lugar muy distinguido esa ilustre Orden que lleva escrito en lugar principal de su bandera el nombre del Salvador y cuyo lema es la mayor gloria de Dios; esa institución que tiene la gloria de ser siempre la primera victima en las persecuciones que los modernos tiranos suscitan contra la Iglesia; que es el objeto contra el cual asestan sus golpes con preferencia las sociedades secretas por considerarla como el obstáculo más terrible á la realización de los designios concebidos en sus antros infernales; que es personificación viva de la religión hasta el punto de ser el nombre de sus hijos el tipo del más puro espíritu ortodoxo; esa ilustre orden firmísimo sostén del catolicismo, porta-estandarte de la Cruz, muralla indestructible del Pontificado y, como dice un distinguido orador español, el modo ó manera preparado por Dios en los últimos siglos para restaurar el gran cuadro de la humanidad deteriorado por la soberbia del alma y la corrupción del corazón. Destinada á defender los fueros de la Religión vio-

lentamente atacados, se presenta en el campo de la lucha con las proporciones de un coloso y las fuerzas de un gigante, y no solo logra oponer un dique insuperable al torrente devastador que amenazaba inundar la Europa en la heregía, en el libertinaje y en la anarquía, sino que le obliga á retroceder y abandonar muchos de los países invadidos. Numerosos campeones formados en ella, eminentes en virtud y santidad y poseyendo á maravilla todos los ramos del saber divino y humano se difunden por Europa, y con tal maestría y denuedo combaten, que hacen enmudecer al error insolente y desbaratan hasta en sus cimientos los planes inicuos de la incredulidad y del ateismo.

Para que la religión ocupe el honroso puesto que la pertenece no basta que el número de sus enemigos sea el menor posible y aunque sean reducidos á la fe católica; es necesario que la juventud de la cual depende el porvenir de la sociedad sea instruida en todas las ciencias de un modo perfecto y conducente á la verdad cristiana, que el pueblo creyente se mantenga firme en su fe y sea guiado con acierto por las sendas del bien, y por último que el reino de Jesucristo se establezca en todas las partes del mundo. Pues bien, todas las páginas de la historia desde la fundación de la Compañía están llenas de testimonios del celo, del valor intrépido, de la abnegación, de la perfecta disciplina que distinguió siempre á los hijos de S. Ignacio en la ejecución de esas empresas.

Proverbial se ha hecho su habilidad en la educación y enseñanza de la juventud. Lo acreditan los innumerables jóvenes que salieron de sus aulas eminentes en virtud, santidad y ciencia, que ocuparon los primeros puestos de la Iglesia y del Estado, que mantuvieron siempre en toda su pureza las enseñanzas que allí se les inculcaron, que esparcieron por todas partes los frutos de tan excelente educación; y los pueblos donde tuvo sus centros de ense-

ñanza que contaron proporcionalmente menor número de incrédulos, indiferentes é ingratos á los beneficios de Dios y de su Iglesia.

En los países donde la herejía no penetró ó no logró arraigarse, siempre se vió á los hijos de Loyola llenos de actividad, de celo y de sabiduría, ora declamando enérgicamente contra el vicio, ó descubriendo y dando la voz de alerta contra el error disfrazado, ó esponiendo con sagrada unción las verdades católicas desde la cátedra sagrada ó desde la prensa con sus escritos; ora reconciliando con Dios á los pecadores ó dirigiendo á las almas á la cumbre de la perfección cristiana; ora en las cárceles ó en los hospitales á la cabecera de los moribundos derramando sobre ellos bálsamos de consuelo. Á ninguna clase de la sociedad olvidaron, penetraron lo mismo en las chozas de los miserables que en los palacios de los príncipes; pusiéronse en contacto lo mismo con los más desvalidos que con los encumbrados magnates. Siempre se les vió promover la gloria de Dios, dilatar el reino de Jesucristo, atrayéndose el odio de los malos y recibiendo sobre su rostro la befa y la calumnia dirigidas á Jesús y á su Iglesia.

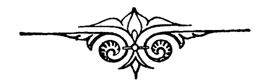
Sin hacer caso ni de los Océanos, ni de los desiertos, ni de las hambres, de las pestes, de los tormentos, ni de las cárceles, aparecieron bajo todas las formas, ya cual estudiantes, ya cual mercaderes, ora como médicos, ora como sabios, disputando, instruyendo, atrayendo el corazón de la juventud, reanimando el valor de los tímidos, enarbolando y sosteniendo, en suma, el estandarte de la Cruz. En los áridos desiertos del Asia, en los ardientes arenales del África, en las vírgenes soledades del nuevo mundo, en toda la vasta Oceanía, en los remotos hielos de los polos, en los ardores insoportables de los trópicos, en todas partes se encontraron siempre esos obreros incansables del Evangelio regando la tierra con sus sudores y muchas veces con

su sangre. Nunca se quedaron atrás cuando se trataba de promover la gloria de Dios; jamás retrocedieron por temor á las persecuciones; siempre marcharon de frente. ¿Y quién será capaz de contar el largo catálogo de santos de primera magnitud que ha enviado al cielo? Catálogo que empezando por su insigne Patriarca, y continuando por los infatigables Apóstoles, los Javieres, Borjas, Regis y Jerónimos; por los Fabros y Canisios, célebres controversistas; por los Gonzagas y Kostkas, azucenas de pureza, por los Mikis, Gottos y Kisáis, primicias de la Iglesia del Japón; por los Acebedos y compañeros que en alta mar aportaron al cielo bajo el machete de los piratas Calvinistas, llega hasta los Campianos, Rodríguez, Berchmans y Claveres? Grande fué siempre la Compañía, concluiré con un célebre escritor; sus misioneros arribaron á las playas más desconocidas; sus oradores ocuparon los primeros púlpitos, sus sabios se sentaron en todas las Academias; las Bibliotecas están llenas de libros relativos á todas las ciencias escritos por sus hijos, y de sus Santos están llenos los altares.

¡Loor y gloria á la Compañía que tanta gloria ha dado á la Iglesia y tanto bien ha hecho á la humanidad! ¡Gloria al excelso Pontífice que ha glorificado los nuevos santos; y que en prueba de aprecio la ha restablecido en los privilegios que gozaba antes de la extinción obtenida por la incredulidad del pasado siglo! ¡Gloria á la Iglesia católica, madre de tan nobles y generosos hijos; raíz de donde se derivan instituciones tan eminentes; árbol de do proceden tan preciosos y abundantes frutos! ¡Gloria á Dios, autor de todo bien y de quien procede todo don perfecto! Sí! Tú solo eres el Santo, océano insondable de santidad, que encuentras manchas en el mismo sol; Tú solo el Señor de quien pende la universidad de las cosas criadas; Tú solo el grande de quien se deriva todo poder y grandeza. *Tu solus sanctus; tu solus dominus; tu solus sanctissimus*. Digno es el Cor-

dero de recibir el poder, la fortaleza, la gloria y la divinidad, porque Él crió todas las cosas, por su voluntad fueron y subsisten; Él recibió la muerte para darnos la vida y la felicidad. A Tí, pues, con todas las criaturas que hay en el cielo, y en la tierra y debajo de la tierra y las que hay en el mar, alabamos y bendecimos y glorificamos. Y vosotros, bienaventurados siervos de Dios, que os hallais ya en el puerto de salvación, que bebéis del torrente de la felicidad, que gozáis ya la corona del triunfo, no os olvidéis de nosotros que nos hallamos en medio de muchos enemigos, expuestos á innumerables peligros, interceded por la Iglesia en cuyo seno vivisteis para que se dilate por todo el mundo; por el Romano Pontífice á fin de que bien pronto se vea libre de la opresión y tiranía de sus enemigos; por vuestros hermanos para que constantemente sigan vuestras huellas, y por todos los fieles á fin de que permanezcamos firmes en la fe que profesamos y caminando por las sendas de la virtud, consigamos tambien la corona del triunfo.....

Rafael Iglesias.



Después del sermón la R. Comunidad de PP. de la Compañía de Jesús, de roquete y bonete, con vela en las manos, presidida de doce alumnos distinguidos del Ateneo Municipal, subieron acompañando á los Diáconos y Preste que entonó el solemne *Te-Deum*. El aspecto del templo en aquel momento era imponente, aumentando su esplendor y majestad cuando después del himno Ambrosiano, el Excmo. é Illmo. Sr. D. Eugenio Nétter, Gobernador Eclesiástico del Arzobispado, revestido de capa pluvial y sustituyendo al Preste dió la solemne bendición con S. D. M.

por la que se sabía de antemano que la Santidad del Papa León XIII concedía absolución general de todos los pecados é Indulgencia Plenaria. En la reserva, un nutrido coro compuesto de los alumnos del Ateneo y de la Escuela Normal, cantó el *Tantum ergo* basado sobre las notas de un coro de la Redención de Gounod. El recogimiento que reinaba en la multitud apiñada en el templo, el sagrado cantar de la Iglesia, las columnas de incienso que se levantaban á lo alto, el toque de las campanas que anunciaban el solemne acto de la bendición tan deseada, formaba tan bello conjunto que solo las lágrimas de emoción podian expresar la que los corazones experimentaban.

La gran tradicional marcha de San Ignacio de Loyola cantada á coro por los alumnos dichos, acompañados de la numerosa orquesta, que la componían unos cien profesores, puso fin á estas fiestas que dejarán un recuerdo imperecedero en los anales de Manila.

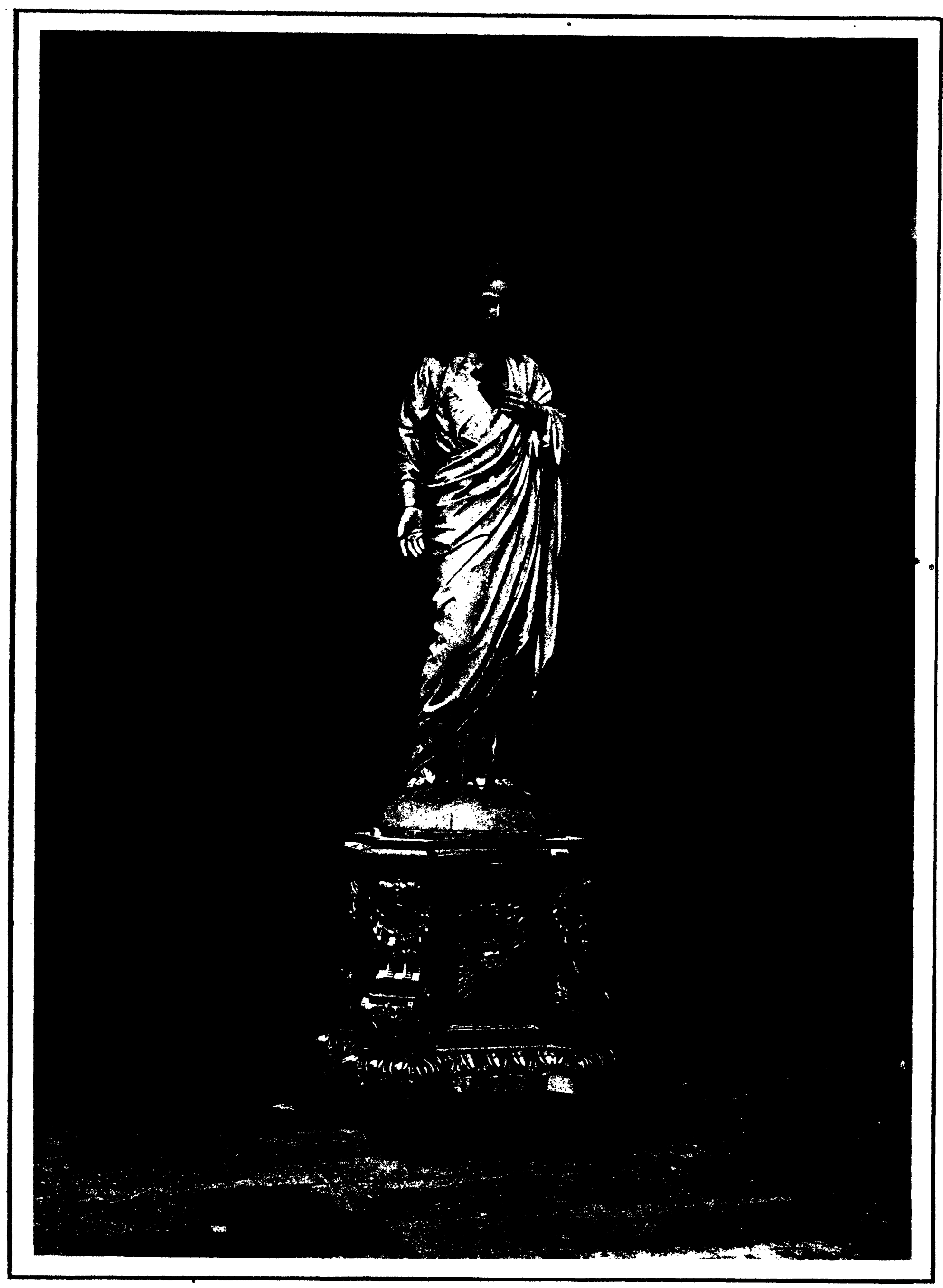
No terminaremos esta sección sin hacer notar el numeroso concurso que asistió á la Sagrada Mesa, durante los días indicados. Por haberse anunciado préviamente la concesión de la Indulgencia Plenaria que en cada uno de los días podía ganarse, si arrepentidos y confesados se acercaban los fieles á recibir el Pan Eucarístico, ascendieron á tres mil próximamente las comuniones, apesar de ser días laborables y lluviosos.

El dia 31 por la tarde, después de la función, se repartieron tres mil compendios de las vidas de los Santos Canonizados y de la del Santo Padre Ignacio, quienes desde el cielo remunerarían la ferviente piedad del pueblo de Manila, el cual en esta ocasión, como en otras muchas, ha dado relevantes pruebas de amor á Dios y á la Iglesia Católica.

Sección de Festejos

20

Hosted by Google



Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª—Barcelona

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Es obra de MANUEL FLORES, filipino



Sección de Festejos

DÍA 27

Dedicado á los BB. MM. de Inglaterra.

LLEGADA la noche de este día y después de los repiques de campanas que se repitieron durante las fiestas, una hermosa iluminación de faroles y vasos de color adornaba la fachada de la Casa-Misión y Ateneo Municipal, contiguos á la nueva Iglesia. Los vecinos de la calle del Arzobispo en donde estaba situada, manifestaron sus simpatías de una manera igual, iluminando sus casas y colocando colgaduras en sus balcones. El decorado exterior del templo fué sencillo y severo: el medio punto de la puerta principal se cubrió con un hermoso trasparente representando á los cinco Santos

Mártires, debido al pincel del Sr. Martínez: otros dos estaban sobre las puertas laterales y en el de la derecha se leía la siguiente inscripción latina:

GAUDE
POPULE · FIDELIS
OB · MAGNA · LEONIS · XIII · ORACULO
PERFECTIONIS · CHRISTIANAE · PROPOSITA · EXEMPLA
APOSTOLATU · REGULARI · OBSERVANTIA · ET · HUMILITATE
TRIUM · SANCTITATIS · HEROUM
PETRI · CLAVER · JOANNIS · BERCKMANS · ET · ALPHONSI · RODRIGUEZ
SANCTORUM · FASTIS · NUPER · ADSCRIPTI

En el de la izquierda leíase la inscripción castellana que decía:

SALVE
ESPOSA · DEL · CORDERO · SIN · MANCILLA
EDMUNDO · CAMPIÓN · Y · COMPAÑEROS · MÁRTIRES
Á · QUIENES · TRIBUTAS · POR · VEZ · PRIMERA
LOS · HONORES · DE · TUS · HÉROES · EN · VIRTUD · Y · SABER
SON · LUSTRE · Y · ESPLENDOR · DE · TU · SOLIO · PONTIFICIO
DERRAMANDO · SU · NOBLE · SANGRE
EN · DEFENSA · DE · TU · FE · VERDADERA · Y · DE · TU · PRIMADO

En las tres ventanas que dan luz al coro, se habian colocado otros tres trasparentes: en la del centro el de S. Pedro Claver, Apóstol de los Negros, obra del Sr. Barcelón: á su derecha el patrón de la juventud, S. Juan Berckmans, pintado por el joven Sr. Guerrero; y á su izquierda el Santo Portero de Montesión, Alfonso Rodriguez, ejecutado por el Sr. Rivera.

La banda del Regimiento Peninsular de Artillería debía amenizar la velada de este día, pero no pudiéndolo verifi-

car á causa de la copiosa lluvia que caía, trasladóse á los patios del Ateneo en donde con delicados acordes entretuvo á los jóvenes alumnos del establecimiento.

Un potente foco de luz eléctrica iluminó en estos cinco días la fachada del nuevo templo, cuya claridad difundiéndose á lo largo de la calle del Arzobispo la trocaba en pleno día. Dos potentes màquinas motores con sus aparatos eléctricos se habían preparado de antemano en el interior del edificio de la Casa-Misión, uno de los cuales alimentaba el foco exterior y otro el interior colocado en los patios del colegio.

DÍA 28

Dedicado á S. Alfonso Rodríguez

Con elegante programa, impreso y litografiado por D. Manuel Pérez, hijo, habíase invitado á las Autoridades, Corporaciones Religiosas de Manila y á numerosas familias de los alumnos, á la Academia Literaria que en honor de los BB. MM. de Inglaterra debía celebrarse. En la portada del mismo programa y después del título general «*El Protestantismo y el P. Campiano en Inglaterra*», figuraba una elegante viñeta, de primorosa litografía en la que se destacaban sobre el cadalso las figuras de los cinco gloriosos héroes que iban á dar su vida por Cristo. A lo lejos se divisaba la Torre de Londres y el conjunto estaba sembrado de escudos y trofeos alegóricos, así del poder de Inglaterra como de la santidad de la Religión católica.

Seguíase la dedicatoria en estos términos:

CORONA POÉTICA
QUE
A LOS BB. MM. INGLESES S. J.
PP. EDMUNDO CAMPIANO
ALEJANDRO BRIANT, TOMAS WOODHOUSE
TOMAS CÓTTAM Y JUAN NELSON
DEDICAN
LOS ALUMNOS DEL ATENEO MUNICIPAL
EL DIA 28 DE JULIO DE 1889
A LAS 6 DE LA TARDE

INTRODUCCIÓN

DISCURSO PRELIMINAR compuesto y leído por D. Vicente Ilustre.

MARCHA DE LAS ANTORCHAS, núm. 2, por Meyerbeer.

PRIMERA PARTE

EL PROTESTANTISMO

LA HIDRA DEL SIGLO XVI.—Terribles estragos del protestantismo en Europa. *Polímetro castellano* compuesto y declamado por D. Juan Miciano.

LA CAÍDA.—Inglaterra, arrastrada por Enrique VIII, se aparta de la Iglesia Romana. *Canción elegíaca* compuesta por D. Luis Luna y declamada por D. Agustín Seva.

PRIMERAS VÍCTIMAS.—El ilustre canciller Tomás Moro condenado á muerte por Enrique VIII. *Diálogo castellano* compuesto por D. Arsenio Clímaco y declamado por los señores D. Rafael Ortega y D. Manuel Bravo.

EL RAYO DEL VATICANO.—Heridos los sectarios con la ex-

comunión, derraman por todas partes el veneno de la herejía. *Oda francesa* compuesta por D. José Ledesma y declamada por D. Manuel Abello.

El conciliábulo de Londres.—Las cortes de Inglaterra rechazan la bula de Pío V. *Escena lírica:* Sres. D. Juan Matías, D. José Vañó, D. Leonardo Osorio y D. Joaquín Ledesma. Coro. Música de D. Simplicio Solís.

La Reina mártir.—María Stuard sacrificada al furor de la herejía. *Narración épica castellana* compuesta por D. Fernando Guerrero y declamada por D. Ramiro Cavestany.

Fraudes farisaicos.—Astucias y mañas de los herejes para sorprender y seducir á los católicos. *Exámetros griegos* compuestos por D. José Ledesma y declamados por D. Juan Matías.

La torre de Londres.—Horrores y tormentos á que eran condenados los católicos que perseveraban fieles á Roma. *Silva castellana* compuesta y declamada por D. Vicente Ilustre.

María Stuard.—Meditación para piano, armonium, violín y violoncello, por Niedermeyer.

SEGUNDA PARTE

CAMPIANO

El apóstol de Inglaterra.—Elección del P. Edmundo Campiano para hacer frente á la reforma anglicana. *Oda inglesa* declamada por D. Gregorio Basa.

Á los pies del Papa.—Campiano antes de partir á Inglaterra recibe la bendición de Gregorio XIII. *Alejandrinos castellanos* compuestos y declamados por D. Agustín Seva.

Á orillas del Támesis.—Con la llegada de Campiano á Inglaterra se reanima el fervor y entusiasmo de los cató-

licos. *Melodrama.* Sres. D. Jesús Vañó, D. Máximo Rodríguez y D. León Novella. Música de D. José Espí.

EL MARTILLO DE LA HEREJÍA.—Celo incansable del P. Campiano y victorias que de los herejes reporta. *Alcaica latina* compuesta y declamada por D. Joaquín Ledesma.

EL NUEVO JUDAS.—El pérfido Eliot prende traidoramente al P. Campiano en el castillo de Lyford y lo entrega á sus enemigos. *Leyenda castellana* compuesta y declamada por D. Juan Aquiles R. de Luzuriaga.

LA TENTACIÓN.—Postreros esfuerzos de los herejes para seducir y atraer á su secta al P. Campiano. *Rasgo dramático* declamado por los Sres. D. Agustín Seva, D. José Ledesma, D. Ireneo de Guzmán, D. José Florentino, D. Jerónimo Cavestany y D. Gregorio Agoncillo.

LA VOZ DEL MÁRTIR.—Campiano desde el cadalso exhorta á los católicos á perseverar en la fe romana. *Cuartetos castellanos* compuestos y declamados por D. Miguel Gutiérrez.

LA APOTEOSIS.—Gloria de Campiano y de sus Compañeros mártires. *Oda pindárica castellana* compuesta y declamada por D. Juan Miciano.

CREDO IN UNAM SANCTAM, CATHOLICAM ET APOSTOLICAM ECCLESIAM.—Coro apostólico de la *Redención* de Gounod ejecutado por los Sres. Colegiales con acompañamiento de orquesta.

La distinguida concurrencia presidida por el Excmo. Sr. Gobernador General, que llenaba el espacioso salón de actos del Ateneo Municipal, honró con sus aplausos á la mayor parte de los alumnos internos y externos á cuyo mérito estaba encomendada la ejecución.

Después del acto literario, la banda del Regimiento número 3, ejecutó piezas escogidas en el atrio de la nueva

Iglesia, que, como la noche anterior, lucía la misma iluminación, á la par que de los edificios contiguos; pero una lluvia intempestiva vino á interrumpir y esparcir la numerosa afluencia de carruajes y gente que invadía la calle.

DÍA 29

Dedicado á S. Juan Berckmans

Siendo el Patrono de la juventud el objeto principal de los festejos de este día, fueron éstos proporcionados al gusto de los jóvenes alumnos del Ateneo. Rivalizaron en el rasgo de dar comida á los pobres, los alumnos antiguos con los actuales; abrióse en efecto, la puerta que da entrada á los patios por la calle de Santa Lucía y de quinientos á seiscientos de ambos sexos y de todas edades se colocaron en filas ordenadas debajo de los pórticos del edificio. Una vez allí sentados, después de la bendición, comieron alegremente servidos por los referidos alumnos. Conmovedor fué por cierto el espectáculo que ofrecía este acto de caridad cristiana por el cual se hermanaba la desgracia con la fortuna, la ancianidad decrépita con la juventud lozana, la pobreza con el bienestar de los jóvenes que en aquel momento podían leer en los semblantes de los pobres socorridos, cuán varia es la suerte humana y cuán desigual la carrera de la vida combatida por el infortunio. Terminóse la comida repartiéndose á cada pobre, una limosna en dinero, buyo y tabaco.

A las seis de la tarde volvíanse á abrir las puertas del salón de actos para asistir á otro espectáculo muy propio de jóvenes. Uno de los diarios de Manila lo describe en los siguientes términos:

Velada

«A las seis y cuarto de la tarde de ayer, comenzó la velada con que el conocido fotógrafo Sr. Pertierra obsequiaba á los alumnos del Ateneo y Normal, con una serie de juegos de prestidigitación.

Comenzó con un discretísimo discurso, en el que, con frase correcta y ademanes distinguidos, expuso que era modesto aficionado y por tanto no podía comenzar sin pedir indulgencia al distinguido cuanto ilustrado público que le honraba presenciando sus suertes.

El primer número fué el escamoteo de un huevo en una copa de claro cristal, hecho con extraordinaria limpieza y que le valió una salva de aplausos.

Después hizo la suerte de la carta forzada, que realizó á maravilla, dando varias á distintos caballeros de la concurrencia y adivinándolas en una sola carta que del montón tomó: también esta suerte fué del agrado general.

Ocupaba el número tres del programa la *rota y compuesta* que ejecutó con maestría.

Después, el pañuelo cortado, quemado y compuesto, por virtud de la varita mágica, la cual dijo tenía tanto poder, que habia pensado trasportarnos á todos en un *santiamén* á la Exposición de París. ¡Lástima que el Sr. Pertierra cambiara de opinión!!

De gran efecto y con mucha limpieza ejecutado fué el juego del reloj roto, escamoteado y compuesto, cuya suerte le proporcionó una ovación en regla.

El *nudo misterioso*, juego que consiste en atar unas lar-

gas y fuertes cintas á un cornetín y una vez pasados sus cabos por las mangas del frac, á un tiron deshacerse los lazos del cornetín y del frac, agradó mucho.

El escamoteo del vino y del agua, fué muy del agrado de la concurrencia.

La fiesta terminó con el baile de los dos amigos *Periquito* y *Diego*, que hicieron las delicias de la gente menuda.

En los intérvalos varios niños *tiples* de la Catedral, ejecutaron algunos números á piano.

Los aplausos que el Sr. Pertierra recibió anoche, sólo son comparables á los que como fotógrafo ha merecido siempre.»

La iluminación y banda de música que debia ejecutar el programa prevenido de antemano, hubo de suspenderse por repetirse la lluvia de los días precedentes.

DÍA 30

Dedicado á S. Pedro Claver

A las 5 de la tarde una improvisada compañía de acróbatas compuesta en su mayor parte de antiguos alumnos del Ateneo Municipal habian solicitado del R. P. Rector y obtenido el permiso de entretener á los alumnos con la ejecución del siguiente programa:

PRIMERA PARTE

1.º Obertura por la banda.

2.º Lucha pacífica de acróbatas con saltos, grupos y pirámides por varios de la compañía.

3.° Tranca magnética por P. Simón.
4.° Trapecio fijo por F. Reyes y M. Arlegui.
5.° Entrada cómica por R. Crespo y L. Vicent.
6.° Juegos dentales y anillos romanos por J. Guzmán, E. Miguel, F. Reyes, E. Carrión hermanos Simón y clown R. Crespo.
7.° Alambre invisible por I. Roxas.
8.° La percha japonesa por los hermanos Simón.

INTERVALO DE 15 MINUTOS

SEGUNDA PARTE

1.° Obertura por la banda.
2.° Barra fija por C. Rocha, J. Aguado, F. Reyes clown R. Crespo López.
3.° Juego de titeres por L. Vicent.
4.° Trapecio oscilante por M. Arlegui.
5.° Saltos mortales por F. Reyes clown R. Crespo.
6.° Juegos pedales por M. Rosario y M. Arlegui.
7.° Escalera duplicada por A. Moreno, F. Reyes, M. Arlegui y E. Carrión.
8.° Entrada chusca por M. Rosario y P. Simón.

Ejecutóse este programa en uno de los patios del edificio preparado oportunamente con los aparatos del gimnasio.

La repetición de la lluvia impidió de nuevo á la banda del Regimiento núm. 3, la ejecución de su programa é interrumpió asimismo la iluminación y el concurso.



DÍA 31

Dedicado á S. Ignacio de Loyola

Ocupóse principalmente este dia en las dos funciones religiosas que en su lugar quedan descritas.

Las primeras Autoridades de Manila y el Excmo. Ayuntamiento fueron invitados por los PP. á una sencilla comida dada en el salón de actos, adornado de antemano con elegancia. El Excmo. Sr. Director de Administración Civil, obsequió á los concurrentes con el siguiente brindis:

¡Con honda admiración siempre os contemplo,
Ilustres hijos de Loyola el Santo!
Acabáis de ofrecer gallardo ejemplo
Prodigio de la fe, del arte encanto,
Alzado habéis á vuestro Santo un templo;
Yo brindo por el templo y por el Santo,
Cristiano y español, amo á Loyola
Porque su egregia sangre fué española.
Aun hay quien os persigue y os provoca
En nombre del espíritu moderno,
Y de una ciencia material y loca.
La iglesia triunfará sobre el infierno:
Lo dijo Dios y se esculpió en la roca
Que es el cimiento de la iglesia eterno:
Y yo que nunca mi creencia oculto
Á tan firme verdad le rindo culto.

Antes de terminar esta reseña es justo que tributemos un merecido elogio á los autores y ejecutores de las piezas musicales que en estos festejos religiosos se tocaron.

Débese el primer lugar al Profesor D. Óscar Camps y Soler, cuya Misa compuesta al efecto, se ejecutó el primero y último día. Hace su reseña de ella la *Revista Católica de Filipinas* en su número del 1.º de Agosto en estos términos:

«Con motivo de las fiestas celebradas para la inauguración de la iglesia, se han ejecutado tres misas en el nuevo templo de los PP. Jesuitas: una de ellas escrita expresamente por el Sr. D. O. Camps con el objeto indicado, y otras dos de los maestros Espí y Barba, aunque desconocidas del público de Manila, compuestas tiempo hace y que gozan de envidiable renombre, por lo cual no hablaremos de ellas sino cortas palabras.

El Sr. Camps ha obtenido un triunfo en su carrera musical con la misa de *S. Ignacio*, mereciendo los plácemes del público y de la crítica que ha andado acorde en atribuir mérito inmejorable à la composición musical del citado profesor.

Desmenuzada en trozos la misa de *S. Ignacio*, fuerza es decir que cada número de los que la componen destaca de los demás por motivo distinto: es el *Kyrie* sin duda alguna el más inspirado, el que más eleva el espíritu haciéndole pensar en las grandezas de la religión, pero es el *Credo* el más grandioso, quizá porque á ello se presta mejor la índole de su texto.

No obstante su grandiosidad, no reune el *Credo* el sinnúmero de detalles y filigrana de factura que en el *Kyrie* se notan, ni tampoco la inspiración de su melodía.

En el *Gloria in excelsis, Ofertorio* y en el *Agnus Dei* lucen de vez en cuando verdaderos destellos de inspiración, màs aún en la factura armónica y en los detalles de instrumentación que en su melodía; pero siempre se ve un trabajo concienzudo, detenido, un completo dominio del arte de instrumentar y, en fin, un conjunto y delicado gusto artístico.

En resumen, la misa de *S. Ignacio* es verdaderamente notable y merece las alabanzas que se le han prodigado.»

En cuanto á las otras piezas oigamos al cronista musical de «*El Comercio*» en sus números del 1.° y 2.° de Agosto haciendo el análisis de las obras ejecutadas con motivo de la inauguración de la iglesia de S. Ignacio:

En el templo

«El grueso del repertorio musical que figuró en las fiestas inaugurales del nuevo templo lo formaban tres nuevas misas, una del maestro D. José Espí y Ulrich, otra del maestro D. Anselmo Barba y otra del que suscribe; un trisagio del maestro D. Blas Echegoyen y un *Te-Deum laudamus* del maestro Coccia.

¿Cuál de las dos misas es la mejor, la de Espí ó la de Barba?

No nos atrevemos á resolver esta cuestión. Las dos pertenecen al género harmónico, ó en otros términos, al género en que la obra se planea sobre la base de la sonoridad complexiva del conjunto vocal-instrumental. Como es natural, en este género los *a solo* apenas tienen cabida, y cuando más, se halla empleado el cuarteto vocal haciéndosele alternar á manera de diálogo con la masa coral. El género harmónico se presta, pues, á la grandiosidad de conceptos, á la amplitud de las formas, á la mayor determinación de las frases y á los efectos de prepotente sonoridad. En cambio es ocasionado á la monotonía por la uniformidad casi constante de los tonos, de la sonoridad y por la poca variedad de medios á la cual se presta el empleo continuado de las masas.

De este inconveniente de la monotonía se han defendido valerosamente Espí y Barba en sus misas, imprimien-

do cada uno á la fraseología de su obra un carácter de interesante originalidad y hasta de atrevidez que llega á interesar vivamente la atención del oyente.

Sin embargo, la misa de Espí y la de Barba, á pesar de esta asimilación fundamental de principios técnicos que las acerca mútuamente, se diferencian mucho entre sí. En el trabajo de Espí se descubre la imaginación exuberante que no se amolda de buen grado á las exigencias de la técnica y que á cada momento amenaza desbordarse. Espí no se reserva nunca y *allá van... notas do va mi gusto*; fogosidad esta que le perdona fácilmente el oyente porque en sus conceptos hay vida, hay nervio, hay originalidad y hay belleza.

Barba, por el contrario, aunque no carece de fecundidad de ideas, procede con mas cautela y se reserva para reconcentrar la gallardía de su potencia imaginativa en un punto dado. Además, la frase, la *fattura* y la conducción de esa misma *fattura* en Espí, poseen algo de despreocupado y un mucho de genial expontaneidad, en tanto que en la obra de Barba todo es meditado, pulcro y correctamente delineado. En suma, la misa de Espí se individualiza en fuerza de potencia imaginativa que se impone, y la de Barba es especialísima en fuerza de elegancia, de estilo y de formas, en fuerza de una originalidad fraseológica incisiva y de un sapiente empleo de los medios para atribuir una graduada progresión al interés musical.

Lo más notable de las dos misas son el *Kyrie* y el *Gloria*, sobresaliendo en el *Gloria* de la de Espí un soberbio cuarteto magníficamente desarrollado sobre el texto del *Domine Deus*. En cambio Barba ha escrito para el final del *Credo* un terceto que es una verdadera joya de gracejo musical.

En cuanto al *Credo* de estas dos misas, desde el punto de vista musical, los hallamos intachables, cada cual dentro de sus condiciones técnicas de fraseo, de ritmo y de colorido orquestal. La parte que se relaciona con la concep-

ción estética de sus diferentes contexturas artísticas, pertenecen á un género que no puede salir ileso si se le somete al serio análisis de la crítica serena.

Espí, apoyándose sin duda en el modelo que de este género nos suministra Gounod en el *Credo* de su misa *Santa Cecilia*, se sirve de la masa coral ora parcialmente y ora haciéndola funcionar en su totalidad, para el desarrollo de una patética y bien ritmada cantinela—cuanto decirse pueda hermosa—engastada sobre el fondo de un insistente movimiento de los bajos de la orquesta que establecen la marcha rítmica del periodo musical, mayormente determinada por el contratiempo de los acordes de la madera. Este procedimiento sinfónico se prolonga hasta el *Qui propter nos homines*, en cuyo punto la *fattura* musical cambia de *manera*. Este *Qui propter nos homines* y el *Resurrexit*—observémoslo de paso—pertenecen á un género, como melodía, como ritmo, como modulación y como carácter, que se despega demasiado abiertamente de la unidad de estilo que el maestro Espí ha sabido imprimir al resto de este notable *Credo*. Pasado este versículo, vuelve á aparecer la peroración sinfónica, á la cual nos hemos referido ya, y aunque más nutrida esta vez, prosigue empero su marcha casi hasta el fin, bajo las mismas condiciones de antes.

Ahora bien: el texto del *Credo* es sin duda alguna el que reviste más importancia y el más trascendental de todos los que, al escribir una misa, debe poner en música el compositor. En efecto el texto del *Kyrie* es el que servía á los antiguos Patriarcas y Profetas para invocar á *Jehovah*. El del *Gloria* es un ramillete de alabanzas que la Iglesia tributa á su Esposo. El del *Sanctus* nos recuerda el episodio apocalíptico en que San Juan nos dice: setenta ancianos—si mal no recordamos—arrojaban flores sobre el Divino Cordero exclamando: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabahot*. El texto del *Benedictus* es el mismo con

el cual el pueblo hebreo aclamaba al Divino Redentor sembrando de palmas el camino en su triunfal entrada por las puertas de Jerusalén. El *Agnus Dei* constituye una de las más tiernas plegarias que nuestra santa madre la Iglesia ha proferido. El *Credo*, por último, encierra en sí el código fundamental, la entera constitución del dogma cristiano, entre la suma de cuyos artículos descuellan de una manera principalísima estos: Creer en un solo Dios;—en Jesucristo su Hijo;—en su portentosa encarnación;—creer en el Espíritu Santo;—en una sola Iglesia católica, apostólica y romana;—creer en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Bajo este criterio elemental y fácil, pasar por el tamiz de un mismo procedimiento musical la mayor parte de esos esenciales textos que, en nuestro humilde sentir cada uno de ellos debería merecer del compositor un tratamiento especial, creemos que constituye un gravísimo error estético, máxime en nuestros tiempos en que la destinación y el empleo de todos los elementos sinfónicos, de que el arte de la composición puede disponer, han variado completamente de rumbo, merced á las exigencias de la moderna crítica que todo lo quiere supeditado á las leyes de la lógica mas severa, dentro de cuyo sistema huelga todo concepto, toda forma, todo procedimiento técnico musical que no se halle informado del espíritu de una perfecta encarnación, de un maridaje estrechísimo entre el concepto intelectual en el cual halla su génesis, la inspiración del compositor y el concepto musical.

Hecha abstracción de este principio, nos complacemos en afirmar que la música del *Credo* del maestro Espí es deliciosa.

El *Credo* del maestro Barba es vigoroso en su primera parte y lleno de vida. La frase es noble y conceptuosa. Las partes de él, que en nuestro pobre sentir, alcanzan más carácter son el *Resurrexit* y el *Expecto resurrectionem mortuorum*,

la belleza de cuyo concepto intelectual se halla confiada á una bien ideada graduación de colorido instrumental. El tiempo que antecede á este bello episodio, *Et in spiritum Dominum*, desarrollado en ritmo ternario, en movimiento moderado, lo hallamos bastante lánguido, quizá por la pobreza del acompañamiento, quizá por el carácter indolente que el tono menor atribuye al proceso de aquella poco variada melodía, dentro del cual pasa casi inadvertido el texto del *Et unam Sanctam Catholicam, Apostolicam Ecclesiam*, al cual, como hemos observado ya al hablar del *Credo* de Espí, creemos que deba señalársele una importancia primaria.

En fin, para no hacer interminable este trabajo, repetimos lo que al empezar hemos consignado: que estas dos misas son notabilísimas, sobre todo por lo que se relaciona con la parte técnica y que cualquiera de ella indistintamente bastaría para hacer la reputación de un compositor de talento.

Durante el *Ofertorio* de la misa de Espí se ejecutó la *Marcha religiosa* del mismo distinguido maestro.

A esta composición se halla encarnado un interesante episodio histórico.

Siendo muy joven Espí, comenzó y terminó sus estudios musicales bajo los paternales auspicios de los PP. Jesuítas de la casa-colegio de Valencia y bajo la acertada dirección de las más acreditadas competencias musicales de esa culta capital. Llegó un tiempo en que al protegido alumno fuéle conferido el cargo de profesor de música del mencionado colegio, en el cual comenzó á esgrimir sus primeras armas con notable éxito en el campo de la composición musical. El crédito artístico de nuestro joven fué extendiéndose á los centros musicales valencianos, y en brevísimo espacio de tiempo su nombre llegó á alcanzar una popularidad latísima.

La obra de este autor que más llamaba la atención de

sus inteligentes compaisanos fué precisamente la marcha de referencia que, como *Marcha del Viático*, hábía escrito sobre el tema de canto-llano del *Te-Deum*.

Aconsejado por alguien á que remitiese esa obra á Madrid, Espí tuvo la discreta idea de confiar la suerte de su *Marcha* á un amigo que residía en la Corte suplantando su apellido por un pseudónimo que apestaba á extranjero. El amigo siguió la comedia y presentó la obra á la Sociedad de Conciertos, la cual, después de haberla analizado detenidamente, cayó en el garlito, y aceptó como muy digna de figurar en repertorio la tal marcha religiosa de aquel *extranjerísimo* maestro.

Pocas semanas después, el amigo de marras escribe á Espí que, para gestionar la ejecución de su marcha en la Corte, era indispensable su presencia, y Espí toma el tren y, sin más, se planta en Madrid.

A los pocos días el tal amigo convida al maestro valenciano á asistir á una notable sesión de la Sociedad de Conciertos. Espí estaba encantado de oir obras tan magistrales como las que oyó y ejecutadas además con una precisión que ni en sueños hubiera podido imaginar. ¡Cuál no sería, empero, su estupefacción, amable lector, cuando, sin más precedente, aquellos caballeros que componían la numerosa orquesta la emprenden compás por compás, con la propia marcha del maestro.... de enrevesadísimo nombre!....

Poco le faltó para haberse vuelto loco, cuando después de fragorosas salvas de aplausos hubo necesidad de repetir.... la obra del músico tudesco.

En suma, aquella misma noche el Madrid-musical supo que el autor de aquel trabajo, que tanta aceptación había alcanzado, era un joven maestro, natural de Alcoy que se llamaba sencillamente.... José Espí.

Desde entonces el nombre de Espí ha venido figurando honrosamente en los programas de la Sociedad de Con-

ciertos, así como en el número de los músicos españoles distinguidos.

La misa de Espí fué escrita para la inauguración de la capilla aneja al colegio de San José de Valencia de la Compañía de Jesús, que tuvo lugar el 8 de Diciembre de 1881.

El maestro Espí, á pesar de la desahogada posición de que desde hace algún tiempo disfruta y de haberse retirado, aunque joven, de la enseñanza privada, sigue prestando sus servicios profesionales al citado colegio, por agradecimiento á los virtuosos Padres á cuyo interés paternal debe lo que es, y también por cariño; hecho que ensalza las cualidades morales de nuestro querido y respetado comprofesor y que le honra, pues, por desgracia de la humanidad, lo más corriente hoy es que, en vez de besar, se muerda la mano que del nivel del barro nos ha elevado á las serenas regiones de la idea. Nuestros plácemes más cordiales al maestro Espí por su ejemplar conducta.

En cuanto al malogrado maestro Barba, catalán, fallecido hará unos cinco años, sólo conocemos que ha sido uno de los más celosos profesores que han tenido los PP. Jesuítas en su colegio de Barcelona y que era un muchacho que prometía conquistarse legalmente un envidiable porvenir artístico, puesto que poseía la inspiración, el talento y la fe, que son los tres elementos fundamentales que concurren en la formación del artista verdadero. Barba se ha formado en la célebre Escolanía de Monserrat.

La obra mas acabada de este distinguido compositor es el *Réquiem*, que se cantó por vez primera en Barcelona en las exequias de la esposa de nuestro respetable convecino y acreditado comerciante Sr. Martí. Ejecutáronlo los principales artistas que á la sazón funcionaban en *El Liceo*, y el mérito extraordinario de aquella misa causó la admiración de propios y extraños, entre los cuales figuraba como más entusiasta Camilo Saint-Saëns, el afamado concertista com-

positor. Durante el ofertorio de la misa actual se ejecutó la melodía mística de Gounod *Jesús de Nazareth*, arreglada con notable habilidad por el P. Sauret de la Compañía de Jesús, para violín, viola, violoncello, harmonium y piano.

Durante los cinco días que duraron las fiestas religiosas, al penetrar en el templo la Corporación Municipal y las Comunidades religiosas y á la salida de misa, hízonos oir la orquesta unas bonitas marchas originales, nuevas en Manila y de carácter apropiadísimo al acto al cual se hallaban destinadas.

Gracias sean dadas á Dios y á la benemérita Compañía de Jesús que ha puesto su mayor conato en que dentro del sagrado recinto de este nuevo templo no resonase ni un eco de esas gavotitas, de esas pavanitas y de esos aires de ópera y de *opereta* que con harta frecuencia profanan en Manila la morada sacrosanta del Altísimo.

El último día, fiesta de San Ignacio, por la tarde se ejecutó, al tiempo de darse al pueblo la bendición papal, un *Tantum ergo* adaptado á un *Coral* del oratorio *Redención* de Gounod, cantado con acompañamiento de grande orquesta por los alumnos de la Escuela Normal y del Ateneo Municipal que han querido prestar, también ellos, su cooperación en las memorables fiestas habidas, en número de 250 voces. Los mismos alumnos cantaron también á toda orquesta la *Marcha de S. Ignacio* (aire bélico religioso vizcaíno que data de los primeros tiempos de la fundación de la Compañía de Jesús) al finalizar los actos religiosos por la mañana y tarde del día del Santo Fundador, Patrón de la nueva iglesia.

El efecto ha sido sorprendente y grandioso. Siguió un magnífico *Trisagio* escrito expresamente en pocos días por el decano de los profesores de música de la casa, el maestro D. Blas Echegoyen, que supo imprimir las justas proporciones de colorido y carácter local que al asunto con-

venían; y por último, llególe el turno al *Te-Deum* del maestro napolitano Carlos Coccia, autor dramático y religioso dotado de una fecundidad prodigiosa. Estudió el contrapunto con Ferraroli y Paisiello y falleció en edad decrépita hace 16 años. El *Te-Deum*, al cual nos referimos, es el único que este compositor ha escrito y es el mismo que se dió á conocer aquí con ocasión de la inauguración de la actual catedral.

En esta obra magistral se reconoce de primer intento una gran fluidez melódica, una harmonización rica y correcta, una rítmica animada exenta de complicaciones y un contrapunto verdaderamente esbelto y florido.

En cuanto á los ejecutantes, la orquesta se componía de 53 instrumentos y la masa coral de 32 voces, sin contar los solistas.

Como tiples *a solo* podemos citar á los jóvenes bachilleres D. Julio y D. Florencio Gonzàlez, que poseen una bien timbrada y flexible voz. Tomaron parte en el *Kyrie* y en el cuarteto del *Gloria* de nuestra misa, de cuyo desempeño salieron airosos.

La parte de contralto de la misa de Espí estuvo á cargo del P. Ginés Rivas, de la Compañía de Jesús, que posee una voz naturalmente simpática y que sabe decir la frase modulando su órgano con plausible naturalidad destituida de toda afectación.

Como tenores figuraron: el señor comandante Pardo, que tomó parte en el terceto del *Gloria* de la misa de Barba y que matizó delicadamente el precioso *Benedictus* de la misma misa, y por último, que cantó el *Trisagio* del maestro Echegoyen, haciéndonos oir un *si* natural—nota nada común para la *tessitura* de tenor de la música religiosa—bastante bien emitido: y el Sr. D. Florencio Gonzàlez, que ejecutó con la pericia artística que todos conocemos, el *Kyrie*, el *Domine Deus* y su parte del cuarteto del *Gloria* de

nuestra misa: la parte del terceto del *Credo* y el *Benedictus* de la misma. Cantó además en el *Te-Deum* de Coccia.

El conocido aficionado D. Rafael Cascarosa asumió la parte de barítono de nuestra misa, que cantó *con amore*. Consistía ésta en la melodía del *Qui tollis*, en el recitado dramático con el cual se abre el *Credo*, en un monólogo sobre el *Crucifixus*, en un intermedio dramático sobre el *iterum venturus est*, además de lo que le señalaba la partitura en el conjunto del *Kyrie*, de un cuarteto del *Gloria* y de un terceto del *Credo*. El Sr. Cascarosa cantó tambien la parte de barítono del *Te-Deum* de Coccia, haciéndonos oir con limpieza en el *Te ergo* un *fá sostenido* de salto que el maestro ha consignado en su partitura.

El bajo que tomó parte en las tres misas fué el sochantre de la Cátedral, D. Pedro Dandán.

Debemos aclarar un concepto: al enumerar las piezas de nuestra misa que cantó el Sr. Cascarosa hemos hecho uso de la palabra *dramático* y nos creemos en el deber de hacer constar que hacemos distinción entre las palabras dramático y teatral: *dramático* en música, para nosotros es equivalente á *color local*, á *característico*, á expresivo; y *teatral* todos los procedimientos que conducen al efecto escénico coadyuvado por la decoración, el indumento, el personaje, la acción. Llevar al templo la orquesta, el ritmo y la modulación moderna, esto es, la paleta en donde se descomponen y se reconstruyen la interminable *gamma* de los grados de color del arco-iris musical, vale tanto como introducir en él el *carácter*, el *color topográfico* del concepto literario ó de la palabra litúrgica. Si destituímos á la orquesta, al ritmo y á la modulación de sus tesoros de sonoridad, de movimiento y de matiz, obtendremos, como producto, el más monstruoso de los absurdos musicales; porque el concepto literario y el musical deberán por necesidad negarse mútuamente en vez de completarse; si nos ser-

vimos de esos elementos técnicos para complementar al elemento intelectual, nos resultará lo que tanto en el teatro como en el templo y en la sala, constituye en puridad el carácter dramático de la música. Dedúcese de este criterio que la *expresión musical*—no nos referimos á la expresión de ejecución—ó sea el carácter dramático, es tan indispensable al texto litúrgico como al profano, ó en otros términos, que el carácter musical dramático es inherente á cualquier género de música, siempre que se trate de expresar un sentimiento cualquiera. Luego si la música dramática es la que trata de expresar un sentimiento, ¿qué deberemos entender por música de carácter teatral? Aquella que, sobre ser dramática, se halla informada á producir efectos escénicos encaminados á producir violentas sacudidas sobre el ánimo del espectador: y aquella también que en la conducción de sus ideas se halla desarrollada con arreglo á las dimensiones y á las formas generalmente usadas en los teatros.

En el Ateneo.

Interesantísima también ha sido la parte musical de la velada que los alumnos del Ateneo Municipal han dedicado á los santos y mártires Jesuitas últimamente canonizados por S. S. el Sumo Pontífice León XIII.

Esta velada tuvo efecto en la noche del 28 de Julio, segundo día de las fiestas en que nos venimos ocupando.

Por vía de prelusión musical se nos hizo oir la *Marche aux flambeaux* n. 2, de Meyerbeer, á grande orquesta, con la instrumentación original del autor, á la cual cupo una discreta interpretación.

Como mitad de la primera parte de la velada y como final de la composición poética titulada *El Conciliábulo de Londres*, se extrenó un trabajo musical del joven profesor

de la casa, D. Simplicio Solis, en el cual ha tenido que hacer alternar á veces y simultanear otras los coros de los papistas y de los antipapistas, produciéndose una escena animada de la cual el compositor ha sabido deducir algún partido revelando cierto ingenio.

La primera parte de la velada halló oportunísimo término con la popular melodia de la ópera *María Stuard* de Niedermeyer titulada *Despedida de María Stuard*, muy bien arreglada por el mencionado P. Sauret para piano, harmonium, violín y violoncello.

Durante la segunda parte se nos dió á conocer una genial composición del maestro Espí, escrita en otro tiempo para un asunto análogo al del texto al cual ha sido aplicada en esta ocasión, y que fué muy bien interpretada por los alumnos D. Jesús Vañó, D. Máximo Rodríguez y D. León Novella, á cuyo cargo se hallaba confiada.

Por último, cerróse la velada con el estupendo *Coro Apostólico de la Redención*, de Gounod, dicho con gran entusiasmo por los alumnos de la Academia de Música del Ateneo Municipal, acompañados de grande orquesta.

Como se ve, en esta velada, por lo que se refiere á la parte musical, puede decirse con justicia aquello de..... *Poco y bueno*: como cosa, al fin, del activo é inteligente P. Sauret, que ha sido su director *teórico-práctico*.

En la calle.

Nada ménos que tres selectísimas bandas entre militares y cívicas han concurrido con las mejores galas de sus respectivos repertorios á llenar de harmonías inefables la calle del Arzobispo en que se hallan enclavadas la casa-colegio, la casa-misión y la iglesia de los PP. Jesuitas, enfrente de las cuales estuvieron tocando todas las noches de 7 á 10 al resplandor de la luz eléctrica.

He aquí los respectivos programas por cada una de estas bandas ejecutados:

REGIMIENTO DE ARTILLERIA

Dia 27

1	*Rienzi*, gran marcha	Nieto.
2	*Mignón*, overtura.	Thomas.
3	*Serenata Española*	S. Valle.
4	*Roberto el Diablo*, fantasía	Meyerbeer.
5	*Sylvia*, vals-lento	Delibes.
6	*Hugonotes*, concertante	Meyerbeer.
7	*Corte de Granada*, fantasía núm. 2 .	Chappi.
8	*Andante y polonesa*.	Rougnon.

Dia 31

1	*Marionette*, gran marcha.	Gounod.
2	*Guzmán el Bueno*, preludio	Bretón.
3	*Plegaria de una Virgen*.	Badalsewska
4	*Forza del destino*, fantasía	Verdi.
5	*Pasquinada*, capricho.	Gottschalk.
6	*Macbeth*, final 3.°	Verdi.
7	*La retreta austriaca*.	Belá.
8	Cuarteto obra 76.	Haydn.

REGIMIENTO INFANTERIA NUM. 3.

Dia 28

1	*La Giralda*, overtura	Adam.
2	*La Zambra*, escena morisca.	Almagro.
3	*Voces de duendes*, valses	Walteufeld.
4	*Philemón et Baucis*, entreacto . . .	Gounod.
5	*La Part du Diable*, overtura. . . .	Auber.
6	*Doucardo-d'Avesnes*, fantasía . . .	Miry.
7	*La Berceuse*, valses	Walteufeld.
8	*Para los niños*, polka	Ugsants.

Dia 30

1	Sinfonia de varias zarzuelas . . .	Barbieri.
2	*Polonesa de Concierto*	Marqués.
3	*Sangre de Viena*, valses	Straus.
4	*Marcha del Tanhauser*.	Naquer.
5	*Las alegres comadres de Winsor*, overtura	Nicolai.
6	Fantasia del *Fausto*.	Roig.
7	*Gravina*, valses.	N.
8	*La Muralla*, polka.	Serrano.

BANDA DEL SEÑOR GRUET

Dia 29

1 *La pradera de los clérigos*.
2 *Une matinée á Vienne.*
3 *Si yo fuera Rey*.
4 *Rigoletto*, duo de tiple y bajo.
5 *Atila*, introducción y cavatina de tiple.
6 *Traviata*, concertante del 2.° acto.
7 *Ernani*, aria de bajo coreada.
8 *La Corte de Granada*. N.° 3.

Recopilando, puede asegurarse que la parte musical tanto mística como profana que nos ha dado á conocer la Compañía de Jesús de Manila, ha sido cuanto decirse pueda escogida y adecuada á las actuales circunstancias.

Esa música ha hecho experimentar durante algunos momentos, tal vez, inefables emociones á los menos, tal vez, habrá solicitado con sensibilidad más ó menos activa, tan solo el órgano auditivo de los más, dejando en pos de sí un tenue recuerdo del cual al día siguiente ni habrá quedado rastro de su efímera existencia. El aire que el sonido ha desalojado, ha recuperado su equilibrio con más presteza de la que empleó en perderlo.

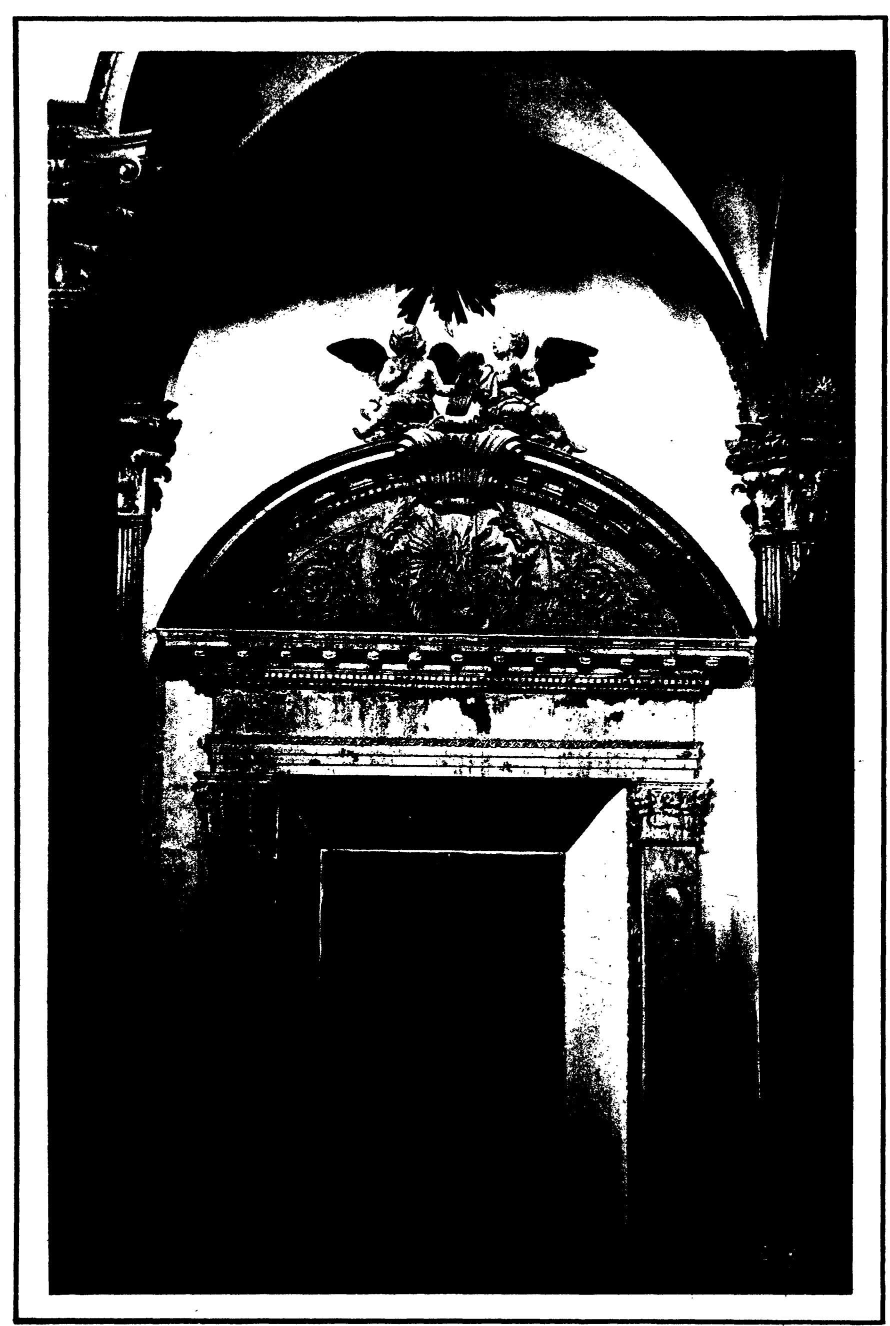
El sonido halla su origen y su término á la vez en el aire.

El genio musical no podría dar á conocer los productos de su elaboración, cuyos ecos sofoca el aire apenas nacidos, sin el auxilio de la etnografía musical. Aún así, para que el pensamiento del autor pueda alcanzar una relativa interpretación, se hace preciso el concurso de un numeroso personal que al cabo de no pocos ensayos y mediante un cuantioso dispendio llega al fin á interpretar con relativa fidelidad lo que la cabalística partitura contiene, y esto en tanto que el gusto de la época no la relegue al ostracismo. Así es que al contrario de lo que sucede con las artes plásticas cuyos productos pertenecientes á todas las épocas de la humanidad subsisten hasta la decrepitud de las edades sociales y se exponen á la mirada del observador sin ningún género de complicaciones, la música de todas las épocas resulta ser un mito para los que pasan por delante de una partitura que permanece muda en tanto que un centenar de iniciados, agrupados alrededor de un adivino, no desenmarañan el sentido de aquellos signos cabalísticos, merced á la baqueta mágica que se agita trazando curvas por el espacio.

Parece monstruoso que la más inmaterial de todas las artes, el arte inmaterial por excelencia, llegue á ser tan asombrosamente pesado en sus manifestaciones.



CONCLUSIÓN

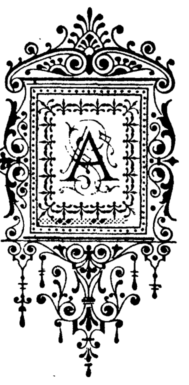


Fototipia, Suc. Ramirez y C.ª— Barcelona

PUERTAS LATERALES

En el Templo de San Ignacio de Loyola, de Manila

Conclusión



L terminar la presente reseña histórica deber es de gratitud tributar los debidos elogios y dar las más cumplidas gracias á las personas bienhechoras que, desde la colocación de la primera piedra de la nueva Iglesia hasta su feliz término, cooperaron de algún modo á su construcción, y á los artistas españoles y filipinos que con tanto entusiasmo se ocuparon en una obra que debía perpetuar el recuerdo de la perfección á que en el presente siglo llegaron las artes en Manila. Debemos confesar que no han faltado dificultades en la prosecución del plan ideado, pero ¿en qué obra humana dejan de encontrarse?

Publicar los nombres de los bienhechores fuera ofender su modestia; dar á conocer los de los artistas, es cumplir con un deber de justicia que nos apresuramos á realizar.

ARTISTAS FILIPINOS

D. Isabelo Tampingco, *escultor tallista.*

De los talleres de este distinguido artista han salido todas las obras propias de su arte, que existen en la Iglesia de S. Ignacio de Loyola: por el mérito absoluto de los objetos presentados en la Exposición Universal de Barcelona, y que casi en su totalidad pertenecían á dicha Iglesia, mereció uno de los primeros premios á las artes, en aquella exposición.

Entre los oficiales del taller del Sr. Tampingco, y que honran á su maestro, se han distinguido especialmente:

D. Manuel Flores: suyas son las imágenes de S. Ignacio de Loyola y la del Sagrado Corazón de Jesús y parte del púlpito-grupo de ángeles.

D. Críspulo Hogson, autor de la escultura que representa la Purísima Concepción, del altar de la derecha; y del precioso púlpito que ya describimos.

D. Félix Martínez, *pintor.*—De su inteligente pincel han salido los dos cuadros de gran tamaño, al óleo, el primero de los cuales representa la apoteosis de los BB. MM. de Inglaterra, P. Edmundo Campión, P. Tomás Woodhouse, P. Juan Nelson: P. Tomás Cóttam y P. Alejandro Briant, de la Compañía de Jesús: el segundo, la de los santos Confesores P. Pedro Claver, H. Juan Berckmans y H. Alonso Rodríguez, Apóstol de los Negros el primero, Escolar el segundo y Coadjutor temporal el tercero, también de la misma Compañía. Ambos cuadros ocuparon el lugar principal en las fiestas de la Beatificación de los cinco primeros y de la Canonización de los postreros que se celebraron en los días 27, 28, 29 y 30 del mes de Julio. Del mismo pintor es el colorido de las tres imágenes descritas.

D. Hilario Súnico, *fundidor.*—De su taller, sito en Binondo, calle de Jaboneros, han salido las cuatro sonoras y

elegantes campanas de la nueva Iglesia, y la elegante verja que cierra el atrio de la misma.

ARTISTAS ESPAÑOLES

D. Francisco Rodoreda, *marmolista.*—A su cincel se deben la mayor parte de las labores que embellecen los mármoles que adornan los tres altares de la Iglesia. Dicho artista es quien cuidó de que vinieran de Italia, labrados en parte; pero la colocación y terminación de los mismos se debe á su taller.

D. José Fuentes.—Á este Sr. Ayudante de Obras públicas pertenece la delineación y proyecto de las dos elegantes torres destinadas la una á campanario, y la otra al reloj que en ella se colocará. Ocupóse además en las delineaciones y proyectos de los altares que tan en armonía están con el conjunto del templo: su estilo es corintio, como ya los describimos en su lugar.

D. Agustín Sáez.—Dejamos el último y principal lugar al eminente artista cuya vida pasada en el casi olvidado salón de una Academia de Dibujo, ha sido poco conocida y menos apreciado su mérito.

Ya se le considere como Director de la única Academia que existe en Manila, ya como profesor de dibujo en el Ateneo Municipal, desde su creación, el Sr. Sáez es una de esas glorias patrias que más debieran estimarse por el número de aprovechados discípulos que de su escuela han salido. Bastara citar los reputados pintores filipinos, Sres. Sungan, Villanueva, Resurrección é Hidalgo, para que se honrara el nombre del primer maestro que dispuso el genio de sus discípulos al desarrollo que después han experimentado, cuando, colocados en circunstancias á propósito, se ha dilatado el horizonte que ante su vista empezaba á descubrirse.

Lo que es la savia para el tronco y las ramas de frondoso árbol, eso ha sido la inspiración artística de D. Agustín Sáez, para los artistas filipinos, que han ejecutado los diseños de su inteligente lápiz; pues, como aquella comunica la vida, así la inspiración del maestro ha dado dirección á las formas escultóricas y tallados, vigor á las actitudes y contornos, perfección á los tipos y modelos que el mismo delineara; de suerte que un arte que pocos años atrás no tenía casi aplicación en Manila, hoy dejará monumento imperecedero en la nueva Iglesia de S. Ignacio de Loyola compendio de los afanes y silencioso trabajo del reputado maestro D. Agustín Sáez.

Felicitámosle por tanto, por el buen éxito de sus obras, así como á los aventajados artistas que bajo su inspiración y dirección han fomentado el amor á las Artes en Manila. Ojalá que terminada la nueva Iglesia, no terminen las obras de talla y de escultura que con tan buen éxito quedan planteadas en esta Ciudad.

Loor á Dios cuya Providencia infinita ha sido tan benéfica hacia la Compañía de Jesús que le consagró este nuevo Templo: loor á la Inmaculada Concepción de N.ª S.ª que facilitó á sus hijos los medios necesarios para la feliz terminación del mismo: loor al glorioso Patriarca S. Ignacio de Loyola que pudo ver de nuevo levantado el glorioso pedestal que sostenía su veneranda imagen en Manila, antes del año aciago de 1769.

Gloria sea dada al Sagrado Corazón de Jesús por cuyo amor desean vivir y en él morir,

Los PP. de la Compañía de Jesús de Filipinas.

Manila 15 de Octubre de 1890 (Fiesta de Santa Teresa de Jesús.)

APÉNDICE

APÉNDICE.

NOTA 1.ª A 1.º de Junio de 1684 fué recibido del P. Rector Javier Riquelme (en el Real Colegio de San José de Manila) D. Felipe de Molina y Figueroa, natural de la villa de Arévalo en la provincia de Olong, Obispado de Cebú, hijo legitimo del Ayudante D. Pedro de Molina y de D.ª Leonor Figueroa, vecinos de dicho lugar. Entró desde luego en Beca de fundación de Colegio, por presentación del P. Provincial Francisco Salgado. Estudió Artes y Teologia, y graduóse en ambas Facultades de Maestro y Doctor. Entró de Prebendado en esta Iglesia Catedral y en ella fué Dignidad de Tesorero, y Cura del Sagrario de Españoles, por muchos años, con mucho celo y edificación común. Fué Secretario del Illmo. Sr. Arzobispo de Manila D. Fr. Francisco de la Cuesta, casi todo el tiempo de su gobierno, así en el del Arzobispado como en el de todas las Islas, por la muerte trágica del Mariscal D. Fernando Bustillo y Bustamante, el cual duró dos años. Fué también su Provisor y Vicario general algun tiempo; y cuando estaba ya para salir de las Islas, embarcado con su Illma. que iba promovido al Obispado de Valladolid en la Nueva España llegó cédula de S. M. en que venia nombrado Obispo de Nueva Cáceres, después del Doctor D. Luis de Molina, difunto pocos dias antes.

Con esta ocasión quedó en las Islas dicho Illmo. Sr. Molina, que partió luego á gobernar su Obispado. Sucedió esto á fines de Junio de 1723. En la nao que llegó á las Islas el año de 1726 le vinieron las Bulas de Su Santidad, y por Noviembre del mismo año fué consagrado en la Iglesia de nuestro Colegio de Cebú por mano del Illmo. Sr. D. Fr. Sebastián de Torondo del orden de San Agustín, Obispo de Calidonia y Gobernador Apostólico del Obispado de Cebú......» (Del *Libro nuevo* de recibos de Colegiales del Colegio Real del Señor San José de Manila, desde su fundación.

NOTA 2.ª El P. Juan Antonio Cantova estaba de Misionero en Marianas y habiendo venido en conocimiento de las islas de los Palaos (hoy Carolinas,) por unos Indios que en 1721 y 1722 habian llegado á las Marianas, movido de celo por la salvación de las almas, dos veces emprendió el descubrimiento de las mismas: á la primera, sin obtener resultado alguno en sus investigaciones vino á parar á Manila, y sin cejar en su empresa en 1730 se embarcó en el patache que salió de Cavite para Marianas, y llegado á Agaña, salió de nuevo con el P. Victor Walter, á 11 de Febrero de 1731 en un barquito con doce soldados y ocho grumetes, llevando por adalid á un indio que en 1725 había llegado á Marianas. «A dos de Marzo, descubrieron la isla de Mogmog, »donde está el Tamol ó reyezuelo, de allí pasaron á Falalep donde hi»cieron asiento. Hay muchas isletas, que están como 80 leguas de Ma»rianas al SO.; fueron recibidos con grande agasajo. Bautizaron 127 niños »y catequizaron á los adultos....» Habiéndose ausentado el P. Walter por espacio de unos dos años, á su regreso á Falalep, encontraron á los indios hostiles y quemadas la casa del P. Misionero, la cruz y el camarín, y el pueblo trasladado á otra parte. Dirigiéronse á Yap «que es la Isla principal de aquel pequeño Archipiélago» sin poder dar con ella. De un indio que cogieron supieron que á 9 de Junio de 1731, diez dias después de haber salido el P. Victor, llamaron al P. Cantova *para que fuese á Mogmog á bautizar un adulto;* fué el Padre con dos soldados, y al llegar allá encontró á los indios alborotados y en ademán de guerra y le dijeron que «continuamente les gritaba contra sus »antiguas costumbres y su Ley, y les enseñaba otra Ley y otras cos»tumbres, que ellos no querían seguir sino las de sus antepasados.» Al Padre le dieron tres lanzadas, una en el corazón, y dos en los costados. Se supo más tarde que el indio que el P. Cantova habia llevado de Marianas, y que era su intérprete, había sido el promotor de esta traición: los soldados fueron también asesinados. (Apuntes tomados de la «*Historia de Filipinas*» (lib. IV, c. 23, del P. Murillo Velarde).





ÍNDICE.



